



SUGAR DADDY

LUCÍA ALFARO

Él no pensaba permitir que a ella le faltara de nada y ella a cambio debía estar completamente disponible para él.

Un contrato mutuamente beneficioso, lo llaman.

Prólogo

Las facturas se habían acumulado tanto que ya le era imposible incluso matricularse en el segundo año de su carrera, en una universidad pública cerca de su barriada. La idea de su amiga le había revuelto la cabeza y, quizás, el estómago también. ¿Convertirse en una Sugar Baby a cambio de que un viejo le pagara las facturas, los estudios y la recompensara económicamente, exhibiéndose como un objeto?

La verdad es que esa opción le serviría bastante para ayudar a pagar las facturas y, además, podría pagar sus estudios sin ninguna dificultad. Quizás tampoco era tan mala idea, al fin y al cabo.

Lo que no esperaba era sentirse tan atraída hacia aquel hombre y que todos esos sentimientos la llevaran a rendirse a la pasión y el amor.

Capítulo 1

Observaba con atención todos los folios que había sobre la mesita de café. Una factura de agua, otra de luz, otra del alquiler, otra del móvil... Jugaba con su pelo mientras pensaba qué hacer. No podía buscarse otro trabajo, los horarios de la tienda en la que trabajaba eran lo suficientemente flexibles como para poderse adaptar a la universidad. Y aunque hubiera intentado buscar trabajo aquel verano, nadie quería a alguien que solo tenía experiencia como dependienta en una pequeña tienda. Ya había vendido su coche, su portátil -por lo que tenía que hacer los trabajos en un cyber-; no sabía de dónde más recortar, o qué más vender para poder pagar todas las facturas y estudiar al mismo tiempo.

La única opción que se le ocurría era dejar los estudios y concentrarse en trabajar para no acabar en la calle. Pero sabía que no quería dejar de estudiar. Aunque también pensó en realquilar el piso, pero dado que en su piso solo disponía de una habitación, tuvo que descartar la idea por completo.

Suspiró y pensó lo más sensato: echar su orgullo a un lado y volver a casa de sus padres.

—Papá, mamá, teníais razón —agachó la mirada al darse cuenta de que eso no era lo que quería.

El timbre sonó y desganada se levantó para abrir la puerta y encontrarse con su amiga Lorena.

—Madre mía, qué cara —pasó por su lado con paso alegre—. ¿Otra vez te has peleado con alguien en el autobús por un asiento? Te lo repito, deja de ser tonta. Por los asientos hay que liarse a ostias, que si no los viejos te comen.

—No estoy así por eso —rodeó los ojos.

Su amiga la miró confundida. Diana no era de estar deprimida, normalmente era una persona bastante alegre.

—¿Y todas esas hojas? —le preguntó al cerciorarse del montón de papeles sobre la mesa.

—Esas son mi problema —contestó, señalando la mesa con fastidio—. No dejan de llegarme facturas. Acumulan más dinero del que yo tengo ahorrado. No puedo pagar la mitad de las cosas y me van a echar a la calle.

—¿No puedes pedirle un aumento a Susana?

—¿Encima? O llego tarde, o me tiene que cambiar el turno, o sino otra gilipollez. No puedo aprovecharme tanto de ella, bastante es que me deje trabajar en la tienda a pesar de todo.

—Pues no sé...

Lorena se sentó en el sillón, observando la mesa al igual que Diana. De repente, se irguió de golpe y abrió por completo sus ojos, entrecerrando un poco su boca. Su amiga la miraba entre asustada y sorprendida. ¿Qué narices le sucedía?

—Creo que ya sé cómo puedes salir de esta —Diana se acercó rápidamente a ella, colocándose de rodillas frente a ella.

—¿El qué?

—No creo que te vaya a gustar —respondió dudosa.

—Me da igual, ¡estoy desesperada! —exclamó, tomando su mano.

Capítulo 2

—¿Has oído hablar alguna vez de lo que es una Sugar Baby? —Lorena introdujo la idea con delicadeza.

—Nunca —frunció el ceño—. ¿Me lo vas a explicar o voy a tener que buscarlo en la Wikipedia? —insistió al ver que su amiga tardaba en continuar.

—A ver —tomó aire—. Tú ayudas a cambio de que te ayuden —bufó y volvió a explicarlo al ver a Diana confundida—. Digamos que un tío, no tan joven, quiere compañía o un “chochete” del que fardar; y tú necesitas dinero. He ahí la solución.

—¿Qué?! —Diana le dirigió una mirada acusatoria — ¿De verdad crees que me voy a hacer algo así? Estoy desesperada, pero no tanto como para meterme a puta.

Rápidamente se levantó del suelo y se alejó de su amiga. No sabía qué se le había pasado por la cabeza a Lorena para que se le ocurriera una idea así.

—No son putas —Diana detuvo sus pasos por un segundo—. No tienen sexo a cambio de dinero. Muchas veces los hombres que se apuntan solo buscan compañía o alguien con quien hablar —se encogió de hombros—. No follas con ellos si no quieres y ellos no te van a dar todo lo que tú pidas. Es como una relación, pero con contrato y sin amor, beneficiosa para los dos.

—¿Cómo sabes tú tanto del tema?

—¿Cómo crees que me estoy pagando la carrera? —respondió con otra pregunta— Mis padres antes de gastar dinero en esto, prefieren gastárselo en otras cosas.

Diana estaba sorprendida, no sabía qué hacer ni qué decir. Estaba siendo una mañana bastante activa, demasiado para ella. Suspiró y volvió a tomar asiento en el sofá, esta vez frente a su amiga.

—¿Y no había otro tipo de opción? ¿Como buscar un trabajo normal y corriente?

—Lo dices como si fuera muy fácil. ¿Te crees que con un trabajo normal habría conseguido dinero tan rápido? —Diana no sabía qué decir— Además, soy española. Entre el paro y que, en cuanto ven que soy de Setenil de las Bodegas (1), les falta tiempo para tirar mi currículum a la basura.

—¿Y por qué no estudiar en España? Joder. Tiene que haber más opciones, te lo digo en serio.

—Porque yo ya les dije a mis padres que todo estaba bien, que me encantaba la universidad, que me encantaba el país. Y que convaliden todas las asignaturas de una universidad a otra es jodidísimo. Si ya es difícil entre las universidades de España, imagínate de un país a otro —murmuró—. He empezado aquí, y voy a acabar la carrera aquí. ¿Y qué coño? Voy a trabajar aquí —dijo con decisión.

Lorena agachó la mirada y la volvió a su amiga, quien jugaba con sus dedos nerviosa.

—No es tan malo como crees —susurró, obteniendo la atención de su mejor amiga—. No es el comienzo en el mundo laboral que te esperas, y no cotizas, pero al menos ganas algo y los tíos son soportables. Hay algún que otro capullo, pero la mayoría son empresarios que solo buscan ayudar a alguien que lo necesita —se encogió de hombros—. A mí nunca me han tratado mal y pienso que me han dado mucho a cambio de muy poco.

Diana miraba a su amiga con atención, no era mucho de mentir y nunca la había metido en un lío grave. Sabía que había estado haciendo algún que otro trapicheo para poder permitirse toda la

ropa, la carrera y el coche nuevo, pero siempre pensó que estaba involucrada en algo de drogas, no que era acompañante de viejos.

—Yo te apunto la página. Es como una página de citas, funciona exactamente igual; por mucho que a ellos les gustes, si a ti no te llaman la atención, no estás obligada a juntarte con ellos —sacó un pañuelo de su bolso y cogió un bolígrafo que había sobre la mesa—. Tú piénsatelo.

Acto seguido, salió del piso, dejando a Diana sola, alternando la mirada entre el montón de folios -entre ellos el aviso de los dos meses de retraso en el alquiler- y el pequeño pañuelo.

* * *

Mientras tanto, Liam Jones estaba sentado en el gran sillón de su despacho, con la mirada perdida en la pared que había justo frente a él. Se sentía solo a pesar de tenerlo todo. Su ex novia le había hecho quedar en ridículo tras prácticamente lanzarle el anillo de compromiso en las narices y marcharse como si con ella no fuera el asunto.

Se rascaba la nuca mientras intentaba dar con una solución para el desastre en el que se había convertido su vida, a los treinta y siete años. Tenía que atender una cena con varios de sus socios y no tenía acompañante, no era algo que a él le importara, pero casi todos conocían sus planes de boda con Kristen. Y aparecer en la cena, admitiendo que le había abandonado por otro, era lo más penoso que había oído y no era algo que le fuera a dar una imagen muy positiva; quedaría aún peor frente a Kristen. Quizás si iba con alguien, con el boca a oreja que había entre las mujeres de sus socios, aquella noticia podría llegar hasta los oídos de su ex novia. Quizás podía funcionar y así conseguir que volviera...

Encendió la pantalla y fijó la mirada en aquella página que solía usar antes de estar con Kristen. Se rascó la barbilla, meditando si llevar a una de esas chicas podría ser la solución.

Chicas en bikini, en lugares exóticos, en yates, en aviones privados, perfectamente maquilladas y peinadas, con sonrisas encantadoras y una imagen más que seductora. Pero, eso sí, tiesas como un palo y rígidas.

No le agradaba ninguna, todas parecían demasiado perfectas para ser chicas normales. Siguió bajando hasta que encontró un perfil que le llamó la atención. La foto era de una chica normal, que parecía haberse sacado la foto en aquel mismo instante. Lo abrió y al leer la información que había sobre ella, supo que era la más indicada.

Capítulo 3

Diana miraba la página que su amiga le había recomendado con atención. Mordisqueaba su labio mientras pensaba por qué iba a hacer algo así. “Te van a echar de casa. El día menos pensado aparecerá el casero con la orden de desahucio y a tomar por culo” se respondió a sí misma.

Nada más entrar en la página, te aparecía las preguntas principales: “¿Eres hombre o mujer?”, “¿Sugar Baby o Sugar Mommy?”, “¿Interés en hombres, mujeres o ambos?”. Después de responder a todo aquello casi sin pensarlo, escribió su e-mail. No mucho después, procedió a rellenar su perfil. A diferencia del resto de las chicas, ella no tenía fotos sexys -ella no se creía sexy en sí-, por lo que decidió poner una foto normal de ella como foto de perfil. No se enredó mucho redactando la descripción, ya que tampoco había mucho que contar: “Soy una estudiante de economía que te hará el tiempo más ameno”. ¿Se suponía que aquello iba a quedar bien e iba a dar buena imagen?

Tras dar por finiquitado el trabajo, decidió abrir otra pestaña y dedicarse a hacer otras cosas que tenía pendientes y buscar información. Más que nada, a dónde podía ir si le echaban de casa.

Estuvo treinta minutos navegando en Internet, buscando trabajo a tiempo parcial, mirando las noticias... Hasta que un sonido agudo salió de los altavoces. Frunció el ceño y se dispuso a averiguar de qué página había provenido ese timbrado. Volvió a la página que Lorena le había dado, encontrándose con la sorpresa de que unos cuantos hombres ya la habían escogido. Comenzó a deslizar el ratón hacia abajo hasta que vio una foto que le llamó la atención. Vio el perfil del hombre y no podía negar que no estaba mal para su edad, no aparentaba los años que decía tener.

Estuvo pensando varios minutos si ella también debía responderle y aceptar aquel “contrato”. Se mordió el labio recordando las palabras de Lorena: “Son personas que buscan ayudar a gente que lo necesita, no vais a hacer nada que no queráis” y, sin pensárselo dos veces, le respondió. Cerró sesión en la página y borró el historial antes de coger sus cosas y marcharse a casa.



El resto del día se le hizo eterno, casi se había olvidado de que tenía algo pendiente hasta que un episodio de esas series que ponen en bucle se lo recordó. Tomó su móvil y abrió sesión esta vez desde allí, encontrándose que aquel hombre que se llamaba Liam le había mandado un mensaje. A veces maldecía lo lento que funcionaba su internet, pero tampoco podía quejarse. Era de lo más barato que había, no podía permitirse más.

*¿Podemos quedar mañana para conocernos
en persona y ponernos de acuerdo en un
par de asuntos?*

A lo que ella le respondió con un simple sí. ¿Se suponía que debía escribir un poco más?
¿Presentarse mejor?

Minutos después escuchó el mismo timbrado que en el cyber, aunque esta vez ya sabía a qué se

debía. Liam le había mandado a qué hora y dónde debían quedar para verse.

No se podía creer lo que estaba haciendo, ni a qué punto llegaba su desesperación para hacerlo. Sin duda sabía que esta era la mejor opción de encontrar dinero si no quería quedarse en la calle, debajo de un puente. Solo sería algo temporal, hasta que se recuperara un poco.

Puso el móvil a cargar.

—Aprovecharé antes de que me corten la luz —suspiró cansada.

Lentamente se tumbó en el sofá, intentando imaginarse lo que sucedería al día siguiente una vez que se encontrara con aquel hombre. Qué debía ponerse, cómo debía actuar, qué expresiones podía y no podía usar... Sin duda iba a ser algo difícil de asimilar para ella.

* * *

Liam no sabía qué pensar de aquella chica y empezaba a dudar que hubiera escogido correctamente cuando se pasó casi todo el día esperando a que ella le respondiera el mensaje que le había mandado. Tendría que haber escogido a alguien más veterana en esto para asegurarse de que todo saldría bien y que no acabaría haciendo el ridículo delante de sus socios. Pero, en el fondo, se vio atraído ante la idea de poder amoldarla a su manera, poder guiarla según lo que él veía importante y correcto y lo que no.

Rondando las once de la noche ella le respondió al mensaje, simplemente diciendo que sí, lo cual a él le sorprendió porque las chicas con las que había hablado anteriormente habían tomado el control de la situación bastante rápido. Pero esa vez fue él quien tuvo que elegir dónde y cuándo se verían.

Torció la boca antes de dejar su portátil sobre la mesa de café de madera y mirar la chimenea pensativo. No sabía en qué momento su vida se había torcido tanto como para tener que recurrir a una Sugar Baby de nuevo; eso era algo a lo que recurría cinco o seis años atrás antes de conocer a Kristen, y la única razón por la que lo hizo fue porque prefería recurrir a una de esas chicas antes de tener una novia seria.

Se desabotonó los primeros botones de su camisa antes de dirigirse hacia su habitación a paso pesado. Mientras intentaba dormir, lo único en lo que podía pensar era en Diana y en cómo sería ella realmente, qué sucedería al día siguiente cuando se vieran en persona.

Capítulo 4

Diana estaba sentada a los pies de su cama, no sabía qué ponerse para darle una buena impresión a Liam, ni siquiera entendía por qué le importaba tanto causarle una buena impresión a aquel hombre. Si no era él, habían seis más dispuestos a quedar con ella.

Se levantó con pesadez de la cama y empezó a hurgar en su armario en busca de cualquier cosa decente que ponerse. Una vez vestida, echó un vistazo al espejo y se miró de arriba a abajo. Ese hombre debía estar acostumbrado a las buenas marcas y a ropa de calidad, nada de lo que se pusiera ella iba a estar a la altura de ese hombre. Así que lo mejor era no darle muchas vueltas.

Dudó entre ponerse unos zapatos de tacón o unas zapatillas. En cuanto se puso el zapato de tacón de aguja en el pie derecho quiso morir por el dolor. Rápidamente se lo quitó y optó rápidamente por aquellas zapatillas tan cómodas a las que estaba acostumbrada a llevar.

Se dejó el pelo suelto, ya que el pelo recogido no le favorecía nada y volvió a echarse otro vistazo en el espejo. Negó con la cabeza, sabiendo que por muchas vueltas que le diera al asunto, ella no iba a verse bien con nada que se pusiera, lo indicado sería concentrarse en la forma de expresarse y de hablar para que, al menos, Liam viera que era una mujer culta que no le iba a dejar en ridículo en caso de encontrarse con algún conocido suyo.

Salió una hora antes de casa, ya que el lugar en el que habían quedado no estaba precisamente cerca y debía coger el bus.

Durante el camino intentaba mentalizarse para actuar y hablar de manera adecuada, no quería meter la pata nada más empezar. Escuchaba música para tranquilizarse, pero de muy poco le servía, no escuchaba la letra, en ese momento solo oía un ruido de fondo mientras pensaba.



Por otro lado, Liam estaba bastante tranquilo. No era la primera vez que recurría a una de esas chicas y había quedado en una cafetería que él frecuentaba bastante. No le preocupaba qué ponerse ni qué decir. Sabía que, si la cosa no funcionaba con Diana, en la página habría más chicas con las que intentarlo, aunque no le gustaran.

Se abotonaba la camisa mientras se miraba en el espejo. Seguía pensando por qué esa chica le llamó la atención, no lo entendía. Sí, era la que parecía más normal de todas, pero podría haber buscado un poco más. Entonces, ¿por qué no lo hizo y se conformó con ella? El reto...

Negó con la cabeza, no quería pensar más en ello. Sus pensamientos tomaron otro rumbo. Comenzó a pensar en cuáles serían las condiciones para que el “contrato” saliera bien, sin complicaciones.

No quiso vestirse exageradamente bien, no iba a una reunión, así que lo mejor era vestirse de la forma más casual posible. Con una camisa, unos vaqueros y unas zapatillas, bastaba.

Salió de casa, jugando con las llaves de su coche en la mano antes de pulsar uno de los botones para abrir ese lujoso Mercedes plateado.

Cuando llegó a la cafetería, comenzó a buscarla con la mirada, pero no la encontraba. Decidió sentarse y esperarla, seguramente estaría en medio de un atasco.

Después de media hora, pensó que le había dado plantón, así que optó por levantarse y

marcharse. No podía estar perdiendo el tiempo de esa manera, tenía cosas que hacer.

Justo cuando se giró, ahí la encontró. Entró de sopetón en la cafetería, abriendo la puerta con brusquedad y mirando de un lado a otro.

Diana estaba segura de que ese hombre se había marchado, nadie esperaba tanto tiempo por alguien que no conocía. Pero se equivocaba. Liam seguía ahí, la miraba confundido al lado de la mesa. Agachando la mirada, se acercó a él. Para su sorpresa, él le sonrió. Y podía decir que era la sonrisa más bonita que había visto en su vida. Y era mucho más atractivo que en las fotografías de su página.

—¿Diana? —inquirió, señalándola.

Se quedó en blanco por unos segundos. Esos ojos azules y esa voz tan profunda la habían tomado por sorpresa, su aspecto en general. No lo esperaba tan imponente, tan guapo... Si hasta parecía joven.

—Sí —al fin respondió—. ¿Liam?

Liam asintió y extendió su mano, ofreciéndole asiento. Diana enseguida aceptó su gesto, sentándose frente a él.

—¿Es la primera vez que haces esto?

Diana se debatía entre decir la verdad o mentir. Quizás si decía la verdad, él decidiría buscar a otra con más experiencia en ese asunto. Pero aunque mintiera, era obvio que no había hecho en su vida. A la larga, iba a darse cuenta de que era una novata.

—Sí —suspiró—. Pero bueno, que si necesitas a alguien con más experiencia, pues... —él la interrumpió.

—Está bien, solo lo preguntaba por curiosidad. No es algo que me importe, pero siempre va bien saberlo.

Estuvieron algunos segundos en silencio, sin saber qué decir exactamente. Sentía cómo la examinaba con la mirada, y lejos de incomodarla, en cierto modo le agradaba. Incluso algunas partes de su cuerpo podían gritar lo mucho que le gustaba sentirse objeto de esa mirada.

—¿Por qué hemos quedado aquí? —preguntó confundida.

Él ya llevaba un tiempo allí y aún no había pedido nada, y ninguna camarera se les acercó para saber qué querían desde que Gisela había llegado.

—Me gusta este sitio, ¿a ti no? —alzó una ceja.

—Pues no lo sé —se encogió de hombros—. Todavía no he pedido nada.

Ella no entendía por qué Liam estaba sonriendo de esa manera, no había dicho nada divertido. Le había hecho gracia su sencillez y el giro que le había dado al sentido que él le estaba dando. A Liam le gustaba la decoración del lugar, lo bien organizado que estaba; y ella esperaba juzgarlo por el tipo de productos que les sirvieran.

—¿Por qué necesitas una Sugar Baby? —hizo otra pregunta.

—Quiero compañía —se limitó a decir.

Aunque la principal intención era molestar a su ex, ponerla celosa y conseguir que volviera, prefirió obviar ese detalle para que Diana no saliera corriendo indignada.

—Y... ¿Cuándo empezamos? —preguntó insegura.

—Ya mismo —Diana se sorprendió ante su respuesta—. Dame tu teléfono y ya me darás tu dirección y más detalles por mensaje.

Tras eso, Liam anotó su teléfono directamente en sus contactos y vio los diversos mensajes que había recibido de John, su secretario. Había perdido mucho tiempo esperando y, aunque le habría encantado detallar más puntos de la relación que iban a tener, el deber le estaba pidiendo a gritos

que moviera su culo de vuelta al despacho.

—Me tengo que ir —le comunicó.

Aunque mientras se levantaba, se aseguró de abrir su cartera y sacar algunos billetes.

—Toma —le extendió la mano a Diana—. Tómame lo que quieras, puedes quedarte el cambio si quieres. Nos vemos luego —dijo mientras caminaba hacia la salida.

—Pero, ¿dónde? —esa pregunta hizo que Liam se girara hacia ella mientras abría la puerta de la cafetería.

—En tu casa —respondió, casi como si fuera obvio—. Mándame la dirección cuando puedas.

Y ahí se quedó Diana quien, con un gesto, hizo que la camarera se acercara.

Capítulo 5

Lorena la miraba impactada, no esperaba que Diana le tomara la palabra y se apuntara en la página de verdad. Diana se mordía las uñas mientras esperaba que su amiga se dignara a decir algo.

—¿Y cómo es? —quiso saber.

—Es guapísimo, la verdad —reconoció, encogiéndose de hombros—. Y no parece el típico capullo, así que no sé qué decirte.

—¿Cuántos años tiene? —Lorena la estaba avasallando a preguntas, algo que también la estaba poniendo un poco de los nervios.

—Pues... —Diana se quedó en blanco, él no se lo dijo, pero recordó que en su perfil lo ponía — Treinta y siete.

—Bueno, te has encontrado con uno joven. No está mal para la primera vez —sonrió—. El más joven con el que he estado tenía cincuenta y dos años.

El resto de la tarde la pasaron bastante tranquilas. No hicieron mucho más que comentar un poco más sobre el tema y hablar de cualquier cosa que se les ocurría, eso era lo que solían hacer cada vez que quedaban. Aunque el sonido del telefonillo hizo que eso cambiara.

—¿Diga?

—Estoy abajo, ¿me abres? —frunció el ceño confundida— Soy Liam —aclaró.

—Sí, espera un segundo —colgó.

Mantuvo el botón presionado unos tres segundos antes de colgar. No tardó mucho en intentar echar a su amiga de casa, lo cual no consiguió.

Poco después sonó el timbre, lo que hizo que Lorena se alborotara aún más y estuviera a punto de ser la que le abriera la puerta.

—Hola —dijo con tono seductor.

—Hola, ¿está Diana?

—¡Sí! —respondió desde detrás de la puerta hasta que se abrió paso dándole un leve empujón a Lorena— Hola.

—Hola —le sonrió de lado.

—Ella es una amiga que ya se iba —señaló a Lorena—. Nos vemos mañana, ¿vale? Anda.

Lorena recogió sus cosas y salió, no sin antes darle un repaso con la mirada de arriba a abajo, haciéndole un gesto de aprobación en cuanto se encontró fuera del campo visual de Liam.

Diana le hizo un gesto con la mano para que pasara. Él miraba su pequeño piso. Obviamente no era como su casa, ese piso era más bien como el salón de su apartamento, aunque si vivía ella sola no necesitaba mucho más.

—¿Quieres algo de beber o de comer? —preguntó con amabilidad, a lo que Liam negó con la cabeza— Pues nada, siéntete como si fuera tu casa.

—Gracias —respondió mientras avanzaba por la casa.

Mientras ella iba a la cocina a por dos vasos de agua, él aprovechó para sentarse en el pequeño y viejo sofá que había cerca de la televisión. Seguía observando con atención cada pequeño rincón de la casa. Parecía bastante vieja, todo el edificio lo parecía a decir verdad. En comparación con su casa, aquel lugar era lo más cercano a una ratonera.

—¿De verdad no quieres nada? —se aseguró antes de tomar asiento a su lado, a lo que él negó.

—Supongo que querrás saber cómo va a funcionar todo esto, ¿me equivoco?

—Sí, la verdad es que pensé que habíamos quedado en la cafetería exactamente para eso —le dio un sorbo a su vaso de agua.

Liam se quedó en silencio, pensando las palabras exactas con las que explicarle a Diana de qué trataba todo esto.

—No estamos obligados a hacer nada que no queramos —comenzó—. Es como una relación, pero más laboral que sentimental. Tú me acompañas donde yo necesite que vayas y yo seré como tu tutor —frunció el ceño ante esa forma de explicarlo—. Yo pagaré lo que necesites que pague y te compraré casi todo lo que me pidas.

Diana asintió con la cabeza, aunque eso ya se lo dejó bastante claro Lorena, había otra cosa que la atormentaba aún más que eso.

—¿El sexo? —Liam sonrió tras esa pregunta, estaba seguro de que la acabaría haciendo.

—No entra en el acuerdo —aclaró—. Es algo secundario, sucede si ambos queremos que suceda. Aunque yo prefiero que no suceda —Diana frunció el ceño tras oírle decir eso—. No por ti. Se trata de ser profesionales. No sabemos qué consecuencias puede tener, y prefiero no arriesgarme.

Diana suspiró de alivio y no pudo evitar fijarse que eso había hecho que Liam soltara una pequeña risa.

—Por cierto, debes estar estrictamente soltera. Supongo que la página ya te habrá avisado de eso —asintió—. No te estoy diciendo que debas estar solo conmigo, pero prefiero que no salgas con nadie, de forma seria. No tengo ganas de que me partan la cara por celos.

Diana sabía que ese no iba a ser problema. Llevaba cinco meses soltera y desde que rompió con su novio no había vuelto a tener ningún tipo de relación con nadie más.

—Supongo que necesitarás que te paguen el apartamento —Diana asintió—, ¿algo más?

—La universidad y todos los gastos de la luz, el agua... Aunque yo trabajo, no hará falta que lo pagues absolutamente todo, pero sí una gran parte.

—Deja el trabajo —ella le miró confundida—. Necesito que puedas estar disponible para mí cada vez que yo lo requiera, además a partir de ahora el trabajo es innecesario. Necesitaré tu número de cuenta para poder hacerte las transferencias. De ahí, tú ya irás pagando lo que te dé la gana.

Liam le dedicó una sonrisa antes de sacar de su portafolios una hoja. Diana por un segundo creyó que le iba a hacer firmar algún contrato, a lo Liam le negó; pero no. Solo había una serie de números de teléfonos, direcciones y correos electrónicos.

—La página ya te fuerza a ser confidencial en cuanto a todo el asunto —Diana le miró mientras sostenía la hoja de papel—. No voy a hacerte firmar nada. Es una relación beneficiosa, no un contrato a largo plazo con una compañía telefónica. En el momento que alguno de los dos se canse, o simplemente quiera romper, ya está. Se dice y punto —señaló hacia el folio—. Si algún día tienes una emergencia, ahí te he dejado mis contactos. Y, por emergencia, me refiero a emergencia —reiteró.

Dada por finiquitada la puesta en común de ideas y la información extra que necesitaba, Liam se relajó en el sofá. Ya era bastante tarde, por lo que Diana no pudo evitar preguntarle si se quedaría a cenar, a lo que Liam negó amablemente. Cuando hablaba de no mezclar sentimientos, se refería en general, no solo no teniendo sexo, era lo mejor para que todo saliera bien.

—Casi se me olvida —se levantó y rebuscó en su cartera—. Toma —le dio unos cuantos

billetes—. Es de lo que me has dado esta mañana —explicó al ver la confundida mirada de Liam—. Son las vueltas.

—Es tuyo —se encogió de hombros—. Te lo di para que te lo gastaras. Si no te lo has gastado todo, pues para la próxima vez —finalizó con una encantadora sonrisa.

Se levantó y tras colocarse la camisa, caminó hacia la puerta, seguido de Diana. Ella no sabía cómo despedirse de él: con un abrazo, dos besos... Por suerte, él se adelantó a ella y le extendió la mano, la cual Diana estrechó. Sin duda, le resultaría difícil acostumbrarse a todo eso rápidamente, pero tenía tiempo.

Capítulo 6

Leía con atención lo que la carta decía: su transferencia se había llevado a cabo correctamente, a esto le seguía una larga lista de asignaturas que había elegido un mes antes. No quedaba mucho para que el plazo disponible para pagar se acabara, pero Liam había conseguido hacerlo justo a tiempo. Por primera vez en mucho tiempo, podía respirar con tranquilidad. No solo había conseguido seguir con su carrera, sino que también había sido capaz de efectuar los pagos de alquiler, luz y agua a tiempo. Bendito Sugar Daddy, y bendita Lorena por darle aquella idea. Aunque sabía que, como todo, algo bueno siempre traía dos cosas malas; pero ya pensaría en ello más a fondo cuando se le pasara un poco la alegría. Por ahora, solo le quedaba celebrar.

Se preparó para salir e ir a ver a Susanne para comunicarle su dimisión. Debía hacerlo, no podía dejar que su jefa siguiera dependiendo de alguien que la mayoría de las veces no estaba disponible, y que desde días antes iba a estar aún más ocupada.

Miró el escaparate de la tienda con atención antes de entrar y encontrarse a Susana moviendo cajas hacia el almacén.

—Te ayudo —le ofreció su ayuda Diana, cuyo turno tocaba empezar en una hora.

—Gracias —respondió con sinceridad.

Cuando la tarea ya estaba hecha, Diana dejó su mochila sobre el mostrador, concentrando sus ojos en los de Susana, no quería desviarse del tema como solía hacer.

—¿No has llegado demasiado pronto hoy? —interrumpió Susanne cuando ella estaba a punto de hablar.

—Sí, pero es porque tengo que tratar un asunto contigo —dijo nerviosa, su jefa la miraba atentamente—. Es que pienso que este año voy a estar muy liada con la universidad y algunas cosas más, no quiero ser un incordio para ti aquí —suspiró—. Pero gracias por dejarme trabajar contigo y ser tan flexible con todo, en serio.

—¿Cómo vas a pagar las cosas? —inquirió confundida.

Durante aquellos meses, Susanne se había preocupado mucho por ella y la había cuidado todo en cuanto podía.

—Pues... —se mantuvo unos segundos en silencio— He encontrado un trabajo que puedo hacer desde cualquier lugar, incluso desde la uni. Soy una especie de teleoperadora —dijo bastante confundida—. Así no tendré que estar faltando cada dos por tres.

—Bueno, mientras te vaya bien, me alegro —sonrió—. Pero en el momento que necesites un trabajo, no dudes en buscarme.

—Muchas gracias —estiró la mano para que Susana se la estrechara, en lugar de eso, la abrazó.

Después de despedirse de ella, Diana sintió que se había quitado un peso de encima, tenía una cosa menos que hacer. Lo siguiente era volver a casa y comenzar a preparar las cosas para la universidad, ya que no tardaría mucho en empezar de nuevo otro curso. Tenía ganas de que todo iniciara de nuevo: volver a las clases, seguir con los estudios, descubrir más cosas nuevas y conocer a más gente -la verdad era que tenía un círculo de amistades bastante cerrado-.

Mientras preparaba la comida, escuchó su teléfono sonar. Lo sacó de su bolsillo para ponerlo en manos libres y escuchar a su amiga sin problema.

—¿Salimos esta noche? De verdad que necesito despejarme esta vez —dijo Lorena sin darle tiempo a Diana de hablar.

—No tengo muchas ganas —susurró—. La última vez casi me quedo dormida en el club.

—Porque no sabes divertirte.

—Me dejaste sola —rodeó los ojos—. Salí precisamente por ti y tú me dejaste tirada para irte con un tío que acababas de conocer.

—No te enfades —pidió—. Salimos y te prometo que esta noche no te dejo tirada. Será noche de chicas, de buen rollo.

Diana sabía que cuanto más se resistiera, mayor sería la insistencia de Lorena por conseguir que aceptara la invitación. Miró la encimera y la zanahoria a medio cortar que había encima de la madera. Suspiró y accedió.

—Te paso a recoger a las diez —a lo que Diana mostró falsa emoción que Lorena notó en el momento.

* * *

Eran las diez y doce, y ella seguía esperándola. Miraba el reloj continuamente, esperando señales de vida por parte de Lorena.

Cuando finalmente llegó, Diana decidió no pedirle explicaciones, básicamente actuó como si hubiera llegado puntual -cosa que rara vez sucedía.

Una vez en el club, las dos bailaron sin control, se lo estaban pasando realmente bien. Le hacía tanta falta despejarse de todo.

Por una vez, Lorena no se había desviado y seguía allí con su amiga, que en ese momento estaba en la barra pidiendo unas copas para las dos. A lo lejos pudo ver como un chico de su edad no dejaba de molestar a Diana, veía a su amiga cada vez más tensa; así que no dudó en acercarse para echarle una mano. Aunque alguien se le adelantó, un hombre se acercó a ellos y no tardó en intentar ayudarla.

Liam se quedó sorprendido cuando Diana le pidió que no se metiera y se mantuviera al margen porque ella ya lo tenía todo bajo control. Y era cierto, ese tipo solo había estado chapurreando tonterías, hasta que su mano se posicionó en un lugar inapropiado, tomándose unas confianzas que ella no le había dado.

Al sentir la mano en su trasero, aunque solo fueran por unos segundos, sintió que perdía el control. Sin pensárselo dos veces, Diana le dio un fuerte manotazo en la cara -que logró escucharse a la perfección a pesar de la música electrónica a alto volumen-, provocando que la cara del chico se ladeara. No llegaron ni a dos segundos cuando él se marchó.

—Gilipollas —susurró, dándole la espalda a un Liam sorprendido para pedir otra copa.

Capítulo 7

Aunque parecía que todo iba a quedarse ahí, el chico volvió con tres amigos más que caminaron hacia ellos como una manada; solo en busca de jaleo. Antes de que las cosas pudieran ir más lejos que solo varios gritos e insultos, les echaron del local sin ningún tipo de pudor. Liam la miraba sin decir palabra mientras que Diana se colocaba la ropa. No se había achantado, se había encarado a ellos y a cuantos vinieran. Suspiró y se llevó las manos al cabello para acariciarlo y peinarlo.

—Si quieres cambiar de Sugar baby lo entenderé perfect..

—Ha sido increíble —admitió—. Nunca había visto a alguien decir tantos insultos al mismo tiempo ni tan rápido.

Diana sonrió y miró al frente. Lorena les miraba a ambos sin saber qué decir exactamente. Se mantuvo durante unos segundos en silencio, aunque no le duró mucho ya que enseguida estaba hablando de más, de nuevo.

—¿Y tú no eres muy joven y muy guapo para ser un Sugar Daddy? —preguntó sin pudor— Quiero decir...

—¡Lorena!

—No, tranquila —interrumpió Liam—. No tengo suerte con las mujeres y necesito a alguien que me acompañe a los eventos, es mucho más fácil y efectivo eso que ir por ahí enamorándote de la primera petarda que se te cruza y que luego te jode vivo.

—Uno de los que tuve decía exactamente lo mismo —rio Lorena—, aunque claro, tenía 60 años, feo, gordo...

—Lorena, ya... —la mandó a callar definitivamente su amiga.

Los tres se quedaron en silencio durante un rato. Diana comenzó a caminar y Lorena no evitó seguirla, a continuación Liam hizo lo mismo hasta que Lorena se detuvo en seco. El primero en cerciorarse fue Liam, quien se detuvo casi al instante y poco después fue Diana la que se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba andando sola. Se dio media vuelta y vio a su amiga saludando a uno de los chicos de la acera de enfrente.

—Ya te llamo mañana —hizo un gesto con la mano.

—Espera, ¿te vas? —Diana frunció el ceño sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—Sí, estaré bien; y tú —añadió antes de cruzar la calle.

Rodeó los ojos, aunque volvió a colocar su postura al darse cuenta de que Liam todavía seguía allí, contemplando la escena sin ningún tipo de expresión en su rostro. Ambos caminaron juntos un par de metros más.

—¿Qué hacías allí? —preguntó Diana— No es un lugar en el que me imagino a un tío como tú, o sea... —Liam volvió a reír.

—El cliente con el que estaba se ha metido aquí de cabeza —se encogió de hombros, aún con las manos en los bolsillos.

—¿Y le has dejado allí solo? —señaló hacia el club.

—Estaba bien acompañado —aseguró, haciendo una mueca—. Creo que después de la segunda copa y de la segunda chica sentada en sus rodillas, yo ya sobraba. Y tenía pensado irme a casa, pero te he visto.

—Qué oportuna coincidencia —rió Diana.

—No he servido mucho de ayuda. Te sabes defender bastante bien tú sola.

—Es algo que aprendes una vez te independizas —susurró con sinceridad—. Cuando no tienes a casi nadie con quien contar, te tienes que espabilar. Si no sacas dientes, te comen. Y, mírame —se señaló a sí misma—. Por mucho que le haya enseñado los dientes a la vida, he acabado jodida. No me quiero imaginar si me hubiera achantado...

—¿Y tu amiga? —Diana frunció el ceño— Has dicho que no tenías a nadie.

—A casi nadie —puntualizó—. Es como mi hermana, pero está en las mismas que yo —hizo una mueca—. Es un apoyo enorme emocional, aunque eso no me ayuda a pagar facturas, pero sí a echarle un par a la vida y tirar hacia delante. De hecho, si te he llegado a conocer, es gracias a ella.

Estuvieron en silencio y Diana miró el móvil tras unos minutos. El imponente hombre abrió los ojos de par en par al ver que el teléfono de la chica estaba prácticamente destrozado y algo anticuado.

—Era lo más barato que había —respondió antes de que él llegara a preguntarle, como si le hubiera leído la mente—, pero funciona sin problemas, así que es perfecto. Lo tengo desde hace bastante tiempo, antes de arreglarlo o renovarlo, gasté mi dinero en cosas que me urgían un poco más —sonrió antes de guardarlo.

Tras una breve y aburrida conversación sobre el teléfono, Liam se ofreció a llevarla a casa, ya que no era el plan perfecto que ella tuviera que esperar a que pasara el autobús nocturno para dejarla en su casa.

Diana se montó en el BMW sintiendo su corazón latir a mil por hora, ese coche le encantaba y ella iba a estar en el asiento del copiloto mientras alguien lo conducía.

No podía quitarle la mirada de encima a ese hombre. Era excesivamente atractivo para la edad que tenía, y verlo conducir solo aumentaba su *sex appeal*.

—Me gustaría que tomaras unas clases de protocolo y esas cosas —comenzó a hablar—. Dentro de poco tendrá el lugar una cena y fiesta bastante importantes, y necesito que des lo mejor de ti, y un poco más —hizo una mueca—. Lo típico: cómo se usan y cogen los cubiertos, cómo saludar...

Diana accedió sin ningún problema: al fin y al cabo no tenía nada mejor que hacer, por no decir que le estaba pagando prácticamente para eso. Además de que sería completamente favorable para su futuro.

No hablaron mucho más el resto del camino, tampoco tenían muy claro de qué. Se despidieron formalmente, estrechando sus manos, en cuanto él aparcó bajo su casa y ella no pudo evitar maldecir en su interior, ¿acaso Liam no sabía despedirse de otra manera?

Capítulo 8

Diana miraba el edificio desde afuera. Se esperaba que él trabajara en ese tipo de edificios de la City, pero aún así se sentía impresionada e incluso algo intimidada: un edificio alto con grandes cristales, con una puerta rotatoria que te invitaba a entrar y de la cual solo salía gente trajeada y perfectamente arreglada. Sí, quizás era eso lo que la intimidaba.

Ella iba vestida lo más simple posible con unos vaqueros algo rasgados, unas zapatillas blancas algo sucias -por no decir bastante- y una camiseta a rayas de lo más normal. Se agarró a la tira de su bolso con fuerza antes de suspirar y disponerse a entrar sin pensárselo más de una vez, ya que si seguía dándole vueltas, lo más probable era que saliera huyendo por patas.

Mientras avanzaba hacia los ascensores, uno de los guardias la detuvo -probablemente por su vestimenta algo inapropiada-. No sabía qué hacer ni qué decir, aparte de repetir una y otra vez que Liam la estaba esperando. Aunque con el tono de niña intimidada, cualquiera la hubiera tomado en serio. Parecía una chica que se había colado en la zona backstage de algún concierto y a la que acababan de pillar con las manos en la masa.

—¿Así vestida? —Diana alzó una ceja, impresionada, pero incapaz de decir en voz alta lo que pensaba— El señor Jones es lo suficientemente serio como...

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió una voz desde los ascensores.

Diana se giró y se quedó embobada por unos segundos. Era increíblemente guapo. Ese cabello castaño peinado de manera cuidada hacia atrás, unos ojos azules que mostraban una seguridad implacable, unos labios gruesos, que parecían tan suaves al mismo tiempo; por no hablar de lo bien que le quedaba el traje azul marino que llevaba puesto. Sin duda había tenido mucha suerte de que él se fijara precisamente en ella.

—Esta chica pretendía colarse. Dice que usted la ha citado aquí...

—Y es así —le cortó.

El guardia lentamente suavizó el agarre sobre el brazo de Diana, la cual seguía mirando fijamente a Liam.

—Que sea la última vez que tratas a alguien así en mi empresa, sea quien sea, o como vaya vestido, me da igual —dijo sereno y con tranquilidad—. No quiero tener que despedir a nadie por tonterías como esta, ¿entendido?

El guardia asintió rápidamente y finalmente soltó el brazo de Diana, quien se lo sobó con la otra mano mientras caminaba hacia Liam. Tenía la mano estirada hacia ella, invitándola a caminar a su lado. Por un instante él colocó su brazo alrededor de sus hombros y le acarició el brazo de una manera bastante cercana antes de volver a separarse.

—Lo siento, de verdad —se disculpó una vez dentro del ascensor—. No suelo tolerar este tipo de comportamiento hacia gente que no pertenece a la empresa. Me gusta que se tenga pleno control de quien entra y sale, ¿pero tratar a alguien como si fuera a robar solo por la forma en que va vestido? Tiene mucha suerte de haberme pillado de buenas.

Y Diana estaba de acuerdo con todas y cada una de las palabras que salían de su boca, pero tampoco iba a crucificar al guardia por haberse tomado el asunto más en serio de lo que tocaba.

—No importa —logró decir—. En realidad solo estaba haciendo su trabajo —se encogió de hombros.

Liam la miraba intensamente, estaba tan serena y apaciguada tras lo ocurrido. Cualquiera otra chica con la que hubiera dado se habría vuelto loca y se lo habría echado en cara, lo que habría supuesto comprarle algo para intentar arreglarlo. Aunque pensándolo mejor, con cualquiera otra no habría sucedido porque las anteriores Sugar babies que había contactado tenían un presupuesto bastante elevado como para ir vestidas tal y como iba Diana. Aunque no le molestaba, en absoluto.

Ella no pudo evitarlo, se detuvo tras haber salido del ascensor. Aunque fuera disimuladamente, ella sentía muchas miradas puestas sobre ellos. Liam también lo notó, así que no dudó en tomarle de la mano para guiarla por el pasillo, deteniéndose frente a una puerta.

Justo cuando iba a abrir, alguien le detuvo. John era, quizás, una de las piezas fundamentales en su empresa, ya que sus ideas hacían que todo siguiera rodando de manera perfecta. Empezaron a hablar de algunos asuntos, hasta que John se cercioró de la presencia de Diana.

—No sabía que estabas acompañado —se disculpó—. Te llamaré más tarde para darte más detalles —el hombre sonrió a Diana antes de seguir caminando por el pasillo.

Gentilmente Liam colocó su gran mano en la espalda de Diana, invitándola a pasar. Ella dio unos cuantos pasos y se quedó impresionada ante el tamaño de aquel lugar y las increíbles vistas que tenía de toda la zona.

—Arreglaré un par de cosas y nos vamos —caminó hacia su gran sillón y se sentó antes de comenzar a teclear—. No te cortes si tienes sed, hambre, si quieres sentarte...

—¿A dónde iremos?

—A mi casa —le sonrió—. Creo que tengo más recursos para poder darte esas clases de protocolo, y me sentiré más cómodo.

Diana frunció el ceño. ¿Acaso no podía llevarse los cubiertos o lo que tuviera que usar a su casa?

Rodeó los ojos. Claro que no.

Se mordió el labio y miró a través del ventanal, y se giró a mirarle a él. ¿Cómo alguien como Liam tenía la necesidad de tener una Sugar Baby? Podía tener a cualquier mujer sin tener que pagar nada, sin tener que actuar como un hombre en plena crisis de mediana edad. No creía que conquistarlas fuera un problema. Era un hombre bastante amable y educado, por no decir que era extremadamente atractivo y encantador.

Capítulo 9

Liam colocó la última pila de folios a su derecha, al lado de los otros dos montones, antes de apagar su ordenador y dejar todo el escritorio ordenado -algo que no era muy difícil, ya que ya lo tenía todo bastante colocado. Se aflojó el nudo de la corbata y dirigió sus ojos azulados hacia Diana.

Ella había decidido colocar una silla frente al gran ventanal para poder contemplar las vistas el tiempo que estuvieron allí. No habían hablado mucho, por no decir casi nada, de vez en cuando miraba su móvil y lo volvía a guardar. Estaba sentada de manera descuidada, con sus piernas flexionadas y sus pies sobre la silla.

Una vez que Liam se levantó, Diana le miró. Introdujo sus manos en los bolsillos de sus pantalones y se apoyó en el escritorio.

—¿Estás lista? —alzó una ceja.

—Sí —contestó ella antes de levantarse y colocarse la ropa.

Sonrió con ternura y se giró para coger las llaves de su coche y su cartera. Sabía que no le iba a resultar extremadamente difícil enseñarle cómo comportarse en un evento oficial, algo que le reconfortaba.

Bajaron al aparcamiento subterráneo y de entre todos los coches que había, de marcas bastante conocidas, se acercaron a un Lexus LS 500 plateado. Estaba boquiabierta, no porque Liam poseyera ese coche —¿De verdad eso iba a sorprenderla viniendo de él?—, sino porque estaba completamente enamorada de aquel modelo.

Liam abrió el coche y se montó, esperando que ella se montara tras él. Al entrar, su excitación solo creció, ya que por dentro el coche era increíble. Nada más entrar la invadió un olor a coche nuevo, los asientos eran exageradamente cómodos y la decoración, la cantidad de botones por todos lados la iban a mantener distraída durante todo el camino por lo menos.

Y no se equivocaba, estuvo durante todo el camino intentando adivinar para qué servía cada botón.

Volvieron a entrar en otro aparcamiento subterráneo -en él pudo identificar el BMW en el que se había montado la noche de la fiesta- para poco después volver a entrar en otro ascensor. Ninguno de los dos dijo una palabra desde que habían salido del otro edificio, algo que no la incomodaba del todo.

Una vez dentro del apartamento, Diana se volvió a encontrar a sí misma boquiabierta. Oyó como Liam cerraba la puerta tras ella, pero no podía apartar los ojos de los grandes ventanales y del apartamento en sí. Se imaginaba lo relajante que debía ser sentarse en el sofá y ver cómo la lluvia caía por los grandes ventanales inclinados, o simplemente observar la ciudad de Londres y el Shard; aunque por otro lado también pensaba en lo difícil que debía ser mantener los cristales limpios.

—¿Quieres algo de beber? —Liam la sacó de sus pensamientos.

—Un vaso de agua, por fa.

Antes de empezar, Liam se dedicó a enseñarle la casa. Estaba llena de espacios abiertos, la única zona de la casa con puertas era su habitación y el baño. Era increíble. Aunque lo que más le gustó era la gran cantidad de luz natural que entraba a través de los ventanales.



Liam ya había tratado temas como la comida, la bebida y la conversación. No era algo que Diana no supiera ya: debía comer con la boca cerrada y usando correctamente los cubiertos —algo que todavía no le había enseñado—, controlar cuánto bebía y evitar los silencios incómodos y los temas fuera de lugar.

—Te reciben según te presentas, y te despiden según te comportas —citó a Quevedo—. La vestimenta y la apariencia son muy importantes en cuanto a la primera impresión que se llevan de ti, aunque eso lo trataremos otro día. Concentrándonos en la segunda parte: tienes que comportarte, pero debes ser tú misma —Diana le miró confundida—. Ser educada sin ser pedante, tienes que ser una versión mejorada de ti misma, no intentes imitar a nadie. Es un fallo que comete mucha gente, exageran tanto las acciones e intentar seguir los pasos de otras personas que acaban dando una mala impresión.

Tras presentarle un tema fundamental, el comportamiento, prosiguió a enseñarle cómo utilizar los cubiertos y las copas.

Diana se sentó en la mesa, frente a un montón de platos, cubiertos y copas.

—Es bastante sencillo, los cubiertos se utilizan de afuera hacia adentro. Los primeros son el tenedor y el cuchillo de la ensalada —Diana los tocó—. Luego vienen el tenedor y cuchillo del pescado, y por último el tener y cuchillo de carne. A la derecha al lado de los cuchillos verás distintas cucharas y un tenedor de tres puntas: la primera es de té o café, la más grande es para la sopa y el tenedor es para el marisco —se detuvo y la miró—. ¿Vas bien?

—Eso creo.

—Seguimos con los platos: plato de ensalada, plato llano y plato base, en ese orden. A la izquierda tienes un plato pequeño con otro cuchillo, es el plato del pan y la mantequilla. Y frente los platos grandes tienes la cuchara y el tenedor de postre.

—Vale, las copas —quiso continuar.

—Normalmente hay cuatro tipos de copas: la de agua, vino tinto, vino blanco y Champagne, además de la taza de café. La más fácil de distinguir es la copa de flauta —la más alargada y fina—, es para el Champagne; la copa más grande es la de vino tinto, la más pequeña la de vino blanco y la que queda es para el agua.

Liam se acercó a ella y se sentó a su lado.

—Cómo los debes colocar después de comer, depende de lo que te haya parecido la comida —apartó los platos, menos el plato base, y cogió los cubiertos de carne—. Si te ha gustado colocas los cubiertos paralelos entre sí de manera vertical —le muestra cómo hacerlo—, si no te gusta los colocas en una forma parecida a la “x”, y si no quieres dar una opinión los colocas paralelos entre sí, pero de manera horizontal. También hay otras dos formas de colocar los cubiertos: si vas a hacer una pausa los colocas encima del plato, haciendo un ángulo agudo y evitando que el tenedor y el cuchillo se toquen entre sí; y si has acabado, los colocas en cruz para que el camarero sepa que estás esperando el siguiente plato.

Diana miraba la mesa, intentando recordar todo lo que le había dicho.

—No te preocupes —la reconfortó—, lo iremos practicando y repasando, ya verás que le acabarás cogiendo el tranquilo.

—Me he quedado con todo, pero no es lo mismo hacerlo aquí que allí —eso hizo a Liam sonreír.

No sabía qué le había hecho sonreír de esa forma, pero le gustaba. Miró el móvil

descuidadamente para asegurarse de que su autobús todavía no iba a pasar por parada, aunque enseguida pensó que iba siendo hora de irse.

Capítulo 10

—Es algo tarde, debería irme —susurró antes de ponerse en pie—. El último bus pasa en quince minutos y si lo pierdo tendré que volver a casa andando, y este sitio no está precisamente cerca —dijo mientras se colocaba la ropa y guardaba su móvil en el bolsillo.

Liam la miraba desde abajo. Por un extraño motivo no quería que se fuera. La idea de que esa joven chica anduviera sola por la calle, especialmente por el barrio en el que ella vivía, a esas horas, no le gustaba.

—Te puedes quedar aquí —sugirió—. No me parece lo más correcto que vayas por ahí sola tan tarde. No me quedaría tranquilo.

—¿Si ahora mismo estuvieras hablando con un chico dirías lo mismo? —le miró con una ceja alzada— Agradezco muchísimo el detalle, pero llevo meses cuidándome a mí misma y, excepto económicamente, me ha ido muy bien —Liam la miró sorprendido, no se lo esperaba.

—Como quieras —se encogió de hombros—. No quería decir que no pudieras cuidarte sola. Lo último que quiero es hacerte pensar algo semejante o darte una impresión errónea.

Diana recogió sus cosas antes de despedirse y encaminarse hacia la puerta. Liam la acompañó para despedirse.

—Y respondiendo a tu pregunta, sí. Si fueras un chico te habría dicho exactamente lo mismo. Hoy en día pueden atracar a cualquiera a punta de navaja o de pistola.

Eso la hizo sentir como a una idiota. Ya no sabía ni cómo despedirse de él sin sentirse incómoda o estúpida.

Se volvieron a estrechar las manos antes de que finalmente ella saliera por la puerta. Mientras cruzaba el portal, se escuchó un gran trueno que hizo que la puerta temblara. Se maldijo mil veces y esperó que aquello no acabara de la manera que ella esperaba.

Miraba hacia arriba una y otra vez mientras proseguía su camino escuchando música, aunque parecía que ella misma intentaba atraer la lluvia. Y fue cuando agachó la mirada que empezó a sentir gotas chocar contra su cabeza, y en menos de cinco segundos estaba diluviando.

—No me lo creo —murmuró enfadada.

Solo había caminado el tiempo que duraba una canción, aún le quedaban siete minutos de camino, aunque si corría podría restar dos o tres minutos. Sin darse cuenta se había dado media vuelta y estaba corriendo hacia la puerta del apartamento de Liam. Justo en frente del telefonillo, y ya algo refugiada, se dio cuenta de que no sabía cuál de los tres áticos era el de Liam. Así que optó por llamar a los tres, aunque no tuvo que hacerlo al final porque la señora que vivía en el A le informó de que el ático de Liam era el B.

—Hola, soy Diana —dijo en cuanto contestó.

Solo le bastó con decir eso, pues Liam ya le había abierto la puerta del portal, y tras salir del ascensor también se encontró la puerta de su casa abierta. Liam la esperaba al lado de la puerta, mirándola divertido, aunque ese gesto cambió al verla tan mojada.

—Estás empapada.

—No me había dado cuenta —contestó la chica con sarcasmo.

—Vete a dar una ducha caliente en lo que yo preparo la cena. Y deja tu ropa en el cesto de ropa sucia, ahora te daré algo para que te pongas.

Ella le esperó en el baño, cubierta con la toalla, que había encontrado en un mueble de madera que había bajo el lavabo, porque sabía que si seguía con la ropa mojada iba a acabar resfriada.

Examinó la habitación descuidadamente mientras le esperaba. Las baldosas eran de un tono oscuro, gris casi negro, en perfecto equilibrio con el suelo y el techo que eran blancos. Miró extrañada el váter y el bidet, nunca había visto ninguno que fuera cuadrado. Debían ser incómodos, ¿no? Por su cabeza se pasó la idea de sentarse solo para probarlos, pero rápidamente negó con la cabeza. Se sentó en un sillón gris sin respaldo que había justo al lado de los lavabos dobles y miró el fondo del baño. A la izquierda, una ducha enorme, y a la derecha una gran bañera... ¿jacuzzi?

Liam entró, interrumpiendo sus pensamientos y recogió su ropa tras haber dejado la suya en el lavabo.

—Tienes el secador aquí —señaló a uno de los estuches negros que había en la pequeña estantería—. Y las toallas veo que las has encontrado, así que te dejo tranquila.

A continuación salió y la dejó sola. Se deshizo de la toalla y le echó un vistazo a la ducha. Había chorros por todos los lados e incluso un regulador de la exacta temperatura que quería. Estiró su brazo todo lo que pudo y en cuanto lo reguló para que el agua estuviera lo necesariamente caliente, sacó el brazo y esperó fuera. Parecía una estupidez, pero odiaba cuando el agua fría le daba de lleno. Aunque esta vez el agua salió enseguida caliente, le extrañó porque con su ducha tenía que esperar unos cuantos minutos. Se introdujo y dejó que el agua hiciera su trabajo.

Capítulo 11

Una vez acabó, salió de la ducha y se envolvió en una toalla. Pasó una mano por el espejo empañado y observó su reflejo. Suspiró pesadamente antes de secarse y comenzar a vestirse con la ropa que Liam le había dejado: unos calzoncillos, una camiseta gris y unos pantalones de chándal negros. Obviamente todo le quedaba algo grande y tuvo que apretar con bastante fuerza el nudo de los pantalones para que no se cayeran y, acto seguido, los calzoncillos.

Tras haberse secado algo el pelo, lo suficiente como para hacer desaparecer la humedad, soltó un pesado suspiro y esperó durante varios segundos de pie frente a la puerta, preguntándose cómo salir y cómo actuar.

Colocó su mano en el pomo y lo deslizó hacia abajo lentamente, empujando la puerta con delicadeza. Pasó por el dormitorio y ni siquiera se detuvo en observarlo todo, y mucho menos de tocar algo, sabía que todo debía costar un pastizal y no estaba dispuesta a que sus torpes manos rompieran algo que ella no pudiera pagar -al menos sin vender alguno de sus órganos.

Y allí estaba él, esperándola sentado en la mesa, donde ya había comida servida. “¿Tanto tiempo he estado en el baño?” pensó mientras se acercaba a la mesa y se sentaba frente a él.

—Ya pensaba que te había tragado el desagüe —bromeó, a lo que ella no pudo evitar sonrojarse de la vergüenza.

—Lo siento —se cubrió la cara con una mano—, es que se estaba tan agusto que se me ha pasado el tiempo volando.

—Tranquila —negó con la cabeza—. He pedido pizza, espero que no te importe.

—No, ¿cómo me iba a importar? —sonrió— Es genial, gracias.

Y mientras observaba la pizza familiar Prosciutto que había frente a ella, pensaba en qué momento se había evadido tanto en sus pensamientos como para quedarse bajo la ducha durante casi media hora.

Liam tomó una porción de pizza y se la ofreció, volviendo a sacarla del trance en el que estaba. Estudió cada uno de sus movimientos. Ella tomó la porción, rozando ligeramente sus dedos, con timidez, y se lo llevó descuidadamente a la boca. Era una chica educada, no le cabía duda, aunque la faltaba muchísima práctica, podía ver que a veces entreabría los labios mientras comía y, a pesar de tener los labios sellados, podía notar como ella pasaba su lengua por sus dientes.

No podía evitar observar lo delicada que parecía, aunque él intuía y sabía que esa chica no tenía nada de delicado; ella ya se lo había dejado bastante claro casi una hora antes.

—¿Cómo acabaste yéndote de casa tan pronto? —preguntó con curiosidad, lo que casi hizo que ella se atragantara.

—¿Cómo? —frunció el ceño.

—Lo siento, es una pregunta fuera de lugar —se disculpó, aunque ella le interrumpió y prosiguió a responder su pregunta.

—No me llevo necesariamente bien con mis padres —se encogió de brazos—. Bueno, con mi madre sí... a veces... cuando no... —se detenía continuamente y seguía, intentando hallar las palabras adecuadas— Es complicado.

—Lo entiendo —él le sonrió, dándole a entender que la comprendía.

—Empecé a trabajar a los dieciséis años en la ferretería del pueblo, era un amigo de la

familia. Lo compaginaba con los estudios —cogió otra porción de pizza—. En cuanto cumplí los dieciocho, cogí los ahorros que conseguí tener durante esos dos años y alquilé la casa en la que estoy viviendo ahora. Tenía bastante ahorrado. Pude pagarlo todo el primer año y, más o menos, salía adelante cada mes sin problema. Estuve mucho tiempo sin trabajo y a ningún sitio le interesaba una universitaria que tenía que compaginar el trabajo con veinte horas semanales de clases presenciales. El único sitio era una pequeña tienda en mi barrio, en la que estuve trabajando sin contrato hasta que apareciste tú. Y en verano no hubo manera tampoco, por la falta de experiencia y de formación. Con ese trabajo no me llegaba a nada y de cada vez acumulaba más deudas. Y eso nos lleva a por qué me convertí en una sugar baby.

Liam le sirvió algo de agua en su vaso. Juraría que era la primera chica que conocía, sabía que seguramente había más como ella, que decidió ser una Sugar Baby porque no le quedaba más remedio. Las otras Sugar Babies que tuvo antes de conocer a Kristen solo querían tener un Sugar Daddy para llevar un ritmo de vida elevado, ¿acaso él las podía culpar? Era un mundo demasiado tentador.

—Eres un hombre joven, guapo, amable, agradable... Ahora en serio, ¿por qué necesitas una Sugar Baby? —repitió la misma pregunta que le hizo el primer día que se vieron.

—Nunca he sido un hombre al que le guste comprometerse —obvió lo sucedido con Kristen, no quería que pensara que era tan rastroso como para hacer algo así—. Siempre me he concentrado en mi carrera, en mi vida profesional —quizás eso fue lo que acabó con su anterior relación— y mis padres son... ¿anticuados? —frunció la nariz— Creen que estaría muchísimo mejor con una mujer —se encogió de hombros—, así que voy a los eventos con una chica durante un tiempo, hasta que ambos pensamos que el contrato ha durado demasiado, ella desaparece y yo me invento una ruptura.

—¿Y no es más fácil pasar de tus padres? Tienes treinta y siete años —se rio.

—Ojalá fuera tan fácil —dijo un trago de agua y Diana entendió que era demasiado pronto como para intentar averiguar más.

Capítulo 12

Mientras él estaba sentado en el sofá, ella no podía dejar de mirar a través de la gran cristalera y de pasearse por delante. Eran, sin duda, las mejores vistas que ella había visto. Mientras tanto, Liam la miraba con una sonrisa, sentado en la esquina del sofá. Se giró hacia él.

—Debe ser increíble despertarse cada mañana y ver todo esto —sonrió—, aunque ya debes estar tan acostumbrado que, bueno...

—No creas —se levantó—. Es algo de lo que es muy difícil cansarse.

Y la miró a los ojos. Juraría que nunca se había sentido de esa manera hacia otra chica. Había algo en ella que le atraía, pero al mismo tiempo le enternecía.

“Le doblas la edad” se dijo a sí mismo.

—¿Pasa algo? —le interrumpió— Dime que no tengo orégano en la paleta —se cubrió la boca con una mano.

—No, no —negó rápidamente.

Se maldijo a sí misma por su estúpida reacción. La estaba mirando a los ojos, no a la boca. ¿Por qué narices había reaccionado de esa manera? Presionó los labios entre sí y se dirigió al sofá.

Liam se sentó a su lado resignado, ¿pero resignado por qué? ¿Por qué ella no se había abalanzado hacia sus brazos?

Era la primera vez que no sabía qué hacer. Nunca había estado en una situación semejante con una Sugar baby. Normalmente iban a los eventos, él les pagaba cosas y se acabó. Él mismo era el que evitaba todo lo posible llegar a esa situación. Sin embargo, ahí estaba, mirándola sin saber cómo actuar.

Ella se removió en el sitio, sentía su mirada clavándose en su cuello. No sabía si era porque le molestaba su presencia o porque no se había enjuagado bien y seguía teniendo champú en el pelo. A lo que ella cayó. ¿Le estaría mirando el pelo porque tenía champú, lo que significaba al mismo tiempo que se había lavado el pelo cuando él le había ofrecido la ducha solo para que entrara en calor?

Liam la vio frunciendo el ceño y tocándose el pelo para a continuación mirarse la mano. Ella suspiró y se giró para mirarle. Pretendía hacer un leve movimiento de cabeza y poder mirarle de reojo, pero acabó encontrándose de sopetón con su cara. Liam se sorprendió y apartó la mirada rápidamente, seguramente la estaba incomodando.

—Me encanta cómo tienes decorada la casa —apuntó con sinceridad—. La decoradora debió costarte una pasta.

—La he decorado yo —interrumpió.

—Pues tienes muy buen gusto.

Volvieron al silencio y al no saber qué hacer. Se miraron, aunque no como la vez anterior. Liam le sonrió, consiguiendo que ella le respondiera de la misma forma. Se mordió el labio cuando vio que él se acercaba a ella lentamente. Acarició su mejilla con el dorso de sus dedos, sin apartar su mirada de la de ella. Ambos juntaron sus narices y las rozaron antes de llegar a un beso tierno, dulce... delicado. Le mordió el labio y tiró de él, eran tan carnosos. Poco a poco, el beso fue aumentando, cada vez más apasionado. Sus lenguas entraron en combate y, mientras ella le

agarraba con decisión del cuello con sus dos manos, él la agarraba de la cintura.

Y cuando parecía que ella se iba a poner sobre él, frunció los ojos y volvió a la realidad. Mientras él estaba sentado mirando a la nada, ella se había quedado dormida, apoyada en el reposabrazos.

Se rascó la nuca mientras intentaba encontrarle una explicación a lo que acababa de suceder. Parecía tan real. Y lo que le hubiera gustado que aquello fuera real, pero sabía perfectamente que no podía hacerlo. No podía haber cualquier tipo de gesto más allá de lo cordial.

La vio en una postura bastante incómoda, se despertaría con un dolor de cuello tremendo. Se puso en pie y se dispuso a cogerla en brazos. Caminó con ella hacia la habitación, evitando darle en todo momento con algún marco de puerta o que se cayera.

La dejó a un lado de la cama mientras la deshacía para poder tajarla. A continuación la hizo rodar y la tapó. Se sorprendió del sueño tan profundo que tenía. Si él hubiera estado en su lugar, se habría enterado en cuanto le puso la mano encima.

Suspiró y la dejó allí, durmiendo plácidamente. Se dirigió otra vez al sofá, esta vez descalzándose para tumbarse encogido e intentar dormir.

Capítulo 13

Diana abrió los ojos lentamente y volvió a cerrarlos de nuevo, aunque al dejar a su cerebro procesar dónde estaba durante unos segundos, volvió a abrirlos de golpe y se sentó sobre la cama.

Presionó los labios entre sí y miró a su alrededor. Esa habitación era enorme, al igual que la cama. Abundaban los tonos grises, blancos y negros, al igual que en el resto de la casa. Encima de las mesillas de noche no había nada, solo un interruptor para encender las lamparitas en forma de tubo que colgaban del techo. Hizo la cama una vez se levantó y comenzó a inspeccionar mejor el lugar después. No tenía otros muebles, solo las mesillas y la cama. Al principio le extrañó, pero luego pensó que posiblemente tenía un vestidor inmenso y un despacho aparte.

Miró a través de los grandes ventanales, no parecía que fuese a llover. La tormenta debía haber escampado en algún momento a lo largo de la noche.

Presionó sus labios entre sí y se dignó a salir de la habitación, después de varios intentos, pero sin ningún logro porque había algo dentro de ella que la hacía retroceder... ¿Vergüenza?

Atravesó la sala de estar, buscándole, incluso llegó a entrar en la cocina para ver si se encontraba allí, pero nada. Antes de volver a salir, se fijó en que había una nota colgada en la nevera. Se acercó y la leyó:

He tenido que irme, tenía una reunión. Coge lo que quieras para desayunar, tu ropa está doblada encima de la lavadora. Hasta pronto.

Dejó la nota sobre la encimera y se dirigió hacia la galería para coger su ropa.

Tras buscar sus zapatos por todos los lados de la casa, los encontró frente a la cama. Se comenzó a vestir rápidamente. Cogió todas sus cosas e incluso se llegó a plantear si debía comer algo antes de salir. Negó rápidamente con la cabeza y salió del apartamento, cerrando la puerta tras ella.



Volvió a casa tranquila, sin preocupación. Miró el calendario “20 de agosto”, cada vez se acercaba más el momento de comenzar las clases. Se echó sobre el sofá y fijó su mirada en el techo, dejando su mente en blanco.

De la nada un vibrante sonido la sacó de esa paz. Se estiró para alcanzar el móvil y vio el mensaje que había recibido de su banco: “Nuevo ingreso en su cuenta. Abra el mensaje para más información”. No tardó nada en abrirlo y cuando vio la cantidad, se sorprendió. Ochocientas libras solo por lo de la noche anterior. Debía sobrarle mucho el dinero a ese tipo. Dudó entre llamarle o no. Se decidió a hacerlo. Tardó en responder y por un segundo optó por colgar, pero escuchó su voz respondiendo a tiempo desde la otra línea.

—Jones, dígame —respondió con dureza y seriedad.

—Hola, soy Diana —se rascó la nuca—. Quería darte las gracias por el ingreso, aunque no hacía falta. Es más, debería pagarte yo a ti...

—No digas tonterías —su voz sonaba mucho más suave que al principio—. La clase era

necesaria y que te quedaras en mi casa fue un placer —carraspeó—, quiero decir, que no fue una molestia en absoluto. Además, necesitas dinero para comprarte ropa —Diana frunció el ceño ante eso—, las veces que nos hemos visto ibas prácticamente con lo mismo, como mucho te cambiaste la camiseta.

—¿Y si lo llevara porque es mi estilo?

—No estoy discutiendo si es tu estilo o no, ni te estoy pidiendo que lo cambies, sino que compres más variedad. No se reduce a lo que lleves cuando salgas conmigo, sino a la universidad, cuando salgas con tus amigas... No quiero que te prives de nada mientras seas mi sugar baby.

Estuvo a punto de decir algo, pero él la cortó.

—Por cierto, ¿esta noche quieres ir a cenar a algún sitio?

—Emm —lo pensó durante unos segundos—. Sí, claro. ¿Tengo que ponerme algo formal?

—Sería lo más conveniente —respondió con tranquilidad—. Te pasaré a buscar a las ocho, entonces. Que tengas un buen día.

—Igualmente —y colgó, dejándola mirando el móvil como una tonta.

Por otro lado, Liam no tuvo una reacción muy diferente a la de Diana. Se quedó mirando el móvil, pensando que esa cena era del todo innecesaria. Se la había pedido por pedir, no por necesidad.

Dejó el móvil sobre su escritorio y se quedó pensando mirando al techo. Ni siquiera se llegó a sentir de esa manera con la extravagante y refinada de su ex novia. Suspiró y siguió con su trabajo.

Capítulo 14

Diana bajó las escaleras de su bloque con dificultad. Justamente aquel día se tuvo que romper el ascensor y además los pies la estaban matando porque los tacones eran nuevos. Se vio reflejada en el cristal de la puerta de entrada. Ese vestido rojo de tirantes pegado a su cuerpo era lo más elegante que se había puesto en mucho tiempo.

Más allá del cristal vio a Liam, con las manos introducidas en los bolsillos, apoyado sobre su coche. Solo pudo fijarse en lo mucho que resaltaba esa camisa azul oscuro sus ojos y lo bien que le quedaban esos pantalones negros. Negó varias veces con la cabeza, intentando desviar sus pensamientos.

Sonrió cuando la vio. No sabía si era porque su expresión de dolor era perfectamente visible o porque solo se alegraba de verla.

Dudó entre darle dos besos o estrecharle la mano. Acabó optando por lo primero. Rodeó el capó del coche para abrirle la puerta del copiloto y dejarla entrar. Tímida, entró en el coche. Diana le vio volver a rodear el capó y ocupar el asiento del piloto.

A pesar de no querer hacerlo, la imagen de ella cruzando la puerta con ese precioso vestido rojo hasta las rodillas, ajustado al cuerpo le quedaba muy bien; y ese gran escote en la espalda solo remataba la jugada.

—¿Qué tal el día? —inquirió para intentar despejar su mente.

—Bien, poca actividad —se detuvo al recordar lo que había hecho—. He ido a comprar ropa. Como por ejemplo, este vestido, aunque no estoy segura de haber acertado...

—Sí has acertado —interrumpió—. Te queda genial.

Sonrojada, Diana desvió la mirada hacia la ventanilla. La ciudad por las noches era espectacular, no había duda de eso.

Liam fue reduciendo la velocidad hasta finalmente detener el coche frente a un restaurante con una entrada muy cuidada. Se bajó del coche y le entregó las llaves al muchacho con chaleco reflectante que había en la puerta. Acto seguido se bajó ella, adelantándose al acto de caballerismo que estaba a punto de repetir.

—Vamos —le sonrió—. Tengo la mesa reservada.

Ella caminó junto a él hasta el interior. Nunca había estado en un restaurante tan elegante, lleno de gente trajeada.

—Tengo una mesa reservada. Liam Jones —le escuchó decir mientras observaba el lugar con detenimiento.

La sacó del trance, colocando su mano sobre su espalda, guiándola con delicadeza mientras seguían al camarero vestido con un traje negro.

Él pidió por ella, a petición de Diana, ya que era claro que él había ido más de una vez. Una vez tomada la nota, el camarero se marchó y los dejó solos.

—Este sitio es genial. Y la comida tiene una pintaza... —susurró— Yo me había comprado algo de cenar pensando que íbamos a comer a uno de esos sitios que te ponen una mierda de plato, un garbanzo y ya —se rió—. Bueno, ya paro.

—No, tranquila, me gusta —aseguró—. Entre tú y yo, yo hago exactamente lo mismo cuando voy a cenas o comidas de empresa. Soy hombre de buen comer, la comida de esos sitios no me

llena ni el hueco que tengo entre diente y diente.

Eso causó que ella se carcajeara, soltó una risa escandalosa, y algo basta, que a él le encantó. Al darse cuenta de que todo el mundo la estaba mirando, detuvo su risa poco a poco y culpabilizó a Liam con la mirada.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —él asintió— Podrías haber recurrido a cualquiera, seguro que había nivelazo. ¿Por qué elegiste a una chica con 0 idea de protocolo y basta como ella sola? —eso último le hizo reír.

—Necesitaba a alguien "normal" —Diana alzó las cejas sorprendida mientras reía—. No me malinterpretes. Eran chicas que parecían demasiado plásticas. No encajan con cómo yo soy.

—¿Y yo sí?

—Sí —asintió mientras le daba un sorbo a la copa de vino—. Donde tú me ves, bajo esta fachada, yo sé divertirme y pasármelo bien. Empaticé más contigo que con las otras, supongo.

En nada llegó la comida, muslo de pato confitado.

* * *

Cenaron en silencio, aunque las expresiones y gestos de Diana transmitían más que cualquier palabra que pudiera usar.

—Delicioso. Todo —sentenció—: el muslo, la salsa, las patatas, las verduras... No comía así de bien desde hace mucho.

—Me alegro.

—¿Puedes pedir la cuenta? —Liam la miró extrañado ante esa petición— Estoy segura de que los postres son geniales, pero quiero que ahora comas algo que yo comería —alzó una ceja.

—Muy bien —rió.

Capítulo 15

Tras haber pedido la cuenta, un camarero les trajo una cajita de madera negra. Liam la abrió y se dispuso a sacar su cartera. A Diana le daba terror mirar lo que podría haber costado la cena, aunque solo viendo los dos billetes de cincuenta libras que estaba colocando en el interior se hizo una idea. Liam se levantó a lo que ella le miró extrañada.

—¿Y las vueltas? —inquirió confundida, esperando que la cena no hubiera costado cien libras.

—Que se lo queden como propina —ella suspiró.

Acto seguido, ella se levantó y se dedicó a seguirle hacia la puerta. Liam, como caballero y hombre educado que era, le abrió todas las puertas por las que iba a pasar. Diana agradecía los gestos con pequeñas sonrisas y tímidas miradas.

Una vez en el coche, él esperó a que ella le dijera hacia dónde tenía que dirigirse. Diana, por otro lado, estaba intentando pensar cómo llegar desde aquel restaurante, no había estado por esa zona nunca.

Sacó el móvil y resignada decidió utilizar el Google Maps. Tecleó el nombre de la bolera y en cuestión de segundos ya le aparecía la ruta más rápida para llegar. Liam rió y arrancó el coche, guiándose por la aplicación y esa voz femenina robotizada que le ponía tan de los nervios.

A medida que iban avanzando, a Diana le sonaba de cada vez más el camino. Tanto que optó por cerrar la aplicación y empezar a guiarle ella. Él se mostró aliviado. Prefería mil veces escucharla a ella que al aparato.

—Sigues recto y luego gira a la primera calle a la derecha —él presionó los labios entre sí.

—¿Esa calle no es dirección prohibida? —inquirió dudoso.

—Que va, no —negó rápidamente—. Si yo me acuerdo de aparcar directamente delante de la bolera tal cual.

Él optó por hacerle caso, craso error. Comenzó a ver coches aparcados en sentido contrario. Un bocinazo le hizo girarse hacia el coche que le estaba pitando. Tuvo que ser rápido y hacer una maniobra para meter el coche en el primer hueco que vio. A su lado, Diana estaba asustada, aunque poco a poco sus facciones se fueron relajando.

—Así que aparcabas directamente aquí... —él alzó una ceja.

—Cuando yo venía no era dirección prohibida —se encogió de hombros—. Lo han debido cambiar hace poco.

—Ya —murmuró divertido—. Qué pintas para una bolera, por cierto —dijo, cerciorándose de que iban demasiado arreglados para eso.

Diana bajó del coche y esperó a que él bajara también para caminar hacia la puerta. Al entrar, lo primero que hizo fue saludar al hombre que estaba tras la barra. El dependiente parecía conocerla de antes por cómo hablaba con ella, también miró extrañado a Liam al ver que era su acompañante.

—¿Negocios?

—Sí, algo así —se encogió de hombros.

—Te sacaré calcetines —se agachó—. Los acabo de limpiar. Y supongo que número de pie, el mismo de siempre, ¿no? —ella asintió—. ¿Y el tuyo?

—Un cuarenta y cuatro —respondió mientras observaba tranquilo el lugar.

—¿Y nos podrás llevar también los mejores gofres de Londres? —sonrió divertida, alzando dos dedos con la mano derecha.

—Claro —lo apuntó y se agachó—. Tomad chicos, pista tres —les dejó los dos zapatos y los calcetines sobre la barra—. Serán treinta libras —dijo mirando la pantalla.

Diana se adelantó a Liam y sacó el dinero para poder pagar ella, algo que a él le hizo bastante gracia, el hombre les cobró.

—En cuanto estén listos os llevaré los gofres —dijo con amabilidad.

Diana le guiñó un ojo y cogió sus cosas, al igual que hizo Liam. La siguió y una vez llegaron a la pista que les tocaba, se pusieron los zapatos, dejando los que llevaban bajo las sillas. Puso sus nombres en el ordenador y poco después apareció una tabla ocupando toda la pantalla que había sobre ellos.

Diana cogió la bola que mejor se adaptaba a la fuerza que tenía ella. Enseguida estaba caminando para coger carrerilla y lanzándola, derribando todos los bolos.

Le hizo un divertido gesto a Liam y se sentó mientras él se ponía en pie. Mientras él reía, miró con atención las bolas e hizo lo mismo que Diana. Movié las cejas de arriba a abajo de manera divertida mientras la miraba antes de tirar y derribarlos todos.

—¿Te creías que me ibas a ganar? —se sentó en la silla que había ocupado antes.

—Estoy sorprendida —rió.

Mientras ella tiraba, el hombre de antes se acercó con dos platitos. Liam le agradeció que los trajera y le dio un bocado a su gofre. Cuando Diana se giró tras haber tirado dos veces, ya que en la primera tirada solo había derribado ocho bolos, lo vio comiendo.

—¿Puntuación? —ella cogió su gofre y lo comió.

—Un nueve —se relamió los labios—. Te tengo que dar la razón, están muy buenos.

La noche pasó con tranquilidad. Hacía mucho que ninguno de los dos se lo pasaban tan bien como en aquel momento.

Se despidieron de los dependientes y se marcharon, era hora de irse a casa. Liam condujo hasta la casa de Diana y se detuvo justo delante.

—Muchas gracias —sonrió ampliamente—. Me lo he pasado muy bien.

—Y yo —la miró directamente a los ojos.

Ella parecía perderse cada vez que él la miraba de aquella manera con esos ojos azules. Se mordió el labio y sintió como su cuerpo se echaba hacia delante, acercándose lentamente a él, mientras poco a poco iba cerrando los ojos. Él parecía estar haciendo lo mismo. Finalmente sus labios se unieron, él sintió sus suaves labios moverse sobre los suyos y Diana sintió su casi inexistente barba picar mientras jugaba con su boca. No dio tiempo a que sus lenguas se mezclaran, él cortó el beso antes de que eso fuera posible. Se separaron lentamente, sin creerse lo que había pasado, con las respiraciones agitadas.

—Gracias por traerme —dijo finalmente avergonzada antes de bajarse del Jaguar y subir hacia su apartamento.

Capítulo 16

Liam entró en su apartamento todavía sorprendido por lo que había sucedido en el coche. No sabía quién había besado a quién, pero sabía que había sido algo mutuo. Ambos siguieron el beso y si él no lo hubiera detenido, podría haber llegado a más. No entendía qué le estaba sucediendo, nunca antes le había pasado con otra chica. Lo mucho que ella le atraía era superior a él, y eso era peligroso porque ni siquiera le había hecho falta besarla para darse cuenta de que la deseaba.

La situación no podía llegar a más, solo complicaría las cosas y acabaría por hacer imposible todo el contrato. Alguno de los dos se acabaría atando demasiado a la situación, y lo último que él quería era que alguno de los dos sufriera. Aunque, ¿y si ella solo siguió el beso por experimentar y no sentía nada? Era imposible que ella se hubiera fijado en un tipo que casi rozaba los cuarenta, a quien ya se le empezaban a notar las pocas canas que tenía.

Por otro lado, Diana se encontraba en su apartamento confundida y avergonzada. Él había rechazado el beso. Se tiró de espaldas en la cama, mirando hacia el techo. ¿Qué esperaba? Probablemente podía recurrir a mujeres de su edad, pero con mejor cuerpo y más guapas que ella. Se consideraba a sí misma del montón con un rostro normal tirando para raro y un cuerpo lejos de ser escultural: un culo caído, unos pechos pequeños y una barriguita que desearía que no existiera.

Se decidió por ponerse el pijama y cuando iba a meterse en la cama, y olvidarse del mundo, el timbre sonó. Seguramente era Lorena, pensó. Desganada se dirigió a la puerta.

—No son horas y no tengo ganas de hablar —sentenció mientras abría.

No era su mejor amiga en absoluto. Ahí estaba él. Todavía vestido con la camisa azul y los pantalones de traje negros. No le dio tiempo a procesar mucho. Liam se abalanzó sobre ella, devorando su boca con pasión. Se quedó paralizada durante unos segundos, no sabía qué estaba sucediendo. Aunque enseguida se decidió por seguir todos sus movimientos, movió sus labios sobre los suyos con desesperación. Liam cerró la puerta tras él, importándole bien poco lo fuerte que esta sonara. Pasó sus manos por sus curvas, subiendo y bajando.

Diana chocó con la espalda del sofá, mientras él seguía presionando por tenerla más cerca. Bajó directo hacia su cuello, chupando y succionando. Mientras que sus delicadas manos se movían tímidamente sobre su torso. Con decisión desabotonó los botones y le quitó la camisa. Mientras tanto, él se puso de rodillas delante de ella para bajarle los pantalones. Volvió a subir, repartiendo besos por sus piernas, sus caderas, su barriga... La tomó de los muslos y la alzó, haciendo que quedara sentada sobre el respaldo del sofá.

Diana le agarraba del cuello, pareciendo no querer romper el beso nunca. Su lengua se movía contra la suya, no pudo evitar gemir contra su boca. A los dos les daba igual en aquel momento los acuerdos a los que llegaron antes de comenzar todo.

Ella arañó sus brazos y sus hombros mientras lo miraba directamente a los ojos, suspirando contra su boca. Sus calientes alientos mezclándose en el aire. Acarició su pecho y su barriga, bajando al cinturón de sus pantalones, apresurándose para desabrocharlo.

Liam la cargó, dirigiéndose a su habitación, mientras ella jugaba con su cuello con su boca y le acariciaba la nuca y su cabello. Abrió la puerta con la pierna derecha y la dejó yacer sobre la cama. Ella le miraba expectante, deseando a que llegara el siguiente paso. Se colocó entre sus piernas con cuidado, recibiendo el abrazo de ella casi instantáneamente. La besó con dulzura y

delicadeza mientras acariciaba sus piernas.

Todo era estupendo y ambos estaban dispuestos a llegar mucho más lejos, pero hubo algo que les trajo de nuevo a la realidad, como un balde de agua fría.

—¿Tienes condones? —susurró ella.

—¿No tienes tú? —inquirió él. Obtuvo un gesto negativo por parte de Diana.

—Con la que tenía encima, lo último que pensaba era en follar —se rió—. Y no tenía casi dinero para pagar la casa, lo iba a tener para condones.

Liam se recompuso y se irguió de rodillas, todavía entre sus piernas. Por un instante, ella tuvo miedo de que se marchara, pero él se tumbó a su lado boca arriba.

—Lo tendremos que dejar para otro día —la miró de soslayo.

—Con la hora que es, te puedes quedar aquí a dormir, si quieres —susurró con sinceridad.

Era demasiado tarde y a aquellas horas uno no sabía qué se podía encontrar en la carretera.

—¿No te incomodaré? —Diana se rió.

—¿Tú has visto cómo estamos? —se sentó— No tengo ropa de hombre, así que creo que tendrás que dormir así o en calzoncillos —se encogió de hombros.

Asintió y se levantó de la cama, dispuesto a marcharse al pequeño sofá que había en la sala de estar.

—¿Adónde vas? —inquirió confusa.

—Al sofá —le lanzó un guiño antes de salir de la habitación, cerrando la puerta tras él.

Diana se tumbó en la cama. Estaba segura de que acabaría volviendo, ese sofá era terrible. Recordó el par de veces que llegó a casa ebria, quedándose dormida en el sofá. Se levantó con un dolor de cuello espantoso.

Liam pensó la mejor manera de colocarse antes de tumbarse, sus pies sobresalían un poco. Murmuró y maldijo, recolocándose. Ahora estaba acurrucado de lado. Cerró los ojos, deseando poder dormir. Entre la incomodidad del sofá y que su miembro todavía estaba un poco erecto, no sabía cómo lo iba a hacer para dormir.

Oyó una puerta abrirse y la luz de la habitación iluminar parte de la pequeña sala de estar, y a continuación unos pasos acercándose donde se encontraba él. Diana se colocó en cuclillas frente a él, a la altura de su vientre.

—Ve a la cama, anda —Liam la miró indeciso—. O sea, te ibas a meter en la cama para hacerlo conmigo, pero no lo vas a hacer para dormir —dijo divertida—. Eres muy lógico —se puso en pie, decidida a irse—. Tú mismo. Cuando quieras, la puerta está abierta. Buenas noches.

Caminó unos cuantos pasos hacia su habitación, atravesando la sala de estar. Le oyó quejarse por lo bajo y volver a moverse sobre el sofá. Él bufó y suspiró, acabó levantándose y yendo a la habitación de Diana. Se detuvo frente a la puerta, ella estaba al lado de la cama. Parecía que le estuviera esperando.

—Si vas a estar más cómodo pondré una almohada entre nosotros —él negó y caminó hacia la cama.

Ella se tumbó dándole la espalda. Liam volvió a hacer lo mismo que había hecho en el sofá anteriormente, no sabía cuánto tiempo había estado pensando la manera de tumbarse para ni siquiera rozarla. De verdad no quería incomodarla, y esa situación era nueva para él.

—¿Te vas a tumbar ya o qué? Quiero apagar la luz —se giró hacia él.

Decidido se tumbó a su lado boca arriba. Diana se volvió a girar y apagó la luz. La cama era pequeña para ser una cama de matrimonio, a la mínima que se moviera, Liam sabía que iba a acabar rozándola. Suspiró y se tumbó dándole la espalda también, aquella sería una noche larga.

Capítulo 17

Liam se despertó primero, encontrándose a Diana durmiendo tranquilamente sobre su pecho y su brazo izquierdo. Esa chica había ocupado más de la mitad de la cama.

La miró durante unos segundos antes de decidirse a levantarse. Se arrastró por la cama con lentitud para no despertarla hasta que su pie derecho tocó el suelo.

Salió de la habitación, cerrando la puerta con cuidado. Buscó su ropa por la sala de estar, encontró su camisa en el respaldo del sofá y sus pantalones tirados por delante -se los había quitado antes de intentar dormir en el sofá, recordó- junto a sus zapatos y calcetines. Comenzó a vestirse, poniéndose los pantalones primero.

—Buenos días —saludó ella, saliendo de la habitación—. ¿Te vas? —pasó por su lado.

—Sí, tengo algunas cosas que hacer —se abotonó la camisa—. ¿Vas a hacer algo este fin de semana?

—No creo. Si siguiera teniendo coche, saldría de Londres y haría un pequeño viaje por las afueras con Lorena, como antes —se encogió de hombros—. Así que estaré aquí y haré maratón de películas —sonrió—. ¿Y tú?

—Tengo que salir del país —miró su móvil, tenía un mensaje de Kristen—. Que tengas un buen fin de semana —dijo mientras caminaba hacia la puerta.

—¿No desayunas? —inquirió ella, recibiendo un "no" por parte de él.

—Por cierto, necesito que me acompañes a una cena el martes —se giró hacia ella, quien asintió.

—Que tengas un buen fin de semana —se despidió de él antes de cerrar la puerta.

Lo primero que hizo Liam nada más salir del apartamento fue mirar el mensaje que su ex prometida le había mandado. "Ya me han contado que estás con una cría. Qué rápido lo has superado todo. Y yo que pensaba en darte una segunda oportunidad".

Guardó el móvil, ni siquiera había pensado en Kristen desde que conoció a Diana. No tenía ganas de hablar con ella.

Mientras bajaba las escaleras, pensó en el mensaje. ¿Acaso no era eso lo que pretendía? ¿Fastidiarla? ¿No quedar en ridículo delante de sus socios y clientes, y sus padres? En ese momento le importaba bien poco todo lo que ellos pensarán, solo podía pensar en lo mucho que aquella chica le interesaba y las ganas que tenía de volver para besarla. ¿Qué demonios? Volvió a subir los escalones que ya había bajado y caminó hacia su puerta. Aunque, ¿qué iba a hacer? ¿Besarla a traición como hizo la anterior noche?

Ella abrió la puerta, encontrándose con él de frente. Le sonrió y él no pudo evitar devolverle la sonrisa. Se acercó a él a paso rápido y le besó fugazmente. Él la agarró de la espalda, deseando alargar el beso, aunque solo fueron un par de segundos más.

—Hay que dar los buenos días en condiciones —se justificó.

—Completamente de acuerdo —sonrió él.

—Nos vemos el martes por la noche, entonces —se separó de él.

—Hasta entonces —le sonrió de lado mientras veía como cerraba la puerta tras ella.

Se dio la vuelta y volvió a bajar las escaleras. Tenía que coger un vuelo en tres horas y todavía tenía que ducharse y cambiarse de ropa.

* * *

Ya era por la tarde y en lo único que podía pensar era en verle. Aunque Lorena fuera muy buena compañía y se lo pasara genial con ella, solo podía pensar en él.

—A ese le daba un repaso de los buenos —Diana se carcajeó mientras señalaba al protagonista de la película—. ¿Me vas a decir que no? Tiene un culo que invita a que lo manoseen y yo que llevo meses a dos velas.

—Qué desastre —rió.

De pronto, oyó el telefonillo de su casa sonar. Le hizo un gesto a Lorena para que parara la película mientras se levantaba para responder.

—¿Diana Davis? —inquirió una voz masculina desde el otro lado.

—Sí —respondió extrañada.

—El señor Jones me ha pedido que le traiga una cosa.

—Vale, ahora bajo —frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Lorena.

—Que me han dicho que hay algo para mí abajo —dijo confundida.

—¡Venga, vamos! —se levantó del sofá.

—Pero si vamos en pijama —la detuvo.

—¿Y qué más da? Es sábado por la tarde. Esto es lo más normal del mundo. Vamos.

Lorena tiró de ella, aunque Diana se detuvo un segundo para coger las llaves. Lo último que quería era quedarse encerrada fuera en pijama. Bajaron las escaleras deprisa y cuando llegaron al portal, Diana no se lo pudo creer.

—¿Diana? —preguntó el hombre trajeado, señalándola. Ella asintió rápidamente—. Esto es suyo —le entregó unas llaves.

No podía dar crédito de lo que estaba viendo. Tenía delante de ella un Honda Civic Type R azul, completamente nuevo.

—¿Se va andando? —preguntó preocupada.

—No se preocupe —le restó importancia y se volvió a girar para marcharse.

Diana y Lorena se miraron entre ellas, no daban crédito a lo que acababa de suceder, aunque solo tenía una respuesta: Liam Jones.

Capítulo 18

Era domingo y a las dos les había faltado tiempo para probar el coche y llevarlo de un lado a otro, tal y como solían hacer con el anterior. Diana ya se había dedicado el día anterior a mandarle miles de mensajes a Liam diciéndole que el martes iba a devolverle el coche y que eso era demasiado, a lo que él le respondió con que eso era lo que los sugar daddies hacían.

Diana estaba convencida de que acabaría devolviéndole el coche, aunque él ya pagaba su casa y todos sus gastos, ¿acaso que le hubiera comprado un coche era algo tan grave?

Mientras se disponía a responder uno de sus mensajes, vio que alguien más le había mandado un mensaje: su madre. Casi pudo notar como su cara palidecía y su pulso se aceleraba. Llevaba sin hablar con sus padres desde que se marchó de casa. Lorena, al darse cuenta de la expresión de su amiga, supo que algo no andaba del todo bien.

—¿Qué pasa? ¿Ese gilipollas se ha pasado de la raya o te ha dicho algo jodido? Mira que le parto la cara—amenazó enfadada, creyendo que se trataba de Liam.

—No, mi madre me ha mandado un mensaje —respondió, intentando hacerse la idea—. Y me ha dicho que quiere verme, que me echa de menos.

Lorena se tranquilizó al escuchar eso. Miró a su amiga entendiendo su situación. Se fue de casa solo con sus ahorros y desde que la conoció parecía no tener familia, nunca le había hablado de ellos, exceptuando la vez que le contó el motivo por el que se tuvo que marchar de casa.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Yo no quiero ir —sentía sus ojos arder por las lágrimas que intentaba contener.

Le costaba asimilar lo que acababa de suceder. Después de tanto tiempo sin dar señales de vida, ¿por qué en ese momento necesitaban verla?

—Vamos a hacer como si nada hubiera sucedido —guardó el móvil en su bolsillo de nuevo.

—¿Segura? —Diana asintió— Algún día tendrás que a hacer frente a todo eso —refiriéndose a sus padres.

—Lo sé —asintió—. Pero este fin de semana no. Después de estar tanto tiempo en la mierda, vamos a disfrutar.

—Sí, a ver si de una vez me sacó el carné y puedo conducir yo —se rió—, que siempre te toca a ti.

—Como si a ti eso te importara mucho.

—También es verdad —se carcajeó.

Lorena se levantó y la abrazó, recibiendo las gracias, casi inaudibles, por parte de Diana.

—Eres como mi hermana —se separó de ella—. No tienes nada que agradecerme.



Por otro lado, Liam estaba sentado en un sillón al lado del ventanal del hotel donde se había

hospedado, mirando con tranquilidad las vistas de la ciudad de Berlín.

Volvió a mirar su móvil, Diana había dejado de responderle de la nada. Había visto su mensaje y dejó de responder. Se preocupó. ¿Había dicho algo que le había sentado mal, quizás? ¿Le había pasado algo? ¿O simplemente estaba pasando de él?

Lo dejó sobre la mesita que tenía en frente, de nuevo. Seguramente estaba disfrutando del fin de semana, como ella le había comentado el viernes. No entendía por qué le importaba tanto que ella le respondiera o no, no era un mensaje importante. Hacía mucho que no se sentía de esa manera, y mucho menos con una sugar baby. ¿Qué le estaba corriendo?

Su móvil vibró sobre la mesa intermitentemente. Con rapidez lo cogió, creyendo que se trataba de Diana. Pero no, era Kristen.

—¿Sí? —respondió con tranquilidad.

—Liam, cariño. Cuánto tiempo...

—Sí, bastante —respondió con sequedad.

—¿Qué tal estás?

—Yo bien —no le preguntó cómo se encontraba ella. Total, no le importaba.

—Yo también estoy bien —respondió algo incómoda.

—¿Quieres algo? Porque no me has llamado para saber cómo estoy, si no lo habrías hecho cuando decidiste dejarme.

—Es que te echo de menos —susurró—. Steffan me contó que te vio con una niñata el otro día y no sabes lo mal que me sentó. Me equivoqué, no tendría que haberte dejado. Aunque pensé que lucharías un poco más por mí —Liam rodeó los ojos—. Venga, mañana vuelvo a casa y volvemos a los planes de siempre y...

—No —Liam la cortó—. A mi casa no quiero que vuelvas —se pellizcó el puente de la nariz—. Este tiempo que he estado solo me he dado cuenta de que en realidad no estaba enamorado de ti. Casarme contigo era más por obligación que por amor.

—¿Es por la niña esa? Seguro que me pusiste los cuernos.

—Nunca. Nunca te he engañado. Aunque me hace gracia que seas tú la que se indigna tanto cuanto tú sí me los has puesto a mí —rió con amargura—. Y no, no es por la "niña esa", es por mí. Me he dado cuenta de que yo no te quería, ni tú a mí tampoco, porque si fuera así habrías hablado conmigo en persona, no por mensajitos y llamadas. Que te vaya muy bien en la vida, Kris —y dicho eso, colgó.

Se recostó en el sillón. Orgulloso de sí mismo y de lo que acababa de hacer.

Capítulo 19

El fin de semana había pasado más rápido de lo que hubieran deseado, era lunes por la tarde y ellas acababan de llegar a casa; hechas polvo, por cierto. Lorena se recostó sobre el asiento e hizo una mueca al ver que Diana se acerca a su casa.

—No —se quejó.

—¿No qué? Si hasta que empieza la uni lo nuestro es un fin de semana constante —se rió.

—Ya —se encogió de hombros—, pero estaba tan bien comiendo por ahí. Salir de Londres de vez en cuando sienta genial —Diana rodeó los ojos—. Bueno, adiós —dijo con pesadez.

—Adiós —respondió divertida.

Lorena cogió su pequeña mochila y se bajó del coche, haciéndole una graciosa seña a su amiga, quien volvió a arrancar el coche para dirigirse a su casa. Se volvieron a despedir con la mano cuando Diana salió del hueco donde había detenido el coche. Puso rumbo a su casa, aunque el tiempo que estuvo sola no le sentó nada bien. No dejaba de darle vueltas al mensaje que le había mandado su madre. ¿Y si las cosas habían cambiado? Qué ingenua. En esa casa las cosas nunca cambiaban. No era una buena idea que se viera con sus padres otra vez.

Liam se encontraba en pie frente a su casa, vestido de lo más casual -lo que era sumamente extraño-, iba con unos vaqueros oscuros, una camiseta de manga corta, unas zapatillas y traía una bolsa consigo. Ese hombre no podía ser tan guapo, cada cosa que se ponía le quedaba mejor que lo anterior. Él la vio pasar con el coche y le hizo un gesto en forma de saludo, ella se lo devolvió, aunque no pudo detenerse. Tuvo que acabar aparcando a una manzana de su casa. Se encontró a sí misma caminando a paso acelerado, cargando con la mochila, para por fin volverse a encontrar con él.

—Hola —saludó casi sin aliento. El no hacer ejercicio le había pasado factura.

—Te has pegado una buena carrera, ¿eh? —casi pudo sentir cómo se sonrojaba, aún más.

—Sí, bueno —soltó una pequeña risa—. ¿Qué haces aquí? —frunció el ceño.

—Te he comprado una cosa. No me lo has pedido, pero supuse que lo necesitarías.

—Vale —abrió la puerta del portal—. Sube —le hizo un gesto con la cabeza.

Liam la siguió. Su mirada se perdía en su cuerpo continuamente, algo que a él mismo le llegaba a molestar. Lo último que quería era parecer un baboso.

Se montaron en el ascensor juntos. No hubo el típico ambiente incómodo que suele haber en esas situaciones. No hablaron, pero las miradas y las sonrisas hablaban más que las palabras.

Entraron en su casa. Diana se marchó a su habitación, le avisó que era para dejar la mochila y cambiarse de ropa. A los cinco minutos, la vio pasado por la sala de estar a la galería con un montón de ropa. Él sonrió divertido.

—Bueno —dijo volviendo a la sala de estar.

—Toma —extendió la mano, entregándole la bolsa.

Diana le sonrió mientras la cogía y se sentó en el sofá. Sacó la pequeña caja de la bolsa y lo primero que vio fue la imagen de un teléfono, en concreto un Samsung de primera gama, de esos caros que ella no pensaba que algún día pudiera tener por lo que costaban -si casi eran dos meses de hipoteca-.

—Esto es mucho —le iba a devolver la caja, pero él negó con la cabeza—. Me has regalado un

coche hace menos dos días —respondió—, no puedo aceptar esto también.

—Te hace falta —asintió—. Hoy en día no puedes ir con ese móvil —le señaló el bolsillo—. ¿Todavía se siguen actualizando las aplicaciones? —preguntó retóricamente.

—Bueno —ella dejó la caja sobre la mesa—. Lo acepto —se encogió de hombros—. Pero no quiero aprovecharme de ti.

—No lo haces —se sentó a su lado—. Es el trato, ¿no? —se encogió de hombros— Tú pide lo que necesites y ya. Para eso soy tu Sugar Daddy.

Estuvieron un rato en silencio, mirándose a los ojos. Aunque como siempre, ella se encargó de romper el silencio y el momento.

—¿Qué tal el viaje?

A Liam le tomó un poco por sorpresa la pregunta. ¿Le contaba lo de Kristen? No, no podía. Si le contaba lo de su ex novia acabaría intuyendo que la había estado usando para ponerla celosa, aunque no fue ni de la manera que esperó ni el resultado que esperaba: en teoría, el plan era ponerla celosa en la gala que sus padres celebran cada año y que después de que ella admitiera que se había equivocado volver con ella. ¿Qué había sucedido, entonces? Diana, estaba claro.

—¿Liam? —ella le sacó del trance.

—Perdona, es que me pongo a pensar y me voy —se rió—. Un viaje de negocios, como de costumbre, nada fuera de lo normal. ¿Qué tal tu fin de semana?

—Muy bien —sonrió ampliamente, podía ver lo ilusionada que estaba—. Salimos de Londres, que ya era hora, e hicimos una pequeña ruta —se detuvo—. Por cierto, ¿no podías esperar a darme eso mañana?

—Quería verte —dijo sin pensar—. Es decir...

Ella le detuvo, besándole. Él colocó sus manos en su cintura, moviendo sus labios sobre los de ella con tranquilidad.

—Yo también.

—Ya, me he dado cuenta al ver que casi pierdes el hígado por lo rápido que has venido antes —dijo divertido, recibiendo un golpe en el brazo por parte de ella.

El móvil de ella sonó y esperó que fuera Lorena con alguna de sus tonterías, pero no; era su madre, pidiéndole otra vez que fuera a casa, que la echaban de menos. Diana negó. Liam notó el cambio de su expresión al encender la pantalla del móvil. No estaba seguro si preguntarle qué le pasaba o esperar a que ella se lo contara.

—¿Pasa algo? —frunció el ceño.

—No —dijo, aunque no sonó convincente—. No quiero aburrirte con mis historias.

—No, cuéntame —puso su mano en su rodilla, animándola.

—Mi madre me ha pedido que vaya a casa, a verles —notó por su tono lo nerviosa que se encontraba.

La última vez que habló de ellos le ocurrió lo mismo. La situación que vivió antes de marcharse tuvo que ser muy difícil para decidir marcharse de casa tan pronto y además no querer verles.

—Seguro que parece que estoy exagerando, pero no —se mordió el labio—. ¿Tú te puedes creer que una niña de catorce años prefería estar en el colegio o en la calle antes que en su casa? —dijo con voz temblorosa— Era horrible —negó—. Y tener que volver a recordar todo eso y volverles a ver...

Y finalmente se acabó rompiendo, llorando desconsoladamente al recordar todo lo vivido. Liam la abrazó, cubriéndola con sus brazos mientras ella ocultaba su rostro entre su cuello y su

hombro.

—Eso ya ha pasado —acarició su cabello—. Ahora estás aquí —intentó tranquilizarla.

Se dio cuenta de que esa chica necesitaba el apoyo de alguien aún más que el dinero -y eso que de dinero iba muy justa-.

—Siento haberme puesto así —se sentó, limpiándose las lágrimas con el dorso de los dedos—. Esto seguro que es lo último que necesitas.

Liam negó con la cabeza y se sentó a su lado, acercándose a ella, dejando sus rostros a centímetros.

—Sí que es verdad que nunca había tenido que pasar por esto —sonrió de lado—, pero no quiero que pienses que por el acuerdo que tengamos, tú debes dejar de ser persona cuando estés conmigo —la miró a los ojos—. Y estas cosas son precisamente las que me gustan de ti.

—¿Qué llore y moquee?

—Que seas real —respondió—, que no actúes como un robot sin sentimientos que me ríe las gracias y sonrío automáticamente como si estuvieras programada para eso. Eres tú misma y eso me encanta.

Capítulo 20

"Quizás tenga que ver con el hecho de que lo que siento hacia ti es más personal que profesional" pensó mientras se perdía en sus ojos azules.

Liam acarició su mejilla y se fue acercando a ella poco a poco, recibiendo el mismo gesto por parte de ella. La besó con suavidad, fundiendo sus labios. Acarició su mejilla y su cuello, pasando sus dedos por su corta -casi inexistente- barba. Sin cortar el beso, colocó su mano en su muslo y la alzó. Ella entendió lo que quería al instante, se sentó a horcajadas sobre él. Diana rozó sus narices mientras bajaba sus manos por su torso, en busca del fin de la camiseta para deshacerse de ella. Liam separó su espalda del respaldo del sofá, dejando así que ella le pudiera quitar la camiseta.

Ella se dedicó a besar su cuello mientras las manos de él pasaban de su cintura a su espalda, por debajo de la camiseta. Fue moviéndolas hacia arriba, llevándose la tela a su paso. Diana alzó las manos, facilitándole que se la quitara.

Volvió a besarle, para sí evitar que él se quedara mirándola. Liam rió sobre sus labios y bajó a sus pantalones cortos, desabotonando el botón y bajando la cremallera. Ella hizo lo mismo después con los suyos.

—Levántate —susurró con la voz ronca, mandando corrientes de electricidad por todo su cuerpo.

—¿Qué? —dijo confundida.

—Quiero quitarte los pantalones.

Se movió hacia atrás, estirando los pies hasta que las puntas tocaron el suelo. Con timidez se bajó los pantalones, siempre intentando ignorar su mirada ojiazul. Si se encontraba con una expresión de decepción, acabaría por hundirla.

—Preciosa —susurró.

Por fin se dignó a mirarle a los ojos, encontrándolos oscuros por el deseo. Liam se levantó, consiguiendo que ella volviera a sentirse pequeña ante él. Le acarició la mejilla, rozó su nariz con su piel antes de depositar un gentil beso en su frente.

La agarró de los muslos, alzándola en brazos sin ningún tipo de dificultad. Ya sabía dónde estaba la habitación de sobra, no necesitaba que ella le guiara. Se devoraron las bocas como si fuera a ser la última vez que se besaran, sintiendo la necesidad y el deseo apoderándose de ellos. La depositó con delicadeza de la cama, admirándole durante unos segundos antes de quitarse los vaqueros y los calcetines. La piel le ardía, sentía que cualquier prenda de ropa le sobraba.

Se colocó entre sus piernas, atacando directamente su delicado cuello. Sus delgados dedos paseándose por su espalda y su nuca enviaban órdenes a su cerebro. No podía seguir así.

—Los condones —interrumpió él, acordándose de lo que les había ocurrido la última vez.

Diana se movió debajo de él, estirando su brazo hacia la mesita de noche. Sacó la caja y de esta sacó un sobrecito, tiró la caja en algún lado de la habitación -poco le importó-. Liam sonrió al ver que ella ya estaba preparada. Lo abrió y lo sacó del paquete, ella no se lo pensó dos veces cuando iba a ponérselo. Él sintió su pequeña pasando a lo largo de su miembro, era la tortura perfecta.

Aquella situación era un cúmulo de sentimientos: podía sentir su nervioso cuerpo bajo el suyo, aunque los nervios no eran nada comparado con el deseo.

Sus cuerpos se fundieron en uno. No se escuchaba ningún otro tipo de sonido, aparte del de sus cuerpos chocando y sus gemidos, y quejidos. Parecía que no hubiera nada más en el mundo aparte de ellos, en ese momento nada importaba: ni edades, ni acuerdos, ni el futuro...

* * *

Diana se cubrió con la manta una vez habían terminado mientras Liam se levantó para tirar el condón. Se había asegurado de que a ella le había gustado tanto como a él lo que había sucedido minutos antes.

Ella se perdió en sí misma y sus pensamientos. ¿Acaso era conveniente complicar el asunto? Ya tenía suficiente con sus padres y un mes después tendría que enfrentarse a la universidad. No solo eso, necesitaba el dinero. Si por cualquier motivo eso acabara mal, la que tenía las de perder era ella.

Poco le duraron las dudas cuando le vio llegar con una radiante sonrisa, solo vestido con los calzoncillos -los cuales no sabía cuándo se los había puesto-. Se metió en la cama junto a ella.

—¿Alguna vez lo habías hecho? —susurró.

—Hombre, sé que no soy el mejor, pero a mis treinta y siete años, no, no es la primera vez —bromeó—. Sí, sí es la primera vez que me salto el acuerdo.

Diana asintió, apoyando la cabeza sobre su hombro. Liam acarició su cabello. Sentía que ella quería decir algo, pero no lo hacía.

—La cena de mañana... —se mordió el labio— ¿Van a estar tus padres?

—No —respondió—. Solo son un par de socios y clientes. Y sí, lo tuyo es que te manejes bien con todo lo que te enseñé hace un par de semanas.

—Lo tengo todo controlado —aseguró ella.

Le daba miedo preguntarle qué significaba lo que acababa de suceder, si era un paso adelante o un simple polvo; si seguirían manteniendo la misma relación de hacía unas semanas o si eso significaba que quizás podrían llegar a ser algo más serio.

No quiso darle más vueltas. Le dio las buenas noches y se dio media vuelta, intentando conciliar el sueño.

Liam pensaba lo mismo que ella, ¿lo de aquella noche significó algo más o simplemente fue el deseo carnal el que les hizo actuar de aquella manera?

Capítulo 21

—¿Qué te has acostado con él? —gritó incrédula, haciendo que todo el mundo se girase hacia ella.

—Shh —le hizo un gesto para que bajara el volumen—. Sí, ayer.

—Por eso tenías tú tanta prisa por volver —Lorena empezó a darle golpes en el brazo.

—No, ni siquiera sabía que me estaba esperando —se encogió de hombros—. Me vino a traer el móvil —se lo enseñó—. Y lo que pasó, pasó.

—Entre tú y yo —cantó divertida—. ¿Y cómo fue?

—Bien —avanzaron por la tienda.

—¿Solo bien? Así que, lo que tiene de guapo lo tiene de desastre en la cama —dedujo.

—¿Y qué quieres que te diga? —se escondió tras el perchero de vestidos—. Y además me dijo que fui la primera.

—¿Era virgen? —exclamó incrédula.

—¿Quieres dejar de pegar esos berridos cada vez que te digo algo? —la riñó— Soy la primera Sugar Baby con la que se acuesta.

—Hostia —Lorena se puso a su lado—. Entonces, ese tío se está pillando —Diana rodeó los ojos mientras miraba entre los vestidos—. ¿Y qué tal por la mañana?

—Él ya se había ido cuando me he despertado, así que ni idea —se giró hacia Lorena.

Siguieron mirando ropa para la cena de aquella noche. Aunque no estaba segura de por qué, ya se había comprado algo de ropa la vez anterior.

—Necesitas algo recatado —sacó un vestido negro con falda de tubo— y unos tacones tipo *Stiletto* —se agachó para cogerlos.

—Esta no es mi talla —dijo al cerciorarse de que el vestido que había sacado era 2 tallas más pequeña.

Volvió a dejar el vestido y buscó su talla. Lorena se volvió a levantar con los zapatos de tacón en la mano. Se los dio y casi la empujó al probador para que se lo probara todo.

—Y tranquila que del maquillaje me encargo yo —aseguró Lorena desde el otro lado del probador—. A ver si aprendes a maquillarte de una vez, por cierto.

Cinco minutos después, Diana ya estaba fuera. No podía negar que el conjunto le encantaba e incluso hacía que su barriga pasara desapercibida. Se dirigieron a la caja, donde una dependienta forzosamente simpática les atendió. Todo lo que había comprado no había llegado ni a las cincuenta libras, aunque todo el conjunto podría pasar perfectamente como si fuera de una tienda de prestigio.



Llegó el momento que Diana tanto odiaba: el de maquillarse. Lorena se puso en pie frente a ella, esperando a que se apartara el cabello con una diadema. Diana no sabía qué le iba a hacer a su cara, así que simplemente se dejó hacer. Cerró los ojos y quedó a su merced, como una muñeca. Ese momento de tranquilidad no duró mucho. Sintió un gran dolor en sus cejas que hizo que se irguiera y se separara.

—¿Cuánto hacía que no te hacías las cejas? —inquirió con seriedad.

—No lo sé.

Lorena negó con la cabeza, tomó a su amiga de la frente y la echó un poco hacia atrás para tener plena vista de sus cejas. Las retocó a su antojo, perfilándolas. Bajo ella, Diana estaba deseando que aquella tortura acabara, aquel dolor era insoportable.

Sintió algo húmedo y frío en esa zona, aliviándola. Por fin había acabado.

—¿Te has depilado? —sintió terror cuando escuchó esa pregunta.

—Sí —intentó esconder sus piernas.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó cuando tomó una de sus piernas— Si ese hombre no salió corriendo al ver todo esto, no lo dejes escapar nunca —Diana puso los ojos en blanco—. Y si tienes las piernas así, lo de abajo ya no me imagino... Menos mal que llevo la Epilady siempre encima —se levantó para buscarla.

—¿Cómo la Epilady?

Lorena volvió con una maquinita en forma de huevo. En cuanto la puso en marcha, supo que lo que iba a suceder a continuación iba a ser de todo menos placentero y relajante. Diana no sabía cómo colocarse en cuanto Lorena comenzó a pasar la máquina por sus piernas, sentía la epilady arrancar pelo por pelo. Ni siquiera pudo evitar que las lágrimas de dolor salieran, era la peor tortura a la que se había enfrentado sin duda.

—¿Estás llorando? —rió su amiga.

—¡Si te parece me río! No te jode —se removió Diana—. ¿Me explicas por qué llevas esto en el bolso?

—¿Y si surge alguna emergencia? —Diana rodeó los ojos— Además, no duele tanto si tienes el vello corto, pero es que tú tenías unos pelacos —obtuvo una mala mirada en respuesta.

Minutos después, ya había acabado con la pierna derecha. Diana se cubrió el rostro con una mano, aún no había terminado. Todavía estaba bastante lejos del fin.

—¿Y por qué me tengo que depilar? —se quejó— Ni que se fueran a fijar en mis piernas.

—Siempre llevas pantalones largos, es normal que no se fijen en tus piernas —frunció el ceño—. ¿Y el día de la “cita” tampoco se fijó?

—Para nada —se encogió de hombros—. Supongo que como era tan de noche y tanto el restaurante como la bolera tenían poca luz...

—Y que tenía tantas ganas de acostarse contigo que lo último en lo que pensó fue en eso —rió.

Diana tocó sus piernas una vez Lorena ya había acabado. Estaban muy suaves, aunque algo irritadas.

—Tienes que echarte crema hidratante —dijo al ver las muecas que estaba haciendo su amiga—. Ve a echarte un poco mientras yo preparo el maquillaje —le hizo un gesto con la cabeza.

Diana se puso en pie y se dirigió al baño para aplicarse un poco de loción.

Al volver, vio a Lorena con todo su arsenal de maquillaje, lista para llenarle la cara de pintura y dejarla prácticamente irreconocible. Aunque ya le había avisado de antemano que quería algo natural, todo lo posible. No quería parecer una muñeca de porcelana.

Se sentó en la silla de nuevo se dejó hacer. Notó a su amiga pasar brochas, pinceles y esponjas por toda su cara.

Todo aquello era tan molesto e incómodo, que no entendía la gracia que le veía Lorena a ir así todo el día. No hacía ni diez minutos que le había aplicado la base y las sombras de ojos, además del *eyeliner*, y ya tenía unas ganas inhumadas de rascarse.

Lorena fue a los labios, pasando el pincel muy fino primero por los bordes y acabando de

rellenarlos con uno algo más grande. No debía de quedarle mucho. Un poco antes de que pudiera abrir los ojos, roció *spray* sobre su cara.

—¿Y esto qué es? —Diana finalmente abrió los ojos.

—Fijador, para que no se te mueva el maquillaje —se apartó de ella.

Lorena comenzó a recoger mientras Diana se levantaba para mirarse en el espejo que había al lado de la puerta.

—Dios —exclamó.

—Lo sé —asintió Lorena.— Estás genial.

Diana rió y le agradeció el haberla ayudado. Se acercó a ella nuevamente para poder ayudarla a recoger.

—El pelo déjate suelto o hazte un semi recogido —aconsejó—, pero lúcelo —Diana asintió.

— Y pásatelo bien —caminó hacia la puerta. —Ah, y cuando acabes, me tienes que decir cómo ha ido.

—¿Qué consejo me darías tú que tienes más experiencia? —inquirió Diana nerviosa.

—Si es una cena de negocios, no hables mucho —se encogió de hombros—. Y si van las novias o las mujeres del resto, no hables con ellas nada —Diana la miró confundida—. Algunas van con muy mala leche y muchas veces quieren hacer daño o joder. Son unas envidiosas.

Ambas se despidieron. Esa noche estaba encaminada a ser un desastre, en especial porque ella sabía que no pintaba mucho en aquel lugar.

Capítulo 22

Diana comenzó a vestirse. Optó por hacerse un semi recogido, uniendo la mitad de su cabello en una coleta. Esperó para ponerse los tacones a que Liam llegara. Y no mucho después, le llegó un mensaje de que la estaba esperando abajo.

Y de hecho, allí se encontraba cuando estaba saliendo del portal. Como siempre, esperándola recostado en su coche. Vestido con un traje negro y una camisa blanca, estaba aún más guapo que de costumbre. Como si aquello fuera posible.

Liam la vio sonreír a medida que se iba acercando y, como de costumbre desde que la conoció, su mirada se perdía en ella. Ese vestido negro le quedaba perfecto. Pudo ver algo diferente: el maquillaje. Le resaltaba todas las facciones, aunque tampoco le hacía falta maquillarse para resaltar su belleza. Esa chica era guapa sin una pizca de maquillaje en su rostro.

—Hola —sonrió tímidamente.

—¿Qué tal? —respondió él, abriéndole la puerta del coche.

—Nerviosa —admitió mientras pasaba por su lado—, ¿tú?

—Bien —respondió, esperando a que ella se sentara para cerrar la puerta.

Rodeó el capó del coche y se sentó en el lugar del conductor. Volvió a arrancar el coche y se puso en marcha hacia el restaurante en el que había quedado. De soslayo vio como Diana jugaba con sus dedos y se movía nerviosa sobre su sitio.

—No te tienes que preocupar —le aseguró—. Solo pon en práctica lo que te enseñé y sé tú misma —se encogió de hombros—. Aunque te aconsejo que no hables mucho con Sarah y Deborah, son dos arpías —reconoció—. Por lo demás, actúa como siempre.

Le miró con una pequeña sonrisa, debía reconocer que no había servido para tranquilizarla, pero sí para sentirse un poco mejor. Y también para confiar más en Lorena, hasta Liam le acababa de dar el mismo consejo que su amiga.

En todo el camino no hablaron de lo que había sucedido la noche anterior, ¿sería porque ella estaba en lo cierto y quizás no le había gustado, o se había arrepentido?

En pocos minutos llegaron al restaurante. Se adelantó a Liam y abrió la puerta para bajar del coche. Liam le entregó las llaves al aparcacoches y la tomó de la mano. Debía reconocer que ese gesto la había tomado por sorpresa. Entrelazó sus dedos y se adentraron en el lugar.

El maitre les guió hasta la mesa en la que se encontraban todos los clientes y socios con los que habían quedado.

—Hola, buenas noches —saludó Liam al llegar.

—Hombre, ya era hora —se levantó un hombre que aparentaba unos cincuenta y tantos, calvo y con gafas.

—Ni caso. Si nosotros hemos llegado hace solo cinco minutos —le respondió otro con el pelo canoso.

—¿Con quién vienes? —preguntó una mujer rubia con la melena hasta los hombros.

—Ella es Diana —soltó el agarre de sus manos para colocar su mano en su espalda—, mi novia.

Casi todos los de la mesa asintieron o se quedaron callados. Diana intuyó perfectamente que era por la diferencia de edad. Comparada con todos ellos, ella era una niña. Aunque bueno, Liam

también parecía ser el más joven entre esa gente.

Uno de ellos parecía estar a punto de decir algo, pero un gesto de Liam hizo que se aclarara la garganta y volviera a mirar a Diana.

—Pues encantado, yo soy Jeff —se presentó el hombre de pelo canoso—. Él es Tom —señaló al hombre con alopecia—, él es Liam —señaló al hombre moreno que estaba sentado al lado de la mujer rubia—, su mujer, Deborah —le dirigió una mirada de superioridad—; Sarah, la mujer de Peter —señaló a una mujer morena, sentada al lado de Deborah—, y Peter y Francis —estos dos últimos le dedicaron una sonrisa amistosa.

—Nosotros somos los clientes —bromeó el hombre castaño con barba. Ese debía ser Peter, por el orden en que los había presentado.

Liam le acarició la espalda y la empujó levemente para que tomara asiento en cualquiera de los dos sitios libres. Optó por sentarse al lado de Tom, mientras que Liam se sentó al lado de Francis. Era mejor que se sentaran de aquella forma, habían ido a tratar asuntos de trabajo.

La cena transcurrió con tranquilidad. Ella supo manejar la situación, poniendo en práctica todo lo que Liam le había enseñado. Es más, acabó ayudando a Tom a manejarse con todos los cubiertos y las copas, algo que a Liam le sorprendió. Su ex novia ni loca le habría ayudado, probablemente se habría reído de él y lo habría humillado -más o menos como hicieron Deborah y Sarah.

Mientras Liam hablaba de negocios con los demás, Diana se entretuvo hablando con Tom, quien le contó que era un hombre divorciado y que estaba viviendo en un piso de mala muerte en el centro, también le contó que le encantaba Londres, que chocaba un poco con el lugar de donde provenía, California. Más de una vez, le dedicaba una o dos miradas, viendo lo entretenida que estaba, mientras que Deborah y Sarah intentaban hablar más alto que ellos para que escucharan los asuntos que estaban tratando, entre ellos Kristen. Por suerte Diana estaba tan concentrada en sus asuntos que no les prestó atención.

—Diana acaba de tener una idea espectacular con el problema que tenemos —interrumpió Tom.

—No, en realidad no —rió.

—Es brillante. Cuéntalo.

—Bueno... —se aclaró la garganta— Me ha contado el problema que tenéis con uno de vuestros productos y justamente es una cosa que yo solía comprar mucho antes. Pienso que el problema que tenéis es que lo habéis dejado anticuado. Os habéis estancado en la versión que se vendió más creyendo que eso era lo que quería el cliente.

—¿No es eso? Antes se quejaban continuamente de las actualizaciones y ese es el que mejor reseñas ha tenido —Jeff frunció el ceño.

—Si eso de verdad funcionara, todavía el iPhone 6 sería el móvil estrella de Apple —respondió—. Tenéis que hacerle pequeñas actualizaciones al producto, cosas que apenas cambien pero que hagan que la gente vea algo diferente.

—Pero eso es una tontería, el producto apenas cambia.

—Pero la gente se creará que sí, y con eso basta.

Liam sonrió de lado. Esa chica era una caja de sorpresas. Y no dejó de sorprenderle a lo largo de la velada. Se pusieron en pie para marcharse, vio a Jeff caminar hacia Diana, aunque cuando iba a acompañarla, una mano sobre su brazo le paró el paso. Era Liam.

—¿Qué ha pasado con Kristen?

—Muchas cosas —intentó zafarse.

—¿Esa chica es una de ellas?

—No, a ella la conocí después —finalmente se soltó—. En lugar de estar tan pendiente de mí, procura estarlo más de tu mujer y de las perlas que suelta por la boca indirectamente para hacer daño —dijo, recordando los numerosos comentarios que había hecho hacia la edad de Diana y el por qué estaba con él.

Por otro lado, Diana se había visto acorralada por Jeff, quien se colocó delante de ella. Sacó una tarjeta de su cartera y se la ofreció.

—Por si en algún momento necesitas trabajo —sonrió—. Mentas como la tuya pueden hacer una empresa muy grande.

Diana la tomó tímidamente y se la guardó en el pequeño bolso que traía. Volvió a sentir una mano sobre su espalda. Cuando se giró y vio a Liam, se sintió extrañamente aliviada.

—No necesita trabajo —aseguró el castaño—, ya tiene uno.

—Bueno, nunca se sabe. Quizás la chiquilla opta a más —Diana sintió como se desafiaban con la mirada.

Era un momento sumamente tenso. Cualquiera diría que eran socios y se llevaban bien, aunque en un sector en el que todo son apariencias, cualquier podría fiarse.

Capítulo 23

Sabía perfectamente las intenciones de Jeff y no quería ver a Diana involucrada en ese tipo de asuntos. Ni quería que él hiciera el intento de aprovecharse de ella. Ni loco.

Diana le veía ensimismado mientras caminaba. Parecía estar enfadado y probablemente lo estuviera. Tampoco parecía querer hablar, así que no sería ella quien insistiría.

Liam pidió su coche al aparcacoches, quien no tardó mucho en devolverlo, deseándole una buena noche y esperando que hubieran disfrutado la comida.

Condujo un par de calles en pleno silencio, aunque enseguida volvió a aparcarlo. Estuvo unos minutos mirando a la nada, perdido en sus pensamientos. Hasta que finalmente suspiró y la miró.

—¿Quieres dar un paseo? —inquirió tranquilo.

—Sí —asintió con una pequeña sonrisa.

Él seguía bastante serio, pero necesitaba hablar con ella, hablar con alguien. Necesitaba despejarse, hablar de otra cosa que no fuera la empresa de su padre o sus terribles y anticuados productos. Solo quería estar tranquilo y poner en blanco su mente, y estaba tranquilo de que ahora mismo Diana era la única con la que lo conseguiría.

Bajaron del coche y comenzaron a caminar sin ningún rumbo concreto, solo hasta donde sus pies les llevaran. Liam se introdujo las manos en los bolsillos y caminó junto a ella. No sabía cómo empezar la conversación, y era raro, ya que con ella siempre era más fácil hablar. Lo que no sabía, era que Diana ya tenía el tema perfecto que tratar.

—Lo que pasó anoche... —titubeó Diana.

—Me encantó —reconoció, consiguiendo una sonrisa por parte de ella.

—¿Y el acuerdo? —Liam por fin la miró.

—Llegados a este punto, me da igual el acuerdo —se encogió de hombros—. Me estaría engañando a mí mismo si dijera que lo de ayer fue un desliz y que el acuerdo debería seguir vigente. Al menos a mí, lo de ayer me gustó mucho y no sentí que fuera algo que formara parte de nuestro “contrato”, es algo paralelo.

—Pero podría complicar más las cosas —no sabía qué pretendía conseguir diciendo aquello, quizás que él dijera que eso ya no le importaba nada.

—¿Más? —rió— Diana, con sinceridad, me gustas, me atraes —reconoció—. Y sí, te dije al principio que no quería nada porque no quería liar las cosas y porque nunca me había atraído una Sugar Baby, solo nos veíamos en eventos públicos por apariencias, mis padres... Pero contigo no es así.

—Tú a mí también me gustas —reconoció en un susurro, consiguiendo la primera sonrisa por parte de Liam desde que abandonaron el restaurante—. Lo de las apariencias, lo entiendo, ¿pero tus padres?

—Es una historia muy larga —negó con la cabeza.

—Tengo toda la noche —insistió, a lo que Liam rió.

—Mis padres siempre han sido muy clasistas —aceptó—. Cuando era pequeño y adolescente, no tanto. Sí que preferían que me relacionara con gente de mi “nivel” —hizo comillas con los dedos—, aunque no interfirieron mucho. Yo fui haciéndome mayor, hablamos de cuando tenía veintitantos —Diana asintió— y mis padres, en concreto mi padre, intentaron relacionarme con

hijas de socios muy importantes, de clientes... Tuve que salir con cada una... —se rió.

—Así que tu padre era lo más parecido a la reina Victoria, pero en masculino y en el siglo XXI —puntuó Diana—; intentando que te acabaras casando con chicas de familias “de la realeza”.

—Justo eso. Ni yo lo habría definido tan bien —asintió.

—¿Cómo acabaste en todo esto de las Sugar Babies, entonces?

—Empecé a verme con una chica, que había ido conmigo a la universidad, cuando tenía veintisiete años. Quedamos en que se hiciera pasar por mi novia a cambio de que yo le pagara cierto dinero cada semana. Mientras estuve con ella, no tuve que verme con nadie que ellos dijeran ni tuve que aguantar sus sermones. En cierto punto, supongo que sabían que no era nada serio —suspiró—. La chica conoció a otro chico, se enamoró; y me habló de todo esto. Y desde entonces, hasta ahora —pensó en el paréntesis de Kristen.

—¿Y nunca has tenido una novia seria, entonces?

—No —mentiroso, ni siquiera entendía por qué había dicho que no—. Así es todo mucho más fácil. Si no me caso con una chica que quiera mi padre, podría perder mi puesto y la posibilidad de quedarme con la empresa algún día. Por eso tampoco quiero enamorarme de nadie ni duro mucho con las Sugar Babies, ni me veo con ellas fuera de lo que toca. No me quiero casar con alguien a quien no quiero, pero tampoco quiero perder todo lo que he conseguido hasta ahora.

—Sí es jodido, sí —asintió—. Pero...

—Pero contigo es diferente —acabó por ella—. Me he pasado por el forro mil normas —se encogió de hombros.

—El verme fuera de los eventos, desde el día uno —ejemplificó—, el sexo...

Aunque pareciera que no, él le estaba confesando más de lo que ella podría haber esperado en algún momento. Parecía una tontería, pero estaba confesándole que por primera vez se abría a algo más que un simple contrato.

—¿Qué me cuentas de ti? —inquirió con curiosidad, ella siempre había evitado hablar de esos asuntos.

—Lo mío es algo más complicado —rió con nerviosismo.

—Estoy para escucharte.

—Bien —suspiró antes de decidirse a hablar—. Llevo casi un año sin ver a mis padres, desde que me fui. Me harté de ver a mi padre dándole palizas a mi madre continuamente —se encogió de hombros—. Al principio, cuando era pequeña, lo veía normal. Pensaba que una bofetada era equivalente a un castigo. A medida que iba creciendo, las cosas empeoraron. Yo me empezaba a dar cuenta de las cosas y veía que no era normal. Más de una vez escuchaba a mi madre pedirle que parara, que no podía más, que la iba a matar —le tembló el labio—. Intenté convencerla de que ese mundo no era bueno, que tenía que dejar a ese monstruo; y de hecho, una vez estuvo a punto de hacerlo —Liam la escuchaba con atención—. Acabó volviendo con él, como te puedes imaginar, al principio parecía que de verdad había cambiado, pero no tardó en aparecer lo que de verdad era él —se rascó la frente—. Empezó con celos obsesivos, a tratar a mi madre como si fuera un objeto suyo, empezaron los gritos y las discusiones, luego una bofetada que se da en caliente —rió con ironía— y volvieron las palizas. Empecé a trabajar en una pequeña tienda en mi pueblo, sin contrato ni nada, para ahorrar e irme en cuanto pudiera; aunque la mitad del sueldo se la quedaba mi padre porque todavía era menor y vivía bajo su techo.

—Tu idea era ahorrar para llevarte a tu madre lejos —Diana asintió.

—En cuanto fuera mayor de edad —sonrió con amargura—. Una de las veces, yo debía estar a punto de cumplir los dieciocho, mi madre estaba medio muerta, tirada en la cocina —suspiró con

pesadez—. Le volví a pedir que le denunciara, se lo supliqué, pero no lo hizo. Lo tuve que hacer yo —miró a Liam—. Cuando llegó la hora de la verdad, dijo que la había habían atracado y que no había denunciado porque no había gente en la calle y ella no vio la cara del tipo ni nada, que se fue a casa —se encogió de hombros—. Dijo que yo había exagerado que ella estuviera medio muerta para que me prestaran atención, y que lo había relacionado con mi padre porque los había oído discutir de vez en cuando, por eso mi padre nunca me ha puesto la mano encima a mí; yo sí le habría denunciado y habría dejado que se pudriera en la cárcel —se mordió el labio—. Desde ese momento, apenas estuve en casa. Iba al instituto, trabajaba y apenas dormía, muchas veces me quedaba a dormir en casa de mi novio, al que por cierto nunca le importó mucho lo que me pasara o cómo me sintiera. Cumplí la mayoría y le volví a pedir a mi madre que se viniera conmigo, que estaríamos bien, pero no quiso venir, me dijo que mi padre la necesitaba —notó la voz temblorosa—. Y mi padre me dijo que la próxima vez que me viera iba a ser porque volvería pidiendo dinero, como una muerta de hambre porque “chupar pollas no me había funcionado” —Liam no podía creer todo lo que estaba escuchando—. Es por eso que no podía volver a casa cuando me vi sin dinero y por qué no quiero dejar de estudiar. La próxima vez que me vea quiero poder restregarle por la cara que he salido adelante y que no he necesitado nada de él, que sigo mi sueño de acabar la carrera y encontrar un trabajo de lo que de verdad quiero —se sonó la nariz y secó rápidamente un par de lágrimas—. Y a mi madre espero verla algún día, lejos de ese cabrón —dijo con rabia—. Lo peor es que ella no le abandona porque tenga miedo, sino porque está enamoradísima de él. Eso es lo jodido.

Liam se detuvo en seco, haciendo que ella se detuviera también. La atrajo hacia él, apretando su pequeño cuerpo contra el suyo, acariciando su cabello mientras ella se deshacía en sus brazos.

—Nunca había conocido a alguien tan fuerte —aseguró—, tan capaz de superar cosas tan difíciles.

Sabía que ella habría pasado por cosas duras, pero no se esperaba semejante historia. Era una luchadora nata, alguien que no tuvo más opción que acabar siendo Sugar Baby porque no quería volver con la cabeza agachada al infierno que había tenido por hogar anteriormente. La admiraba.

Capítulo 24

Ese mes pasó volando, antes de que pudiera darse cuenta, Diana ya había comenzado la universidad. A pesar de ser su segundo año, lo empezó con más ganas que nunca. Ese año no esperaba poder ir, pero ahí estaba. Sentada en la biblioteca, leyendo los apuntes en su ordenador nuevo que Liam le había regalado. Las asignaturas le parecían mucho más interesantes que las del primer año -eran tan básicas que le parecían aburridas. Esperaba no defraudar a nadie, sobre todo a sí misma, y sacar adelante todo aquel curso sin ningún problema. Todavía no habían empezado los exámenes, pero ya estaba dispuesta a ponerse a estudiar para que en el momento en el que llegara la hora, estuviera lista. Lorena, sin embargo, seguía en su línea, siempre lo dejaba todo para el último momento. En lo que llevaban de curso no había tocado ni un solo libro, algo que Diana le había recriminado varias veces. Administración de empresas era desde luego una carrera que podía llegar a ser complicada si no te gustaba y no ponías interés, como cualquier otra, y eso era probablemente lo que le pasó a Lorena el año anterior -aunque tuvo la suerte de que los exámenes de recuperación estuvieran tirados. Se notaba que estaban deseando quitarse gente de encima.

Durante ese mes, la relación con Liam no había variado mucho. Había más confianza que al principio, hablaban constantemente -podría decirse que se tiraban el día pegados al teléfono cuando no se veían-, lo que sucedió la noche que volvió del viaje se repitió -varias veces-. Él la había ayudado unas cuantas veces desde que empezó las clases. Había cursado esa carrera también, lo que fuera que estuviera dando le tocaba de cerca y a él no le costaba nada darle un empujón. A pesar de esa relación tan estrecha, nunca llegaron a oficializar nada. No sabían qué eran, aunque Liam seguía haciéndose cargo de todos los gastos y, de vez en cuando, hacía una transferencia de dinero extra.

En cuanto a su familia, no había vuelto a escuchar de ellos. Su madre le mandó unos cuantos mensajes dos semanas atrás, pero nunca le respondió, ni tenía pensado hacerlo. No creía estar preparada para enfrentarse a esa situación, no sabía qué iba a decirles, cómo iba a actuar... Para Diana, ellos eran desconocidos y casi no los consideraba ni familia. Quería saber por qué de la nada, su madre quería verla. Pero también sabía que no era una buena idea y que posiblemente eso podría acabar en tragedia y podría jugar más con su cabeza, si cabe.



Por otro lado, para Liam ese mes había pasado demasiado rápido, apenas había tenido tiempo de disfrutarlo. Gracias a Diana, uno de los productos de la empresa volvió a ser uno de los más vendidos. Aparte de haberle ayudado en la empresa, sentía que esa chica lo había mejorado absolutamente todo. No recordaba un verano tan increíble como aquel y todo había sido gracias a ella. Tenía más confianza con ella que con cualquier otra mujer que se hubiera cruzado en su vida. Todas las veces que la había visto no eran suficiente y recordaba que ambos apenas dormían porque preferían estar hablando. Ni siquiera en su adolescencia se había sentido de esa manera.

Kristen había dado señales de vida más veces de las que a él le habría gustado. Su insistencia era agotante. No entendía ese ímpetu por querer volver con él cuando le había engañado y ella

misma había sido quien había roto el compromiso porque no estaba lista. Desde luego esa idea le había salido bien: su ex novia había vuelto para intentar quedarse, aunque él ya le hubiera dejado claro todas las veces que no quería estar con ella y la última vez que se presentó en su despacho, él le pidió con toda la tranquilidad del mundo que rehiciera su vida y le dejara en paz en cuanto a la vida sentimental.

Su padre le había preguntado por Diana alguna vez por encima, sin interés, creía que era algo como las otras veces -algo que Liam le hacía creer: un lío de un par de meses-. Ni negó ni afirmó que lo que tuviera con Diana fuera serio. Su padre seguía con esperanzas de que volviera con Kristen, era casi tan insistente en ese asunto como ella. Agotador. Toda su vida había sido así, y lo sabía. Pero en aquel momento, le estaba superando. Todo el mundo esperaba que él volviera con alguien a quien no quería y que lo que fuera que tuviera con Diana pasara rápido para que de esa manera todo volviera a la “normalidad”. Durante años se había visto sometido a esa presión, pero nunca le había molestado tanto como entonces.

* * *

Se decidió por ir a verla a la universidad. Estaba aburrido y ella le había dicho lo mismo minutos atrás a través de mensajes. Se limitó a decirle a Marie que le había surgido una urgencia y que si alguien preguntara por él que le guardara el mensaje.

En cuanto llegó al campus, estacionó el coche y le mandó un mensaje para avisarla, de que estaba allí. Se bajó del coche y se dirigió hacia el edificio de su facultad. La estuvo esperando, sentado en uno de los bancos. Se dedicó varios minutos a echarle un vistazo a sus emails y sus mensajes. Cuando volvió a alzar la mirada, se la encontró. Estaba deslumbrante, sonriente. Casi instantáneamente Liam sonrió. Le encantaba verla de esa manera. Aunque poco duró esa felicidad cuando vio a un chico pasarle el brazo por los hombros y reírse con ella. ¿Quién era aquel tipo? ¿Desde cuándo había aparecido en la ecuación?

Diana se acercó a él en cuanto le vio, acompañada de ese rubio delgaducho. Le dio un beso en la mejilla. ¿Por qué no en los labios?

—Señor Jones, es todo un honor —dijo el chico, quien ya se había separado de Diana—. Soy Lewis.

—Encantado —Liam asintió con la cabeza, dejando al chico con la mano estirada.

—Yo me voy ya —el chico, incómodo, introdujo la mano en su bolsillo—. Ha sido un placer.

—Acuérdate de pasarme los apuntes, por favor —gritó Diana, mientras él se alejaba.

—Ya veremos —bromeó él.

Diana volvió a girarse hacia Liam, encontrándose una mirada extraña que la descolocó. Parecía enfadado y no entendía el por qué.

Capítulo 25

Su ceño estaba ligeramente fruncido, sus finos labios unidos en una línea recta y su azul y fría mirada clavándose en ella. Si creía que iba a intimidarla de esa manera, estaba muy equivocado. Diana alzó la frente y se encaró a él.

—¿A qué ha venido eso? —le recriminó.

—¿El qué? —actuó como si no supiera de qué estaba hablando.

—No te hagas el loco —él comenzó a caminar—. Has dejado al pobre chaval con la mano estirada. Y que yo sepa a ti no te ha hecho nada —le siguió—. ¿Podrías detenerte un segundo y mirarme mientras estamos hablando? —exclamó, consiguiendo que Liam se girara hacia ella. Bueno, él y toda la facultad—. ¿Me lo vas a explicar o tengo que adivinarlo? —se cruzó de brazos.

Él seguía frente a ella, mirándola fijamente. Diana intentó en todo momento evitar desviar su mirada por su cuerpo. Quería mantener el contacto visual. Pero era demasiado complicado. Ese traje gris le sentaba tan bien. Falló. Rápidamente volvió a dirigir sus ojos hacia los de él.

—No me ha caído bien —se encogió de hombros—. Menudo peloteo.

—¿En serio? —inquirió, incrédula— Me estás vacilando.

—No, si no te sirve como respuesta, es lo que hay —se introdujo las manos en los bolsillos.

—Has pasado de tener treinta y siete años a tener cinco —espetó con enfado—. ¿No quieres hablar? Me parece perfecto. Pero yo me voy, no voy a estar perdiendo el tiempo —caminó, dispuesta a marcharse.

—Espera —la agarró del brazo—. No sé qué me ha pasado —negó con la cabeza—. Esas confianzas que tiene contigo, cómo se pegaba a ti, cómo me has saludado tú delante de él...

—Uno: es mi amigo, si me abraza o bromea, a ti no te incumbe. Dos —alzó dos dedos—: te he dado un beso en la mejilla porque, por lo general, a ti no te gusta el afecto en público —hablaba rápido, pero con decisión, estaba enfadada—. Te haré memoria porque parece que la tuya la tienes un poco a tomar por culo. Cuando estamos en tu oficina, en cenas o alguna mierda de esas estamos casi a un metro el uno del otro.

—Qué exagerada —bufó.

—Estoy hablando yo ahora —dijo, casi por encima de él—. No me vengas con gilipolleces porque te he saludado de manera normal, incluso más cercana de lo que solemos a cuando estamos en “tu terreno” —hizo comillas con los dedos—. Y no sé con qué puto derecho, ni motivos porque no los entiendo, tienes este ataque de celos —suspiró—. Y si no te importa, me voy a estudiar a la biblioteca —se colocó la mochila sobre el hombro.

Dicho aquello, se dio media vuelta y subió las escaleras. Aguantar ese tipo de comportamientos era lo último que quería. Y no sabía por qué había ido a la biblioteca, si sabía que apenas iba a estudiar. Su mente iba a pensar en otra cosa.

* * *

Liam resignado volvió a su coche. Durante el camino hacia su casa estuvo pensando qué era lo que le había pasado. Ese ataque de celos y el último reproche... Había parecido un niño de

catorce años. Ni siquiera con esa edad se había comportado de aquella manera. Se rascó la barbilla, se pasó las manos por el pelo. Aquello significaba más de lo que parecía. Solo verlo con ella, pegándose de esa manera, le había puesto de mal humor. Si solo la atrajera, no habría tenido esa reacción. ¿Qué le estaba haciendo aquella chica?

Arrancó el coche y por un segundo pensó en marcharse a su casa, pero cambió de opinión y puso rumbo a otro lugar.

* * *

Diana estaba cansada, e incómoda, de estar sentada en aquella silla de madera. No había avanzado nada, solo pensó en Liam y en el numerito que había armado de la nada. Recogió sus cosas y se encaminó hacia su coche. Dejó la mochila en el asiento trasero y lo arrancó, decidida a irse a casa. Por un segundo pensó en ir a casa de Liam, pero negó rápidamente. Quien se había equivocado era él, no ella. Por suerte, encontró un sitio libre justo delante de su casa.

Entró en el edificio, dirigiéndose directamente al ascensor, aunque una notita avisando de que había una avería, acabó por amargarle el día. Dio media vuelta y subió por las escaleras. Hasta las narices estaba.

Sacó las llaves cuando se acercaba a su planta. Vio a un hombre sentado en las escaleras que llevaban a la siguiente planta. A medida que se fue acercando, se fue cerciorando de que era Liam con un ramo de flores en la mano. Intentó disimular todo lo posible lo feliz que estaba por verle allí. Pasó por delante sin detenerse. Liam se puso en pie en cuanto vio su cuerpo caminar frente a él.

—¿Podemos hablar? —pidió mientras ella abría la puerta.

No le respondió, solo le hizo un gesto con la cabeza una vez su casa ya estaba abierta, para que pasara. Liam pasó por su lado y Diana tras él, cerrando la puerta.

—Tienes cinco minutos —se cruzó de brazos frente a él, tras haber dejado la mochila en el suelo.

—Vale —suspiró—. Te he traído flores —extendió la mano, acercándole el ramo. Diana lo tomó, aunque su expresión no cambió en nada—. Quería disculparme por lo de esta tarde. No sé qué me ha pasado. Me he puesto celoso —se encogió de hombros—. Ni aunque fuéramos algo tendría derecho a recriminarte que tengas amigos y te abras con ellos, eres libre de hacer lo que te dé la gana —se rascó la nuca.

—Acepto las disculpas —asintió con la cabeza—. Por cierto, no me gustan mucho las flores, habrías acertado más si hubieras traído bombones —sonrió.

—Joder —susurró.

—Pero si te perdono o no, no depende del regalito que me traigas —se acercó a él—, sino por que entiendas por qué me he enfadado yo. Y como parece que sí, ya está.

Él dio dos pasos, acercándose a ella. Diana en respuesta puso su mano entre ellos, deteniéndole.

—No quiero otra escenita como la de esta tarde —clavó sus ojos en los suyos—, y mucho menos porque me lleve bien con un chico. Que, por cierto, el gilipollas no me ha mandado los apuntes.

—¿De qué son? —se sentó en el sofá.

—Derecho de sociedades —se cruzó de brazos—. Él hizo fotos de la pizarra y la pantalla, con el ordenador a mí no me dio tiempo de escribirlo todo. Que, por cierto, no entiendo qué les cuesta

subirlo a la página web —se encogió de hombros—. Solo tienen que hacer un clic.

—Porque los que no van a clase se beneficiarán también.

—Qué gilipollez —se sentó a su lado—. Así que, por culpa de otros, yo tengo que ir de culo también. Muy lógico todo. Tengo que copiar lo que ponen en los Powerpoints y también apuntar las explicaciones, no me da la vida. Luego se quejan de que los exámenes no están completos, no te jode.

—Haz fotos también.

—No se puede. Si Lewis las tiene es porque las ha hecho a escondidas. Si lo hiciera yo, con lo torpe que soy, me acabarían pillando y echándome de clase.

—Yo creo que tengo apuntes de esto y libros. No creo que coincida todo, seguramente algunas cosas las han cambiado o las han quitado, pero algo es algo —se giró hacia ella—. Te lo traeré mañana, si nos vemos.

—¿En serio? —se abalanzó sobre él, abrazándole—. Muchas gracias, de verdad.

Capítulo 26

Diana se encontraba en su antigua casa, en Cirencester. No entendía muy bien qué hacía allí, pero se dirigió a la puerta a paso lento. Tocó dos veces, pero nadie abrió.

Escuchó un llanto terrible que se clavaba en sus entrañas en el interior. Aporreó la puerta, le dio patadas, pidió a gritos que la dejaran entrar, pero nada. Tras el último empujón, la puerta se abrió ante ella, provocando que cayera al suelo. El llanto se hizo cada vez más fuerte. Corrió hacia donde creía que se encontraba el foco central.

Vio a su madre tirada en el suelo, rodeada de un charco de sangre. Intentó acercarse a ella, pero parecía haber una pared que se lo impedía. Su padre apareció por su lado y caminó hacia su mujer, era como si Diana en realidad no existiera. Diana gritó continuamente e intentó romper el muro que la separaba de su madre. Su padre la golpeaba en el suelo, haciendo caso omiso a su continua petición de que se detuviera. Cuatro, cinco golpes. Una vez se levantó y se apartó, Diana vio el cuerpo de su madre sin vida, completamente destrozado por la brutal paliza; mientras tanto, escuchaba la voz de su padre repetir que había sido culpa suya.

—¡No! —gritó continuamente— ¡Basta!

Liam intentó calmarla, intentó despertarla de alguna manera. Estaba histérica. Se puso de rodillas a su lado, agarrándola por los brazos y llamándola continuamente. Se despertó de golpe, casi sin aliento, llorando desconsoladamente. Solo había sido un sueño, una pesadilla horrible. No podía ser que volvieran esos sueños de nuevo. Parecían haber desaparecido.

—Será culpa mía —dijo con la voz temblorosa—. Si muere, será por mi culpa —susurró, a punto de quebrarse.

Liam la abrazó, apretándola con fuerza contra su pecho mientras acariciaba su cabello. Sentía su cuerpo tembloroso, lleno de miedo bajo el suyo. Estaba aterrorizada y desconsolada.

Su madre volvió a llamarla aquel día por la mañana, volvió a mandarle mensajes pidiendo verla y hablar con ella. Liam ya le había dicho varias veces que necesitaba enfrentarse a sus fantasmas para poder avanzar. Y quizás tenía razón. No podía seguir en esa situación.

—Intenta dormir, ¿vale? —susurró Liam una vez que vio que ella estaba más tranquila.

Se echó hacia atrás en la cama, sin soltarla en ningún momento. Le dio un beso en la frente, aunque no dejó de acariciar su cabello. Quería que se relajara y se sintiera bien. Que dejara de lado todos aquellos pensamientos que la auto culpabilizaban de lo que pudiera pasar.



Al despertar al día siguiente se dio cuenta que no había dormido casi nada, estaba agotada. Menudo fin de semana le esperaba.

Cuando se dio vuelta sobre la cama, se encontró con el cuerpo de Liam. Le sorprendió verle allí, si se quedaba en su casa algún viernes, él se despertaba más pronto que ella y se marchaba, dejándole una nota disculpándose. Sonrió débilmente, aquel sábado él se había quedado. Aunque posiblemente podría haber sido porque se hubiera quedado dormido.

Soltó un gruñido y movió la cabeza. Lentamente abrió los ojos, encontrándose con la mirada de Diana. Esa pequeña sonrisa inocente le traía loco. Soltó un casi inaudible “Buenos días”,

recibiendo la misma respuesta por parte de ella.

—¿Te has quedado dormido? —a lo que él negó con la cabeza

—No tengo que ir a ningún sitio —bostezó—. ¿Qué mejor manera que esta para empezar la mañana?

La agarró de la cintura, abrazándola, pegando sus cuerpos en un cálido abrazo mientras ella hundía su cabeza en su cuello y él en su cabello. Juguetonamente Diana mordió su cuello, subiendo por su mejilla hasta sus labios. Liam no lo dudó ni un segundo para atacarlos. Rodaron sobre la cama y fue entonces cuando él se puso sobre ella.

—¿Tienes hambre? —inquirió él entre besos.

—Me muero de hambre.

Liam la ayudó a hacer la cama cuando se levantaron, y juntos se dispusieron a hacer el desayuno. Algo de lo más sencillos: tostadas con el pan del día anterior, un café acuoso por culpa de la maldita cafetera y un vaso de zumo de naranja.

—He pensado que podríamos pasar el día juntos —Diana alzó la mirada—. Solo si quieres.

—Sí —asintió con seguridad—. Podríamos ir a comer a algún sitio y dar una vuelta.

—Bien —le dio un bocado a su tostada—, aunque me tendría que cambiar. No voy a ir con traje por ahí.

—Te queda bien, ¿por qué no? —Liam rió.

—Me iré a cambiar y te vendré a buscar, ¿vale? —Diana asintió mientras comía.

* * *

Debía reconocer que hacía muchísimo tiempo que no iba al cine. A Kristen no le gustaba mucho y para ir solo, Liam prefería no ir. Pero allí se encontraba, haciendo cola para comprar las entradas. Había bastantes parejas alrededor de ellos, mostrando su afecto en público, besándose, abrazándose y, algunos incluso, metiéndose mano. Dirigió su mirada a Diana, quien observaba las continuas muestras de afecto, sonriendo ligeramente.

Pasó el brazo por sus hombros y la pegó él, se mentiría a sí mismo si dijera que no se moría de ganas por hacer aquello. Ella respondió al abrazo casi al instante, pasando su brazo por su espalda.

Contando que en su vida amorosa en general nunca había tenido que hacer este tipo de cosas, era extraño. Exceptuando su adolescencia, que entonces sí había actuado de esa manera con sus “novias”. Desde que comenzó la universidad hasta el momento nunca se había visto en tal situación. La relación con las sugar babies eran estrictamente profesionales -además de que nunca se había sentido atraído hacia ninguna- y Kristen ni siquiera le agarraba la mano cuando simplemente paseaban, era una mujer bastante fría y distante -por eso, muchas veces acababa preguntándose si ella de verdad le quería.

Diana pellizcó su costado, sacándole del trance en el que le vio sumido. Solo había una familia por delante de ellos y no sabían qué película iban a ver.

—Elige la que quieras.

No había escuchado el nombre bien, pero tenía pinta de ser la típica película de superhéroes con más efectos especiales que guión. No le dio tiempo a reaccionar, ella ya había pagado y ya tenía las entradas en la mano.

—Así que hay que ver a un tipo en mallas, salvando el mundo —alzó la ceja.

—Has dicho la que quiera —se encogió de hombros—. Además, seguro que te gusta.

—O la odio —se introdujo las manos en los bolsillos mientras caminaban.

Diana bufó divertida y le tomó del brazo, entrelazándolo con el suyo mientras subían las escaleras mecánicas.

—Me moría de ganas por verla —susurró—. Además, que no había mucho más dónde elegir.

Liam rió, estaba tan emocionada e ilusionada que era imposible que no se le contagiara un poco cómo se sentía ella.

Diana ya le había avisado de que no quería palomitas porque se le secaba la boca, así que Liam pidió un cuenco individual, mientras ella cogió un par de chokolatinas y una bolsa pequeña de chucherías.

Una vez dentro de la sala, mientras esperaban a que la película empezara, vio a Diana bailar y cantar disimuladamente la canción que sonaba de fondo. Se giró hacia Liam, cantando y bailando mientras le miraba. No podía evitar reírse.

Acercó su rostro al suyo, dispuesta a robarle un beso. Y así fue. Él alargó el beso, colocando sus manos en sus mejillas. Enseguida bajó una a sus costillas, pellizcando y apretando, a lo que Diana botó y pegó un pequeño chillido. Se carcajeó sobre sus labios, había descubierto un punto débil.

Lo que les quedaba de tiempo en el cine, fue más tranquilo. Ella estaba muy concentrada e incluso en algunas partes podía ver emoción o sufrimiento según la escena. Muchas veces la oía comentar por lo bajo detalles. También se dio cuenta de que aunque Diana dijo que no quería palomitas, acabó comiéndose casi medio cuenco, aparte de sus chokolatinas. Eso sí, antes de abrir cada paquete o la bolsa, le preguntaba si él también quería. Se lo pasó muy bien e incluso acabó gustándole la película.

* * *

Llegaron a casa de Diana de nuevo, habían estado todo el día fuera, ni siquiera comieron o cenaron en casa. Ella se había pasado el camino diciendo que podrían hacer algo interesante cuando llegaran, aunque lo último que esperaba es que estuviera hablando de jugar a la consola.

—La compré hace dos semanas —la encendió—. Y me he viciado muchísimo a un juego —se sentó a su lado en el sofá—. ¿Quieres jugar?

—¿Te has engancho a eso? —inquirió incrédulo, cuando ella puso en marcha la consola.

—Parece un juego de mierda —se colocó a su lado en el sofá—, pero una vez que empiezas y lo pruebas...

Y en realidad fue lo que le pasó a él también. No sabía manejar los controles, para empezar hacía años que no tocaba una consola, pero poco a poco se fue haciendo a ellos. Diana no podía creerse que en la primera partida quedara entre los veinticinco primeros, aunque menos se lo creyó cuando en la segunda partida, apareció en grande “Victoria magistral”. Y así fue como pasaron el resto de la noche hasta que sintieron que estaban lo suficientemente cansados como para irse a dormir.

Capítulo 27

Liam se había marchado bastante pronto y a prisa, se le había olvidado que tenía una comida con sus padres. Se despidió como pudo de Diana antes de salir corriendo por la puerta y dirigirse a su coche para poner rumbo a su casa. Tenía que ducharse, afeitarse y cambiarse.

Aparcó su coche en uno de los espacios libres del barrio de Kensington, suspirando y preparándose mentalmente para ver a sus padres.

Su madre se alegraba de ver a su hijo con tan buen aspecto. Las últimas veces que le había visto estaba algo decaído y más serio de lo normal. La sonrisa radiante que iluminaba su rostro y su paso decidido, hicieron comprender a su madre que su hijo estaba mejor que nunca.

—¿Qué tal todo?

—Bien, tu padre está en el despacho —le informó al ver que le buscaba con la mirada—. ¿Y tú, cariño?

—Muy bien —asintió.

Había evadido continuamente las preguntas que su madre le hacía en relación con Kristen o cualquier otra chica. No creía estar listo para dar tal paso y tampoco creía que fuera algo tan serio como para hablarlo con sus padres. Además, acabarían interrogándole hasta saber el último detalle de Diana. Se habían limitado a hablar de cómo le iba en la empresa y cómo le iba la vida en general.

Cuando su padre se incorporó en la conversación, al principio no le importó en absoluto. Solo hablaron de temas triviales y de la situación de la empresa -socios, clientes, próximos acuerdos, ventas...

—¿Y esa chica que llevaste a la cena? Me ha dicho Tom que es una chica brillante —comenzó su padre, introduciendo el tema que él había intentado evitar.

—Lo es —asintió.— De hecho, gracias a su idea las ventas han subido —parecía que se le iba a atragantar la comida.

—¿Has conocido a alguien? Por eso estás tan feliz —sonrió su madre—. Haberla traído.

—Aún nos estamos conociendo —cortó un trozo de carne—, por eso no ha venido y por eso no os iba a hablar de ella.

—Si es como las otras chicas antes de Kristen, no me extraña que no quisieras hablarnos de ella —suspiró su padre.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor?



Al contrario de Liam, Diana había tenido una mañana bastante tranquila. Hasta que recibió otro mensaje de su madre. No podía seguir ignorando esa situación. Si la llamaba tanto era por algo. ¿Y si necesitaba ayuda y ella estaba ignorándola? No se lo perdonaría jamás.

Decidió que en cuanto acabara de comer, conduciría hacia la casa de sus padres y se enfrentaría a todo aquello, sola. Comió con rapidez, casi atragantándose con la comida. Lo recogió todo, asegurándose de dejarlo todo limpio y ordenado. Se montó en su coche y comenzó el viaje. Fueron más de dos horas de trayecto, estaba agotada. A ella por lo general le gustaba

conducir, cuando se iba de viaje con Lorena lo disfrutaba de principio a fin, pero las circunstancias no eran las mismas. Sabía a lo que se iba a tener que enfrentar en cuanto llegara y aparcara frente a su casa.

Tomó aire varias veces antes de decidirse a bajar del coche y caminar hacia la puerta de su casa. Se detuvo durante unos segundos delante de la puerta. Recordó el sueño que había tenido dos noches atrás. Negó con la cabeza cuando un escalofrío recorrió su espalda de arriba a abajo.

Tocó el timbre dos veces y esperó a que alguien le abriera la puerta. Estaba todo tan en silencio. Podría incluso llegar a ser escalofriante. Oyó unos pasos desde el otro lado. Rezó para que no fuera su padre y fuera su madre. La puerta se abrió abruptamente y allí la encontró.

La miró durante unos segundos de la cabeza a los pies, no podía creerse lo que sus ojos estaban viendo. Se abalanzó sobre sus brazos, apretándola con fuerza. Diana no pudo evitar derrumbarse, devolviéndole el abrazo. Podía escuchar a su madre sollozar y repetir continuamente que no podía creerse que estuviera allí. Ella tampoco pudo evitar llorar, había echado tanto de menos los abrazos de su madre.

—Vamos, pasa —a lo que Diana se mostró reacia—. Tu padre no está —añadió—, no te preocupes.

Diana pasó por su lado y caminó un par de pasos, observándolo todo. La casa estaba exactamente igual a como la recordaba. Llena de malos recuerdos. Su madre pasó por su lado, dirigiéndose a la sala de estar.

—¿Quieres un café o algo? —Diana negó con la cabeza— Te has quedado muy delgada.

—Mamá, estoy bien, en serio —sonrió—. ¿Tú...?

—Yo también —respondió con una falsa sonrisa—. Ahora muchísimo más.

Esa hora que había estado ahí fue tranquila, había hablado de su madre de lo bien que le estaba yendo, tanto en la universidad como laboralmente. Podía ver una sonrisa genuina en el rostro de su madre. No obstante, en un momento que estiró el brazo para coger su taza, su manga también lo hizo y dejó ver parte de su antebrazo. En estos, habían las marcas de unos dedos, una marca morada. Diana prefirió ignorarlo, sabía en qué iba a acabar esa discusión.

La tranquilidad duró poco, ya que un golpe en la entrada hizo que ambas se giraran. No podía ser. Estaba incluso más demacrado que antes: lo único que destacaba en su rostro eran las grandes ojeras bajo sus ojos verdes y una barba desaliñada.

—¿Qué hace esta aquí? —preguntó en cuanto la vio, arrastrando las palabras. Estaba claro que alguien había tomado bastantes copas de más.

—Ha venido a vernos —respondió su madre—. La he llamado tantas veces, que se creía que pasaba algo malo.

—¿Ya se lo has dicho? —inquirió, empujándola de mala manera para sentarse en su sitio, quedando cara a cara con Diana.

—¿Decirme el qué? —preguntó mirando a su madre.

—Estamos muy mal —susurró—. Nos hemos quedado sin dinero. Tu padre ha tenido problemas, y el dinero ha desaparecido.

—¿Que él empine el codo es lo que os ha llevado a la ruina?

—No hables sin saber, cariño. Vas a hacer que se enfade.

—¡Mamá, mírate! ¡Mírale! —le señaló.

—Ha perdido el trabajo y yo solo le doy problemas —intentó excusarle mientras él solo se encendía un cigarrillo.

—Si no hay dinero, lo primero que tienes que dejar son los vicios, ¿o es que para eso sí hay

dinero? —suspiró— Y por cierto, después de meses sí que permites que mamá me llame, cuando la has aislado completamente desde que me fui. ¿Es más fácil perder la dignidad que salir a buscarse la vida?

—Mira, zorra, lo último que necesita es alguien que le llene la cabeza de mierdas y mentiras como lo hiciste tú mientras estabas aquí. Y no te pido dinero, te lo exijo. Te he estado manteniendo años —alzó el dedo, a medida que alzaba la voz, más se notaba lo ebrio que se encontraba.

Diana no podía creer lo que estaba escuchando y mucho menos sabía en qué derecho se veía su padre en reclamarle que le devolviera nada. Miró a su madre, Tenía los ojos puestos en ella. Su mirada mostraba desesperación. Volvió a encarar a su padre.

—Por mí como si te pudres en la mierda —se puso en pie—. No te debo nada, ni siquiera mi tiempo, aunque aquí estoy desperdiciándolo contigo —tomó su bolso.

Se encaminó hacia la puerta con paso decidido, aunque fue detenida por su madre cuando la agarró del brazo.

—Por favor, necesitamos las cincuenta mil libras —pronunció con voz temblorosa y los ojos llorosos—. Van a embargarnos la casa. Lo vamos a perder todo. Eres la única opción que nos queda. Cariño, por favor.

—Mamá, vente conmigo —la agarró de las manos y la miró a los ojos—. Vente a Londres, vive en mi casa. Yo duermo en el sofá...

—No puedo —la detuvo—. Tu padre me necesita.

—Mamá, no. Tú siempre has valido mucho más que todo esto. Sigue hablándote mal y tratándote como a una mierda, te sigue pegando. ¿O es que te crees que no me he dado cuenta de la marca de tu brazo? No te necesita, solo quiere a alguien con quien descargar sus frustraciones y a quien culpar de sus miserias. No te quiere —sentenció, haciendo énfasis en cada palabra.

—El día que te enamores, lo entenderás —acarició su mejilla.

—Si cada vez que me enamore, tengo que vivir la vida que tú has vivido con él, espero estar soltera para siempre y morir sola. No merece nada la pena. No tienes amigos, familia, te ha alejado incluso de mí...

—Lo siento —negó con la cabeza.

Diana asintió y suspiró, soltando lentamente las manos de su madre para abrir la puerta de la entrada y salir. Volvió a girarse hacia ella.

—Mis puertas siempre estarán abiertas para ti.

Volvió a girar sobre sus pies y se encaminó hacia su coche.

Capítulo 28

Volver a aquella casa, volver a discutir lo mismo, había sido como viajar atrás en el tiempo. No había manera de que pudiera abrirle los ojos a su madre, seguía creyendo que todo era por amor. Diana no entendía en qué mundo eso podía ser equivalente al amor o a estar enamorado. Solo quería volver a su casa y echarse en la cama, desapareciendo del mundo hasta el día siguiente -y solo porque debía ir a la universidad. Pensó en la situación en la que estaban viviendo y cómo podrían acabar bajo un puente. Que su padre lo hiciera, le importaba lo más mínimo, pero no quería ver a su madre arrastrada en la miseria. Aparte de estar cegada, ella no había hecho nada malo.

Llegó a su casa pasadas las ocho de la noche. Dejó su bolso y su chaqueta tirados en el sofá, mientras que los zapatos se los quitó con dos puntapiés a mitad de camino hacia su habitación. Se dejó caer sobre el colchón boca abajo y no se levantó de allí en toda la noche. Se quedó dormida mientras le daba vueltas a todo aquel asunto e intentaba pensar con claridad qué iba a hacer.



Los pitidos del despertador hicieron que se despertara de golpe. Eran las ocho de la mañana. Estaba vestida con la misma ropa del día anterior, ni siquiera había deshecho la cama para taparse con las mantas, había dormido tal cual. Estiró el brazo para apagar la alarma. Fue entonces cuando vio que tenía tres llamadas perdidas de Liam, veinte mensajes de Lorena y un mensaje de su madre. ¿Cómo no se había enterado? En la parte superior de la pantalla tenía la respuesta: móvil en silencio.

Abrió los mensajes de Lorena, en todos ellos le decía de quedar e ir a tomar algo, con una insistencia solo de la que solo ella era tan experta. Diana le mandó un mensaje diciéndole que la tarde anterior había ido a ver a sus padres y que más tarde se lo contaría. Tras esto, decidió llamar a Liam. Al tercer pitido, él contestó.

—¿Qué pasó ayer? —fue lo primero que preguntó— ¿Estás bien?

—Sí, sí —asintió con rapidez—. No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? —le oyó bufar y casi pudo imaginárselo pellizcándose el puente de la nariz— Bueno, ¿te encuentras bien?

—Más o menos —se sentó sobre la cama.

Se quedó unos segundos en silencio, no sabía si pedirle el dinero o no. Cincuenta mil libras le parecía algo demasiado excesivo.

—Necesito sesenta mil libras —pidió mientras miraba sus dedos—. Sé que es mucho dinero, pero no sé a quién recurrir.

—¿Te has metido en algún lío? —inquirió preocupado.

—No, te prometo que te lo explicaré todo, de verdad —Liam suspiró al otro lado del teléfono.

—Te haré la transferencia ahora mismo —Diana rápidamente le detuvo.

—No, a mi cuenta no. Ahora te pasaré el número de cuenta.

Tras despedirse, Diana colgó y reenvió el mensaje de su madre, a la cual respondió poco después.

*Ya se está haciendo la transferencia de 60K libras.
Os van a mandar diez mil más de lo que necesitáis
para que no os quedéis justos de dinero cuando paguéis la deuda.
No quiero volver a saber nada de vosotros, al menos no
mientras tú estés con él. Llámame cuando hayas sido lo
suficientemente lista como para dejarle o cuando se haya muerto.
Adiós*

Escribió Diana con rabia. Los ojos le escocían al tener que aguantar las lágrimas.

Tiró el móvil sobre la cama y se puso en pie para dirigirse a la ducha. Mientras el agua caliente caía sobre su cabeza, llegó a la idea de que ese día no iría a clase. Sabía que no iba a prestar atención a nada, tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Al salir, volvió a mirar su móvil. Lorena le había respondido, diciéndole que el siguiente fin de semana no se escapaba, aunque tuviera que secuestrarla para quedar con ella. Diana sonrió débilmente a esa respuesta, sin embargo no le mandó otro mensaje.

Se vistió con lo más sencillo que encontró: unos vaqueros y una camiseta blanca. Se puso una chaqueta vaquera y salió de casa. Sabía perfectamente a dónde dirigirse y con quién debía hablar para tranquilizarse. De todas formas, le debía una explicación.

* * *

Aparcó el coche frente el edificio y se bajó con tranquilidad, avanzando hacia la entrada. Se mordió el labio al cruzar la puerta. Al girar su cabeza, se encontró con el guardia que la detuvo la primera vez que entró. Este le dedicó una amable sonrisa, a lo cual ella respondió de misma manera.

Avanzó por los pasillos una vez ya había salido del ascensor. Estaba buscando el despacho de Liam.

Una mujer se puso en su camino. Tenía su cabello castaño recogido en una coleta, vestida con una falda de tubo marrón y una camisa beige. Era bastante alta, aunque quizás era a causa de los tacones.

—¿Puedo ayudarte?

—No, gracias —intentó pasar, pero la mujer volvió a cerrarle el paso—. Estoy buscando a Liam.

—A menos que hayas pedido cita con antelación, no le molestes —se cruzó de brazos.

—Soy su novia, no necesito cita previa —la fulminó con la mirada.

—Vaya —la miró de arriba a abajo con desdén—, ¿su novia?

—¿Te lo tengo que volver a repetir? Aflójate la coleta porque parece que perjudica a que te riegue bien la sangre en el cerebro —dijo molesta—. Buenos días.

Pasó por fin por su lado, apenas rozándola. Rodeó los ojos ante tal situación. Liam desde luego no necesitaba contratar guardaespaldas; en ese edificio tenía seguridad suficiente. Podía sentir la mirada de la mayoría de los presentes sobre ella. Ir por allí no era algo muy usual, aunque eso tampoco les daba derecho de mirarla de ninguna manera.

Se detuvo frente a la puerta de Liam, una vez llegó, y tocó dos veces. Con su voz profunda, dio permiso para que entrara. Diana cruzó la puerta con tranquilidad y la cerró tras ella de la misma forma. Avanzó hasta la mesa de Liam, quien la miró fijamente desde que entró.

—Seguro que te preguntas qué hago aquí. Tendría que estar en clase, pero por algún motivo he pensado que necesitaba hablar contigo en persona. Debí quedar contigo para pedirte la transferencia y no por teléfono de la manera en que lo hice —se encogió de hombros—. Por cierto, gracias.

—Espera —se puso en pie y caminó hacia ella—. Si lo que te preocupa es haberme pedido dinero, te repito que es lo más normal en la relación que tenemos. Aunque sesenta mil libras es mucho dinero y sí que me ha sorprendido, viniendo de ti —apoyó su espalda en el borde de la mesa.

—El dinero no era para mí, por eso te dije que lo mandarás a otra cuenta —se sentó en una de las sillas—. Era para mis padres. El domingo fui a verles y me contaron que les iban a quitar la casa si no pagaban la deuda que tenían. Solo pude recurrir a ti porque eres el único que me iba a dar esa cantidad de dinero. Si hubiera tenido otras opciones no te lo habría pedido, de verdad. Y pienso devolvértelo.

—Por esa regla de tres deberías devolverme todo el dinero que me he gastado en ti hasta ahora —dijo burlón—. No quiero que me devuelvas nada. Todo lo que te he dado es tuyo. En el momento que me devuelvas algo de dinero, volverá a aparecer en tu cuenta —se encogió de hombros—. ¿Qué tal con tus padres? —cambió de tema, al mismo tiempo que se colocaba en cuclillas frente a ella.

—El momento que estuve con mi madre a solas fue lo mejor. Había echado tanto de menos hablar con ella —sonrió—, aunque luego vino mi padre y lo jodió todo. Me contaron que me han llamado tanto el último mes porque necesitaban dinero. Y, bueno, nada ha cambiado. Todo sigue igual de jodido. Pero dudo que vaya a cambiar algo. Al menos no mientras los dos sigan vivos —se encogió de hombros.

Liam tomó su mano entre las suyas y depositó un beso sobre sus nudillos. Diana sonrió con amargura. Era una situación difícil y ella dio una solución pesimista, pero en realidad era la única que había.

Capítulo 29

Se despertó en mitad de la noche, sintió un leve peso sobre su pecho y su abdomen. Bajó la mirada hacia ella y la encontró dormida plácidamente. Su respiración era tranquila y monótona. Acarició su cabello y la apretó suavemente contra él, sintiendo su suave piel contra la suya.

La noche anterior solo se dedicaron a hablar de ellos, saltando de un tema a otro continuamente; él le había contado que hacía años que no pisaba un parque de atracciones y que, de hecho, no era algo que le hiciera mucha gracia tampoco -recordó que una de sus peores experiencias fue en una montaña rusa que se detuvo y en la que él quedó atrapado durante una hora en el punto más alto. Por otro lado, ella le había dicho que le encantaban los parques de atracciones, pero que, por causas obvias, no había pisado ninguno en mucho tiempo. Entonces se le ocurrió. No había sido la mejor idea que había tenido, pero llevarla de viaje a algún sitio que a ella le pudiera gustar. Quería verla feliz después de todo lo que había sucedido.

Sentía que todas sus acciones se concentraban en solo intentar conseguir que ella sonriera genuinamente en cualquier momento, aquella sonrisa le daba la vida. Se preguntaba a sí mismo si aquello podía significar más de lo que él creía, y probablemente sí fuera de aquella manera.

Verla mal, destruida y a punto de romper en llanto, sin que él pudiera hacer nada para solucionarlo, era algo que a Liam le machacaba por dentro. Quería que fuera feliz, sola y que avanzara hacia el frente dejando todo el pasado atrás; pero también quería formar parte de aquel futuro, quería que fuera feliz junto a él. La quería, no sabía si estaba perdida y completamente enamorado, pero sentía algo hacia ella más fuerte que el cariño.

—Joder —masculló, al pensar si debía decírselo o no.

Diana se removió entre sus brazos, aún dormida, alertándolo.

—Ojalá fuera tan fácil como decirte que te quiero y ya está —suspiró—, y saber que tú te sientes igual que yo sin ninguna duda ni miedo a que puedas salir corriendo, porque esto no era lo que buscabas.

Tras varios minutos, e incapaz de poderse dormir, se movió cuidadosamente sobre el colchón para no despertar a Diana. Salió de la habitación, intentando no hacer ruido, y se dirigió al salón. Se sentó en el sofá y observó las vistas que tanto halagaba Diana cada vez que estaba allí.



Dos horas después, Diana también se despertó. Se sentó sobre la cama, observando la habitación y cayendo en la cuenta de que Liam no estaba en la cama junto a ella. También se quedó pensando en lo que había soñado aquella noche. Había pasado de tener pesadillas a tener sueños en los que Liam confesaba sentirse de la misma manera que ella. Quizás lo más sensato era que confesara cómo se sentía y que él decidiera si quería seguir con todo aquello o no. Si la iba a rechazar, prefería que lo hiciera antes de que se enganchara más a todo aquello.

Le buscó por toda la casa y, por último, miró en el despacho. Ahí estaba él, despeinado, con el pijama y frente al ordenador, concentrado. Caminó hacia él, inevitablemente Liam alzó la mirada y la encontró dirigiéndose hacia él, vestida con la camisa blanca que había llevado él el día anterior.

—¿Trabajando de buena mañana? —se sentó en sus piernas.

—No podía dormir más —le sonrió—. Creo que me he levantado a las cinco.

—Bueno, al menos habrás aprovechado el tiempo —se inclinó para ver lo que había escrito.

—Tienes clase, ¿no?

—A las diez —bufó—. Ahora me iré a casa y me prepararé. ¿Te vas de viaje? —inquirió al ver la página de viajes abierta.

—Nos vamos —corrigió, Diana le miró extrañada—. Te vendrá bien desconectar de todo.

—Así que, Barcelona —se giró hacia él.

—Sí, nos iremos el veintitrés de diciembre —dio un beso en su cuello—, así pasamos las navidades los dos solitos y tranquilos.

Diana le agarró del cuello y le besó. Liam no quería que se marchara, pero también sabía que no podía estar perdiendo días de clase y él tampoco podía estar faltando al trabajo cada vez que a él le diera la gana. Al fin y al cabo, no era suya todavía.

* * *

Tras aquel fin de semana de tensión y estrés, sintió volver a su “vida normal”.

Se encontraba sentada en uno de los muchos asientos de la clase, junto a Lewis y otra compañera, Lisa. El profesor se dedicaba a explicar mientras ellos tomaban apuntes, o al menos lo intentaban. A veces resultaba imposible poder seguir el ritmo. Lo positivo era que ese tema lo había explicado el viernes de la semana anterior. De pronto, el profesor Johnson detuvo su explicación y se dirigió a su escritorio.

—Tras esta breve explicación aclaratoria, espero que seáis capaces de realizar un ejercicio sin complicaciones. A quien llame que se dirija aquí —señaló el lugar donde se encontraba él dando la explicación, minutos atrás—. Haréis el ejercicio y os examinaré. Contará un veinte por ciento de la nota final.

—Hijo de puta —murmuró Diana.

—¿Puede hacer eso? —inquirió Lisa.

—Ni idea —puso los ojos en blanco.

Ambas se giraron hacia Lewis, quien se encontraba sudando y moviendo sus manos nerviosamente. Ambas sabían que las exposiciones orales le ponían nervioso, pero no sabían que tanto; había palidecido.

Media hora, y veinte alumnos después, la situación no había mejorado. Parecía que los nervios de Lewis eran contagiosos, porque tras ver el desastre de sus otros compañeros, Diana y Lisa parecían estar en las mismas condiciones que Lewis.

—Diana Davis —la llamó.

—Sí —respondió con un hilo de voz y alzando la mano desganada.

Lisa y Lewis le desearon suerte mientras ella se levantaba. A medida que avanzaba por el pasillo camino al “estrado”, sintió como sus piernas temblaban y perdían fuerza. Sentía que iba a caerse de morros en cualquier momento.

—A partir de esta estructura de costes, deberás determinar: uno, la alternativa más económica para una producción anual de doscientas cincuenta mil unidades y, dos, para qué volúmenes de producción elegirás cada alternativa —cuando se giró hacia el proyector, vio el ejercicio completo, junto a una tabla—. Cuando quieras.

Giró sobre sus pies y, con manos temblorosas, cogió uno de los rotuladores y comenzó a

pensar. Se había quedado en blanco y en consecuencia había entrado en pánico por dentro. Sentía las miradas clavándose en su nuca. No era capaz de avanzar con tal presión.

Sabía que sus compañeros no se iban a reír de ella si se equivocaba -no lo habían hecho con los demás-, pero sí le aterrorizaba que pensarán que era una estúpida y, todavía peor, suspender la prueba y que desde aquel momento el profesor le hiciera la cruz.

Respiró hondo e intentó tranquilizarse a sí misma. Recordó que una semana o dos atrás, Liam le había explicado algo similar. Procesó la información y recordó lo explicado antes de comenzar a escribir.

Se separó de la pizarra y dirigió su mirada al profesor. Se rascó la barbilla, jugando con su barba mientras leía la respuesta con atención.

—Excelente —dijo impresionado—. Brillante —asintió—. Puede sentarse, Davis.

Diana asintió, agradeciéndole sus palabras antes de dirigirse a su sitio de nuevo. Tenía el estómago en la garganta y tenía la sensación de que en cualquier momento iba a vomitar, pero había aprobado -o al menos eso era lo que parecía.

Capítulo 30

Los meses habían pasado volando. Antes de darse cuenta, ya estaba acabando el primer semestre y estaba a las puertas de los exámenes finales de enero. También estaba a una semana de irse de viaje con Liam a otro país que no había pisado en su vida. Aunque recordaba que Lorena era de allí, le había comentado que era del sur y que había algunas diferencias entre la gente del sur y del norte. Por cierto, no estaba segura de lo que iba a hacer Lorena durante los vacaciones, ¿se iba a quedar sola en Londres? En ese caso, ya tenía pensado pedirle a Liam que cambiara la fecha del viaje, no podía dejar a Lorena sola en navidades.

—Me iba a quedar para que tú no estuvieras sola —respondió con tranquilidad—, así que me quedo sola aquí.

—¿En serio? —inquirió preocupada— Ni de coña te dejo sola. Le diré a Liam que cambie el viaje o...

—Tía, que es broma —rió Lorena—. Mi madre ya me ha dicho que tienen la habitación lista para cuando vaya. Me avisaste hace un huevo de tiempo de que te ibas. Si me quedara aquí sola, sería mi problema —se encogió de hombros—. Lo malo va a ser estar tanto tiempo sin verte —hizo un puchero—, aunque me relaja ver que vas a estar bien acompañada.

—Ya —puso los ojos en blanco.

—Eso sí —se detuvo—, tenemos que salir de fiesta. Hay que celebrar Nochebuena y Navidad por adelantado.

—Qué peligro —Diana se colocó la mochila sobre el hombro—. ¿Pero hoy?

—Claro —respondió como si fuera obvio—. Es el último día de clase antes de las fiestas y dentro de dos días te vas. Dile a esos con los que te juntas si quieren venir con nosotras. Cuanta más gente, mejor.

—¿Tú vas a llevar a gente? —inquirió Diana.

—Ni de coña —negó rotundamente—. Los de mi clase son una pandilla de imbéciles. Además, no hay confianza.

—Yo se lo diré a Lewis y a Lisa, a ver si vienen —sacó su móvil para mandar un mensaje.

—¿Te vas a traer a la alegría para la vista de tu novio? —dijo, refiriéndose a Liam.

—No es mi novio —aunque se moría de ganas por que lo fuera—. Y no le voy a decir nada. No creo que le interese salir de fiesta con nosotros, y, además, es noche de tranquis. Sin novios, sin ligues... solo nosotros, pasándolo bien.

Y así quedaron, Lewis y Lisa no tuvieron problema en ir tampoco bajo esas condiciones, cuando Diana se lo comentó a través de mensajes. Habían quedado a las diez de la noche directamente en uno de los locales -a excepción de Lorena, quien iría a casa de Diana un poco antes.

Había estado hablando con Liam durante todo el día también, la mayoría de veces se dedicaban a decir las ganas que tenían de estar de vacaciones o de las ganas que tenía Diana de acabar el semestre y los exámenes -se quitaría la mitad del segundo curso de encima.

* * *

Era sorprendente lo rápido que podía pasar el día. Hacía nada se encontraba en la universidad, a punto de empezar la primera clase y ya se encontraba vistiéndose para marcharse. No se había arreglado demasiado: unos pantalones ajustados negros, un top rosa y una bomber, acompañado de unas zapatillas blancas -ya que iba a conducir ella, y le era imposible conducir con los tacones, lo cual era un aburrimiento. Se volvió a mirar en el espejo, asegurándose de que todo el maquillaje estaba en su sitio. Sí, había decidido maquillarse sola, aunque no estaba muy segura de lo que le había hecho a su cara. Suspiró y cogió unos tacones, no demasiado altos, para poder cambiárselos una vez llegaran al club.

Antes de marcharse, se aseguró de que todo estuviera bien cerrado y apagado. Tomó las llaves y tras cerrar la puerta con estas, las metió en su bolso. Miró su móvil mientras se dirigía al ascensor, le había mandado muchísimos mensajes a Lorena. Como de costumbre, llegaba tarde.

Al cruzar la puerta del portal, se encontró con Lorena casi de frente. La miró de arriba a abajo, no estaba arreglada. Llevaba su cabello rubio en una coleta, llevaba unas deportivas e iba cubierta con una chaqueta de chándal.

—Hombre, doña puntual —dijo Diana con ironía—. ¿Se puede saber qué haces todavía así? Encima que llegas tarde, ni siquiera estás lista.

—Lo siento —dijo con un hilo de voz.

Diana la miró mejor, no tenía buena cara. Normalmente siempre tenía cara de liarla parda en cualquier momento, pero estaba apagada, desganada.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —negó con la cabeza—. Me cambio en cinco minutos.

—¿Tiene algo que ver Josh? —inquirió, refiriéndose a su sugar daddy.

—No es importante —pasó por su lado.

—No nos vamos a ningún lado hasta que me lo cuentes, tú misma —abrió la puerta del portal de nuevo para poder entrar.

Lorena la ignoró y se introdujo en el ascensor. Diana no le quitó la mirada de encima, esperaba que dijera lo que le sucedía en cualquier momento. Y no pensaba marcharse hasta que ella se lo contara.

Cerró la puerta tras ellas una vez entraron en casa. Lorena se dirigió al cuarto de baño. mientras que Diana la esperó sentada en el sofá. Debía ser algo grave para que Lorena estuviera de aquella manera.

Oyó los pasos de su amiga. Se giró hacia ella, encontrándose a Lorena igual que como estaba minutos antes. Dejó un sitio a su lado para que Lorena lo ocupara, sabía que quería hablar. Suspiró y clavó su mirada en el suelo antes de alzarla al cielo. Volvió la vista hacia abajo.

—He discutido con él —dijo, refiriéndose a Josh—. Quería quedar hoy y yo le he dicho que no, que ya había quedado para salir. Se ha enfadado y se ha presentado en casa. Me ha dicho que siempre estoy por ahí, zorreando, que le voy a traer problemas. Que como siga así, anulará el contrato y dejará de darme dinero —miró a Diana—. Y yo necesito el dinero.

Diana no sabía qué decir. No era la mejor consolando y, mucho menos, dando consejos. Se limitó a abrazarla y reconfortarla de alguna manera.

—¿Y por qué no te buscas a otro?

—¿Tú sabes lo que me costó encontrar un sugar daddy después del último que tuve? Me llevó meses —bufó.

—Pues lo que te lleve —se encogió de hombros—. Tira de ahorros hasta que encuentres algo mejor.

—No tengo nada ahorrado —se separó—. No me mires así. Empecé a comprar y comprar, y no me supe controlar.

—Pues lo vendes —se encogió de hombros.

—Por mucho que venda mis cosas, no valen lo mismo que cuando estaban en la tienda —se rascó la frente—. No me da para vivir.

Diana se quedó pensando varios segundos antes de coger el móvil y mandar un mensaje. Volvió a dejarlo sobre la mesa y se quitó las zapatillas.

—Vamos a quedarnos aquí —se puso en pie—. Y vamos a tener una noche de chicas. A ver si así te despejas un poco.

—Pero ya habíamos quedado...

—Ya les he avisado —se dirigió a su habitación para ponerse ropa más cómoda—. Ve haciendo las palomitas y sacando algo más para picar.

Estuvieron hasta las tantas hablando y viendo películas. Sabía que Lorena necesitaba más eso que ir a bailar con gente que no conocía. La convenció de que se tomara las cosas con calma, que no saliera ni llamara demasiado la atención mientras estuviera con Josh. Pero que tampoco se conformase con eso. Que aguantara con él hasta que encontrara otro sugar daddy que se adaptara a sus necesidades o que fuera ahorrando para poder prescindir de él.

Capítulo 31

Liam miraba con atención a Diana mientras ella hablaba sobre el asunto de Lorena. Caminaba de un lado a otro enfadada, murmurando y suspirando de vez en cuando. Se rascaba la frente y echaba la mirada al cielo, se detenía, pero al poco tiempo volvía a moverse en círculos. No solo estaba enfadada, se sentía frustrada por no poder hacer nada. Su amiga estaba metida en una mala situación de la que ella no podía sacarla. Liam se levantó de la cama y se acercó a ella, rodeándola con sus brazos y pegándola a él.

—Me estás mareando con tantas vueltas —susurró de manera divertida en su oído.

Diana sonrió débilmente y se decidió por rodear su cintura para completar el abrazo. Sintió su incipiente barba raspando sobre su frente y poco después sus labios, depositando un beso en la misma zona. Diana no pudo evitar sentir un calor recorrerla de los pies a la cabeza.

—Seguro que se acaba solucionando todo pronto —le acarició el cabello castaño—. Que haga lo que le dijiste. En cuanto tenga el dinero, que le pegue una patada en el culo. Que salga con él todo lo posible, que le pida dinero para comprarse ropa... Así tardará menos en conseguir el dinero suficiente para sobrevivir durante un tiempo.

Se separó de él, introduciendo sus manos en sus bolsillos. Sabía que eso era lo único que podía hacer, pero no estaba segura de que fuera la mejor decisión. ¿Iba a estar bien con un tipo que le prohibía ser ella misma y que la hacía sentir menospreciada? Sabía cómo acababan ese tipo de historias y no quería que su mejor amiga pasara por eso.

—Lorena sabe cuidarse sola —la intentó tranquilizar Liam a sus espaldas—. Ya verás como todo sale bien.

Giró sobre sus pies, encontrándose con sus preciosos ojos azules intentando darle algo de confianza. Sonrió débilmente y se acercó a él para darle un pequeño beso. Profundizaron más el beso cuando lo agarró del cuello y el entrelazó sus dedos tras su espalda para tenerla más cerca. Sentían que una vez empezaban, no podían acabar.

—Tendríamos que empezar a ir hacia el aeropuerto, ¿no crees? —rió.

—Sí —suspiró Liam—, aunque se está tan bien aquí y ahora.

Diana rió, separándose finalmente de él.

—¿Lo tienes todo? —alzó una de sus finas cejas.

—Sí —pensó durante unos minutos, rascando su barbilla—. Dos maletas, los pasaportes, los billetes... No hay manera de que se joda el viaje.

Liam lo tenía todo preparado y esperaba que todo sucediera tal y como lo había imaginado. Quería que ella desconectara de su vida, que se divirtiera, junto a él. Pero sobre todo quería confesarle de una vez lo que sentía, cómo le hacía sentir. De alguna manera, estaba seguro de que ella se sentía igual hacia él, solo necesitaba escucharlo de Diana.



Tras un corto viaje en coche, llegaron al aeropuerto de Heathrow. Aparcó su coche en el aparcamiento y se aseguró de no dejar nada de valor allí. Nunca había sufrido ningún incidente y su coche tenía una alarma bastante potente y sensible, aunque prefería no arriesgarse. Ser

precavido no le costaba nada. A su izquierda estaba Diana, mirándole con atención mientras él casi desmontaba el coche.

—Cualquiera diría que viajas continuamente por negocios —rió.

—Nunca se sabe qué puede pasar. Además, nunca me había ido tanto tiempo. Prefiero no dejar nada aquí —sacó un estuche de la guantera y una cartera—. Es por alguna emergencia —se encogió de hombros—, siempre la llevo en el coche. Si me dejo la cartera que siempre llevo, al menos tengo algo de dinero en esta.

—Un hombre con recursos —asintió Diana—. Pero, ¿si la sacas no corres el riesgo de olvidártela cuando volvamos? Métela otra vez en la guantera, y las gafas igual. El coche está en un parking, no en medio de mi barrio. No va a pasar nada.

Liam suspiró resignado. En cierto modo tenía razón. No sabía qué le pasaba, estaba nervioso y ansioso. Seguramente ella estaba pensando que era un estúpido. No sabía ni lo que decía ni lo que hacía, y nunca se había sentido de esa forma.

Estaba seguro de saber lo que hacía, siempre que había estado con alguna mujer, había sabido controlar la situación, pero con Diana sentía que hacía el ridículo o decía tonterías continuamente, o al menos cada vez que se lo permitía a sí mismo al desconectar su cerebro. Era definitivamente un imbécil.

Diana bajó del coche antes que él y sacó las maletas mientras él se dedicaba a colocar todo de vuelta en su sitio. Cuando finalmente se bajó, la vio esperándole con una mirada divertida.

—Te noto algo nervioso —arrastró su maleta hacia sus manos, rozando sus finos dedos con los suyos—. Creo que ya sé lo que te pasa.

A Liam se le detuvo el corazón de golpe. Había sido demasiado obvio y se había boicoteado a sí mismo. Todo lo que había planeado no iba a servir de nada. Podía sentir su corazón bombeando sangre, los sonidos acelerados de sus latidos llegaron hasta sus oídos.

—Tienes miedo a volar —sentenció.

Por dentro suspiró de alivio y su corazón volvió al ritmo normal. Sonrió con nerviosismo y asintió.

—En efecto —agarró el mango de su maleta con una mano—. No importa cuánto viajes. Si le tienes pánico a los aviones...

Diana sonrió comprensiva. Ese hombre iba a acabar con ella en cualquier momento. Esa mirada tierna y su perfecta sonrisa le derretían el corazón. Se había estado preguntando a qué se debían esos nervios desde que se vieron aquella mañana. Por un instante creyó que era por ella. Aunque se abofeteó mentalmente a sí misma por ingenua. Estaba claro que se traían sexualmente, pero no había nada más allá de eso. Aunque deseara que fuera así, era improbable.

Algo que odiaban ambos, y seguramente la mayoría de los presentes en el aeropuerto también, era la espera previa a montarse en el avión. Una hora y media, en concreto. Tras

haber empacado las maletas y pasar por los diferentes controles, solo les quedaba dar vueltas por las tiendas, tomar algo -que te saliera por un ojo de la cara- en cualquier bar o cafetería, o simplemente sentarse en la puerta correspondiente hasta que les avisaran de que podían ir haciendo fila para pasar.

Optaron por la primera opción. Ambos se veían incapaces de quedarse sentados en una silla tan incómoda por tanto tiempo y no es que tuvieran demasiado apetito en aquel instante como para pedir algo en una cafetería.

Estuvieron mucho tiempo hablando y señalando objetos curiosos o que simplemente les hacía gracia. Estar allí tanto tiempo era bastante incómodo. Liam había agradecido el hecho de ir con

unos vaqueros y una camiseta blanca, casi igual que ella. Los mocasines y el traje no eran extremadamente incómodos, pero no estaban hechos para ser puestos en una situación como esa, y él lo sabía perfectamente.

—¿Y por qué no vas así vestido cuando viajas por negocios? —inquirió con curiosidad mientras le echaba un vistazo a la tienda.

—Muchas veces salgo del aeropuerto y tengo que ir directo a una reunión —respondió, deteniéndose en los estantes que tenía enfrente—. Imagínate que me presento en una reunión como voy vestido ahora, o en chándal. Las apariencias son fundamentales.

Diana lo miró con comprensión. Sabía que él había aprendido aquello por sí mismo, con experiencia, aunque también tenía bastante claro que era algo inculcado por sus padres.

—Así que, si vas en chándal, pero tienes una idea o una oferta increíbles, ¿hacen oídos sordos?

—Más o menos —se encogió de hombros—. No te toman en serio.

Miró su reloj. Lo mejor era que se dirigieran a la puerta de embarque, no quedaba mucho para que su vuelo saliera.

Capítulo 32

El viaje en avión no había sido nada del otro mundo. Al contrario de lo que creía ella, viajaron en turista. Tampoco le resultó extraño. Él era una persona bastante corriente más allá de todo lo que le rodeaba, y no podía negarlo, le encantaba ese aspecto de él. Aunque más que solo ese, le encantaba todo de él: sus ojos azules con algunas motas verdes y amarillas, su sedoso cabello castaño siempre bien peinado, su sonrisa ladeada -sobre todo cuando se acababa de despertar, podría pasarse los días repitiendo justo ese momento porque definitivamente era lo mejor, su pequeño paraíso.

Siempre estaba sereno, aunque aquel día le notaba inquieto. Él ya había admitido tener miedo a volar, pero no era tonta; sabía que además de eso había algo más. No entendía por qué se lo ocultaba. No pudo evitar pensar en que probablemente él se estaba arrepintiendo de hacer aquel viaje. Podría haber viajado solo o con cualquier otra persona, pero ahí se encontraba ella.

A su derecha, Liam estaba ensimismado en sus pensamientos. Se sentía mal por apenas estar haciéndole caso a Diana, estaba tan nervioso que ni siquiera sabía de qué hablar. Tenía miedo, aunque no de sus sentimientos o de tener que confesárselos, sino de su reacción. Temía que una vez se lo dijera, ella se sintiera chantajeada, pues sentiría que se la ha llevado a otro país para que no pudiera darle una respuesta negativa -al menos el tiempo que estuvieran allí-, también cabía la posibilidad de que ella simplemente le dijera que lo suyo era diversión y que lo último que quería con él era algo serio, aparte de las transferencias monetarias de vez en cuando. Como última posibilidad estaba que ella se sintiera igual que él y entonces darían un paso hacia delante juntos. Pero a quién quería engañar, eso no iba a suceder.

Sintió su pequeña mano pasando por su cabeza, acariciando su pelo y su nuca. Se giró hacia ella, clavando su mirada en sus ojos verdes. Le sonrió débilmente sin mostrarle los dientes, a lo que él no pudo evitar responder de la misma manera.

—¿Estás bien? Apenas has hablado.

—Sí, ya sabes, el avión —mintió—, miedo a que se estrelle o a que nos hundamos en el mar...

Diana pudo ver cómo los pasajeros de delante se giraron sutilmente hacia ellos y como los que se encontraban sentados a su derecha les miraban con sorpresa.

—No deberías decir eso tan alto —sonrió—. Hay gente demasiado sensible.

—Ya —apoyó su nuca en el reposacabezas, echándola hacia atrás.

Diana rebuscó en sus bolsillos y sacó unos auriculares y su móvil. Extendió su mano con uno de sus auriculares, invitándole a ponérselo. Liam suspiró y se lo colocó en el oído izquierdo. La vio buscando entre las canciones hasta que por fin puso una: “Hometown Smile” de Bahjat. “Porque todos esos rostros no se comparan con el tuyo y los lugares más brillantes se vuelven oscuros cuando te has ido” “Tienes esa sonrisa natal y esa mirada en tus ojos que dice que un día todo estará bien” se preguntaba si le había puesto esa canción a conciencia, intentando decirle algo. Lo cierto es que ni siquiera ella sabía por qué la había puesto. La letra era preciosa, y en cierto modo la relacionaba con él, ¿pero estaba intentando insinuar algo con aquello?

Él le sonrió cuando dirigió su mirada hacia la suya. Aunque ella no lo hubiera hecho a propósito, algo dentro de él quería creer que había sido así.

Una vez acabó, pasó directamente a la siguiente, “On & On” de Cartoon. Ella comenzó a cantar

en voz baja, esa canción le encantaba. Movía la cabeza siguiendo el ritmo de la música, tirando un poco del auricular.

—Ahora viene el clímax —susurró, avecinando la llegada del estribillo.

Intentó imitar con su voz el sonido instrumental y electrónico de la canción. Liam en consecuencia acabó carcajeándose. Al poco tiempo se le unió ella. Había conseguido lo que quería, que se relajara un poco.

Las siguientes canciones eran bastante enérgicas y alegres, les invitaban a bailar. Y ella no rechazó la oportunidad, balanceó sus hombros y movió su pecho. Liam imitó sus movimientos. Movié sus manos en su frente a su cara, formando un cuadrado. No podía creerse que estuviera haciendo *voguing*.

Echó su cuerpo hacia atrás. No podía dejar de reírse tras lo que acababa de ver. No se esperaba para nada que él hiciera aquello, y mucho menos con aquellas expresiones.

Poco a poco sus carcajadas fueron bajando de nivel. Pasaron a ser risitas entrecortadas y de estas, pasaron a amplias sonrisas mientras intentaban recuperar el aliento. Diana apoyó su cabeza en su hombro casi inconscientemente. Entrelazó su brazo con el suyo y poco después hizo lo mismo con sus manos. Liam la miró desde arriba, había sentido una corriente recorrerle desde la punta de sus dedos hasta su pecho; quería saber si a ella le había pasado lo mismo. Al ver cómo cerraba los ojos y apretaba más su mano, pudo intuir que sí.

* * *

Salieron del aeropuerto tras haber esperado casi una hora: no pudieron salir del avión y tuvieron que esperar por sus maletas. Cada uno tiraba de su correspondiente maleta, caminando uno al lado del otro. Esperaban que hiciera más calor, pero lo cierto era que la diferencia de temperatura entre Londres y Barcelona no era tampoco tan notable.

No estaba segura de si tomarían un taxi o si Liam ya había pensado en alquilar un coche para aquella semana. Parecía haberle leído la mente, pues se dirigieron al aparcamiento del lugar y se acercaron a una pequeña oficina. Él entró mientras que Diana decidió esperarle fuera, cuidando de las maletas.

Casi veinte minutos después, volvió a salir con unos papeles y unas llaves. Le sonrió de manera divertida, volviendo a ocuparse de su maleta y asegurándose de que Diana caminaba a su lado. Liam apretaba continuamente un botón hasta que finalmente vio que las luces de un coche se encendían.

—¿Por qué no te lo ha ido a buscar él? —inquirió con curiosidad.

—Tenía pinta de que fuera a tardar incluso más que yo en encontrarlo.

Lo había dicho con un tono divertido. Era una broma, pero iba bastante en serio. El dependiente no parecía estar muy por la labor de trabajar aquel día y se había tirado quince minutos para imprimir el contrato y más de cinco en buscar las llaves del coche que les tocaba.

—¿Un Seat Ibiza? —preguntó ella cuando se detuvieron frente al coche.

—Pedí el Honda que tienes tú, pero me ha dicho que ya no lo tenían y que me darían uno parecido —se encogió de hombros—. ¿Esperabas un BMW? —alzó una ceja.

—Pues sí, algo así —se rió.

Caminó entre el Seat y el coche que había aparcado al lado, tirando de la maleta. Las metieron las dos en el coche y pasaron a los asientos de delante.

—Vale, esto va a ser raro —murmuró, sentándose en el asiento del copiloto, que estaba a la

izquierda.

Capítulo 33

Tras haberse quitado los abrigos, haber puesto la calefacción y con el navegador encendido, se pusieron en marcha. Diana estiró su mano y decidió poner algo de música. Lo hizo con sumo cuidado, ya que no quería apagar el GPS ni quería que se desconfiguraran los datos. Liam la miró con una pequeña sonrisa. Estaba intentando mentalizarse del trabajo que iba a llevar llegar al hotel sin percances. Era algo raro para él conducir en el lado opuesto al que estaba acostumbrado, tanto dentro como fuera del coche.

Varios minutos después, seguían en la carretera. Diana tenía el cuello echado hacia atrás, con los ojos levemente cerrados. Cuando volvió a incorporarse y le miró, pudo ver a Liam bastante concentrado y con el ceño ligeramente fruncido. Estiró el brazo hacia su nuca y la acarició. Casi instantáneamente, Liam dirigió su mirada a ella. Sus facciones se relajaron en cuanto su piel entró en contacto con su mano. Estaba harto de conducir, aunque tampoco quedaba tanto. Como mucho diez o quince minutos.

Diana estaba perdida en la ciudad, le encantaba aquel lugar. Los edificios tenían un aspecto antiguo, pero no en el mal sentido. La mayoría de las construcciones, en comparación con los edificios de Londres -incluso los más antiguos-, tenían una forma peculiar.

A medida que se iban acercando al hotel, se podía ver a la perfección el cambio entre los bloques, aquellos tenían un aspecto más moderno. Cuando la voz del navegador dijo “A su derecha está su destino” casi pudo sentir un alivio desbordar por todo el coche, especialmente por parte de Liam.

Giró para poder aparcar el coche dentro del aparcamiento. Le resultaba extremadamente atractivo cuando conducía, moviendo sus manos sobre el volante con habilidad. Aunque bueno, ese hombre se veía sexy haciendo cualquier cosa. Aparcó el coche en el primer lugar que vio, aunque también se aseguró de que estuviera lo más cerca de la puerta posible.

Con las maletas, se introdujeron en el ascensor, el cual los condujo directamente a la recepción del hotel. Liam avanzó un par de pasos para hacer el *check-in*. Fue más rápido de lo que esperaba. Le dio unas cuantas tarjetas, dos magnéticas y el resto eran de cartón -seguramente eran para el desayuno y la cena. Se giró hacia Diana y la abrazó por detrás.

La recepción era bastante amplia, a pesar de que abundaran los tonos oscuros como el negro y el marrón, no daba la sensación de que fuera un sitio sombrío, sino de ser un lugar caro y lujoso. Se podía ver en los cuatro sillones de cuero blanco que había frente a ellos o en las diversas esculturas que había repartidas en el lugar.

—¿Te gusta? —susurró.

—Sí, y también me da miedo romper algo —respondió divertida.

Ambos se dirigieron de nuevo al ascensor para dirigirse al piso que anteriormente el recepcionista le había indicado a Liam. Le extendió la tarjeta, la cual ella tomó casi al instante, una vez ya se encontraban por los pasillos.

—Haz los honores —Diana rió.

Cuando abrió la puerta, sintió que no había cerrado la puerta desde que bajaron del avión. La habitación era bastante grande, perfectamente estructurada y decorada. Lo primero que se veía era la gran cama blanca que te invitaba a abalanzarte sobre esta; y luego el resto de la decoración: un

cuadro moderno a la derecha de la cama, justo al lado de la ventana, la televisión de plasma justo en frente. Y tras dar dos pasos hacia el interior, atravesando el pasillo, se podía ver la puerta del baño, que estaba a la izquierda de la cama.

No se lo pensó mucho, tampoco le dio tiempo. Ya había saltado sobre la cama cuando quiso darse cuenta. Sintió cómo el colchón la abrazaba, se amoldaba a su cuerpo. Liam la miraba, apoyado en la pared, sonreía involuntariamente. Era lo que ella causaba en él. La veía feliz, y él no podía evitar sentirse feliz también.

Dejó los abrigos y el bolso de Diana en el pequeño diván que había frente al ventanal. No dudó en acompañarla, tumbándose a su izquierda. Clavó sus ojos en los de ella, irradiaba felicidad por todas partes.

—Gracias —susurró, palabras llenas de sinceridad.

Acarició sus dedos, Diana los entrelazó con los suyos antes de tomar su mano por completo. Se acercó a su rostro para depositar un casto beso sobre sus labios. Solo fue un beso, un simple roce, pero sintieron que era lo único que necesitaban, era más que suficiente para expresarse.

Y podrían quedarse en esa postura y en ese momento el resto del viaje sin problema porque ambos estaban en aquel lugar por el otro. Liam creía que el viaje era lo que ella necesitaba para olvidar sus problemas y ser feliz, aunque solo con estar con él, ella se olvidaba de todo. Y viceversa.

El sonido de las tripas de Diana les sacó del trance. Estaba completamente sonrojada, pero estaba muerta de hambre. Liam rió y se incorporó.

—Vamos a comer algo. Debes estar muerta de hambre —extendió la mano hacia ella—. Creo que si esperamos un rato más, acabarás comiéndome a mí.

—¿Quién ha dicho que no sea eso lo que quiero? —bromeó, poniéndose en pie junto a él y con su ayuda.

—Es que no es la manera en que quiero que me comas, la verdad —le siguió la broma.

Diana golpeó su brazo, soltando un casi inaudible “idiota” antes de pasar por su lado para coger su bolso y sus abrigos.

* * *

Comieron en un bar de la zona. Liam no tenía ganas de volver a coger el coche, y mucho menos si podía llegar al lugar andando. Por lo que la vuelta costó un poco más que la ida. Estaban llenos y de lo último que tenían ganas era de moverse. Aunque caminar también era lo mejor para la digestión, no podía quejarse tanto. Algo le sacó de sus continuas quejas mentales. Diana había entrelazado sus dedos con los de él, iban agarrados de la mano.

—¿Qué? —inquirió al cerciorarse de su mirada entre ella y sus manos.

—Nada —negó con la cabeza, apretando un poco más su mano.

Nada podía explicar la felicidad que sintió por todo su cuerpo cuando obtuvo tal respuesta de él. No verbalmente, obviamente. Aunque hay veces que el cuerpo expresa mejor lo que nosotros no sabemos expresar con palabras.

Capítulo 34

Diana volvió a tumbarse en la cama, boca abajo. Era lo único en lo que había pensado desde que pusieron un pie en el hotel. Estaba agotada y sin ganas de hacer el mínimo esfuerzo. Mientras tanto, Liam aprovechó para ir al baño. No tenía ni idea de qué hacer, pero desde luego tenía ganas de estar con ella, quizás ver una película o simplemente echarle un vistazo a los canales de la televisión. Aunque cuando salió, todos sus planes tuvieron que cancelarse.

Sus labios estaban sellados en una línea recta, sus ojos cerrados y su respiración era tranquila y monótona. Estaba dormida.

Suspiró y se rascó la nuca. No quería despertarla, parecía estar demasiado a gusto. Y también era bastante normal que se hubiera dormido. Ya le comentó que no había dormido mucho tras el asunto de Lorena y encima todo lo que había comido cuarenta minutos atrás.

Se paseó por la habitación y optó por estirarse en el diván. Temía que si se tumbaba junto a ella, pudiera ser un movimiento algo brusco y acabar despertándola. Se quedó mirando el techo mientras su cabeza no paraba de dar vueltas. ¿Debía decirle lo que tenía que decirle aquella noche o debería esperar a la última? Quería disfrutar el viaje con ella y sentía que si le confesaba sus sentimientos, y estos no eran correspondidos, al menos no fastidiaría nada. Aunque también pensaba que si no le contaba lo que sentía, él no iba a parar de darle vueltas al asunto. Si se lo decía la primera noche, tenía la posibilidad de que ella admitiera que se sentía igual y disfrutar del viaje como algo más que Sugar Baby/Sugar Daddy.

Tomó una bocanada de aire antes de volverse a poner en pie. Tomó su cartera y una de las llaves de la habitación. Se decidió por dejarle una pequeña nota a Diana, avisándole de que más tarde iba a volver. A continuación le dejó el papel en la mesilla de noche y cogió el abrigo antes de marcharse, abriendo la puerta con sumo cuidado, y cerrándola de igual forma.

Sabía que lo que iba a hacer era un tópico de lo más común. En la mayoría de las películas románticas, los chicos lo hacían. Pero estaba bastante seguro de que Diana no había traído ningún vestido, es más, ella se lo había comentado. No específicamente eso, sino que solo había metido en la maleta algunos vaqueros y varias camisetas.

Se paseó por varias tiendas hasta que finalmente entró en una en la que creyó ver el vestido que a Diana le gustaría llevar. Descolgó la percha para verlo mejor. Era un vestido granate de manga larga, ajustado a la cintura y con una falda de vuelo. Tenía un poco de escote por delante y varios detalles de encaje a los costados. Ni siquiera miró el precio, tampoco le importaba. Quería dar con un vestido que estuviera seguro que le iba a gustar, y lo había encontrado. Se fijó en la talla. En España no usaban el mismo estilo para medirlo, así que tuvo que buscar aún más en la etiqueta hasta dar con el que pertenecía a Reino Unido. Se había fijado un par de veces en la talla que usaba Diana, ya fuera porque él la hubiera acompañado a comprarse un par de cosas o porque él mismo la había desvestido en varias ocasiones.

Se dirigió a la caja. Podía sentir la mirada de la dependienta sobre él mientras pasaba la etiqueta por el detector. Le dedicó una pequeña sonrisa, enseñándole la tarjeta, queriendo decir que era con esta con la que iba a pagar. La pasó por el detector e introdujo el pin. La chica le extendió el ticket, no antes de escribir algo en este, y la bolsa, deseándole una buena tarde.

Cuando miró el ticket, por mera curiosidad por saber cuánto había costado, vio unos números

escritos en bolígrafo. Arrugó el papel y lo lanzó en la papelera más cercana. Había ido a comprar un vestido, ¿acaso no era aquello una señal de que estaba con una persona? Aunque también podía entender que fuera para su hija. Negó con la cabeza. No iba a darle demasiadas vueltas, tampoco era para tanto.

Volvió a ponerse camino al hotel. No había estado demasiado tiempo fuera, como mucho una hora. El recepcionista volvió a saludarle cuando le vió pasar por delante en dirección al ascensor. Liam hizo un gesto con la cabeza, saludándole también. Estaba nervioso, ¿le gustaría el vestido?

* * *

Cuando entró en la habitación, esperaba encontrarse a Diana durmiendo todavía, aunque no había ni rastro de ella. La cama estaba algo descolocada y arrugada. Oyó la cadena desde el otro lado de la pared y poco después salió ella, algo despeinada y todavía con cara de adormilada.

No hacía mucho que se había despertado y en cuanto lo hizo, se levantó de golpe al darse cuenta de que Liam no estaba en la habitación con ella. Tardó un poco en cerciorarse de la pequeña nota que había a su izquierda, no obstante, eso tampoco la tranquilizó bastante. No paraba de preguntarse adónde podría haber ido y esperaba que no fuera por mucho tiempo. Y, por cierto, su letra le encantaba. Era cuidada y recta.

—¿Qué tal, Bella Durmiente? —comentó divertido.

—Muy bien. ¿Adónde has ido? —no era una recriminación, más bien curiosidad— ¿Esa bolsa tiene algo que ver? —sonrió, señalando la bolsa de papel que Liam llevaba en la mano.

—Sí —extendió el brazo, acercándosela—. Había pensado en salir por ahí esta noche.

Diana sacó el vestido, quedándose maravillada unos segundos. Era precioso, y él había salido explícitamente para comprárselo. Se acercó para abrazarle y susurrarle un “gracias” al oído.

—No tenías por qué.

Diana se volvió a alejar y enseguida sintió cómo su cuerpo extrañaba el tacto de Liam. Sonrió ampliamente, dejando el vestido perfectamente estirado encima del diván para que no se arrugase.

—La cosa es que no he traído zapatos que peguen mucho —rió—. O bueno...

Pasó por su lado, dirigiéndose a su maleta. De esta, sacó unos botines negros de tacones que había traído por si acaso. A pesar de ser de tacón, eran bastante cómodos y fáciles de llevar.

—Problema resuelto —los dejó al lado del diván.

El resto de la tarde la pasaron tirados en la cama, viendo los diferentes canales que habían. Ella le miraba continuamente, estaba deseando apoyar su cabeza sobre su pecho y abrazarle, pero no estaba segura. Liam la había pillado varias veces y enseguida volvía a apartar los ojos con una sonrisa divertida dibujada en sus labios.

Diana se decidió y se inclinó hacia delante, apoyando su cabeza en su pecho. Escuchaba el latido de su corazón, estaba algo acelerado, aunque poco a poco fue retomando un ritmo normal. A Liam le tomó algo por sorpresa, pero le encantó. Acarició su cabello mientras la miraba. Casi podía sentirla sonreír sobre su pecho.

Capítulo 35

Diana agradeció haber llevado medias. No tenía pensado llevar falda ni nada, pero cuando hacía mucho frío siempre se las ponía bajo los pantalones. Odiaba llevarlas, eran incómodas y se rompían en nada, pero no podía ir por la calle con la pierna al aire. Se congelaría. Al otro lado estaba Liam, quien se vistió con bastante rapidez y no paraba de lanzarle miradas divertidas mientras veía cómo se peleaba con aquella prenda.

—Es muy fácil reírse cuando no tienes que llevarlas tú —recriminó mientras se ponía el vestido.

Él se acercó a ella, pasando por su lado para colocarse a su espalda. Diana recogió su cabello con una mano para que Liam pudiera subirle la cremallera. Le dio un pequeño beso en la nuca que hizo que diera un respingo. Se giró hacia él, ladeando la cabeza y clavando sus ojos verdes en los suyos azules. La agarró de la barbilla, inclinándose hacia delante para darle un pequeño beso en los labios.

Diana se volvió a alejar para poderse poner los botines. Enseguida se sintió un poco más alta, aunque la diferencia de altura entre ambos seguía siendo algo evidente.

—Señorita, ¿me acompaña? —la invitó, ofreciéndole su brazo para que Diana lo tomara.

—Será un placer —rió, colocando su mano en el antebrazo.

Tomaron los abrigos, las llaves y el bolso de Diana, y salieron de la habitación. Del ascensor salieron directamente al aparcamiento del hotel, y de ahí al coche.

—¿Qué tenías pensado hacer? —inquirió mientras le miraba.

—Ir a cenar a un buen restaurante, lo que vaya surgiendo, y hablar —dijo, aunque lo último lo dijo bastante serio.

Diana tragó saliva, intentando sonreír, aunque sin suerte. ¿Qué quería decir con hablar? ¿Y por qué lo había dicho con ese tono y aquella expresión en la cara? Un miedo la inundó ante la posibilidad de que se hubiera podido cansar de ella y que el vestido solo hubiera sido una manera de conseguir que no se sintiera tan mal. Liam le dirigió una corta mirada y no pudo evitar pensar que quizás ella pudiera ver venir lo que él quería decir. Era una chica extremadamente amable y agradable, y acabaría pasando por un mal trago si él la ponía en aquella encrucijada, simplemente porque ella odiaría herir los sentimientos de cualquiera.

Cenaron tranquilos. Bromearon un par de veces y hablaron con tranquilidad de temas muy generales. Liam había intentado iniciar la conversación que tanto había preparado, pero Diana continuamente cambiaba de tema. Estaba aterrada ante la posibilidad de que todo aquello acabara. Era lo malo de hacerse ilusiones, siempre acababa dándose de bruces contra el suelo.

La llevó a dar una vuelta por la ciudad, quería hablar con ella con tranquilidad. No sabía cómo empezar, estaba bloqueado.

—Sé que me quieres decir algo —comenzó ella—. Llevo toda la noche intentando esquivar el tema, aunque cuanto antes lo afrontemos mejor —se encogió de hombros—. Si quieres acabar con esto, me parece bien, yo...

—¿Acabar con esto? —se detuvo en seco— ¿Por eso llevas así toda la noche?

—Hombre, has dicho que querías hablar y estabas tan serio.

Liam sonrió. Si necesitaba un empujón para decir todo lo que tenía que decir, ahí estaba. Ella

se lo estaba dejando en bandeja.

—No es fácil para mí, ¿sabes? —ella le miró con atención— Tenía todo un discurso planeado, pero se me ha olvidado todo. Así que supongo que iremos sobre la marcha. Hay algo en ti... —negó con la cabeza— Todo en ti... —bufó— No paró de pensar en ti —la miró a los ojos—. De hecho, llevo así ya demasiado tiempo. Me encanta besarte, mirarte, estar contigo en general. Nunca me había sentido así con alguien y si te soy sincero no sé si estoy enamorado. De lo único que estoy seguro es que el que aparecieras en mi vida es lo mejor que me ha pasado; haces que todo merezca la pena...

Diana se acercó a él, colocando sus manos en su cuello para besarle. Había captado el mensaje y sabía que a Liam le había costado demasiado decir todo aquello. Así todo era más fácil.

—Me tenías acojonada —dijo divertida—. Yo me siento exactamente igual —le acarició la mejilla—. Cuando has dicho lo de hablar, casi me da algo. Creía que querías acabar con esto porque te habías cansado de mí. Qué imbécil soy.

Liam volvió a besarla, uniendo sus labios lentamente. Encajaban a la perfección y se movían al compás. Juntaron sus frentes mientras sus alientos se mezclaban.

—Ahora ya no fingiremos ser una pareja —susurró Diana.

—No, ahora ya lo somos de verdad.

Sí, Diana estaba a punto de estallar de emoción y felicidad, aunque Liam no se quedaba atrás. Al final tantos nervios y malestar, por nada. Estaban tan cegados por la idea de ser rechazados o de que algo saliera mal, que no fueron capaces de darse cuenta que el otro se sentía exactamente de la misma forma.

El contraste entre el viaje de vuelta con el de ida era enorme. No paraban de lanzarse miradas cómplices y de acariciar sus manos continuamente.

Mientras estaban en el ascensor, no pudieron evitar besarse, aunque aquel beso fue subiendo de tono. Cada vez más apasionado, más rápido. Parecían estar deseando comerse el uno al otro. Diana le pegó a la pared mientras dejaba que su lengua jugara con la suya. Les interrumpieron las puertas del ascensor abriéndose.

Liam agarró su mano, entrelazando sus dedos, dirigiéndose a la habitación. Lo del ascensor había sido algo automático, como si hubieran tenido ganas de aquello desde hacía mucho tiempo atrás. Y era cierto.

Una vez la puerta ya estaba abierta, Liam atacó sus labios y ella no tardó en responderle de la misma manera. Cerró la puerta tras ellos y la empujó hacia esta. Diana jadeó ante el pequeño impacto, pero no tardó en volver a atacar sus labios. Parecía que querían arrancarse la ropa por la manera en que se deshicieron de los abrigos. Liam se quitó los zapatos con un puntapié mientras planeaba en atacar su delicado cuello. No tardó ni un segundo en dedicarse a morder y chupar mientras bajaba la cremallera de su vestido. Las manos de Diana se deslizaron con habilidad por su cuerpo, dispuesta a deshacerse de la camisa lo más rápido posible. Deslizó sus delgados dedos por su pecho y su abdomen, Liam sentía que aquellas caricias le estaban quemando, necesitaba más, muchísimo más.

Mientras pasaba sus labios por su cuello y su mandíbula, sus manos, al igual que las de ella, jugaron por su cuerpo. Bajaron por su espalda hasta llegar a su trasero, el cual agarró con la intención de acercarla más a él. Ella respondió con un gemido, le necesitaba. Sentía que lo necesitaba más de lo que lo había hecho nunca antes.

Sintió los dedos pasar por la piel desnuda de su espalda, mandando escalofríos por todo su cuerpo. La prenda cayó a sus pies. Se vio expuesta ante él, su potente mirada azul la examinaba

desde arriba. Liam la tomó de la cintura, volviendo a pegarla a él. Rozó sus labios, estaba deseando volver a besarla hasta saciarse.

Estaban tan perdidos en el placer y el deseo, que no fueron conscientes exactamente de qué había sucedido con el resto de prendas y en qué momento se habían deshecho de ellas.

Diana le esperaba tumbada en la cama, podía deducir simplemente por su rostro y su cuerpo las ganas que tenía de que él la acompañara. Se deslizó entre sus piernas tras haberse puesto la goma. Depositó un dulce beso sobre sus labios antes de arremeter contra ella. Dos, tres, cuatro... Se sentía perdida en él y él se sentía perdido en ella. Todo había desaparecido a su alrededor, solo estaban ellos dos.

Al contrario de lo que parecía que iba a ser, lejos de ser salvaje, tal y como comenzó, se volvió lento y apasionado. Ambos querían saborear el momento lo máximo que pudieran.

Capítulo 36

Diana se despertó un poco antes. Giró sobre su cuerpo para encontrarlo durmiendo boca abajo, con la cabeza ladeada hacia la pared. No podía creerse que lo sucedido la noche anterior hubiera ocurrido de verdad. Tenía miedo de que solo hubiera sido un sueño y se despertara.

Le oyó gruñir y moverse, estirándose un poco antes de girarse hacia ella. Sonrió al verla, y aún más cuando su mejilla entró en contacto directo con su mano.

—Estás preciosa por las mañanas —susurró, con la voz todavía algo ronca.

Sintió sus mejillas arder tras aquello. Se inclinó para besarle, moviendo sus labios con suavidad sobre los suyos.

Estuvieron un rato de aquella forma hasta que se cercioraron de la hora que era y que seguramente acabarían perdiendo el desayuno. Iba por horarios y si bajaban demasiado tarde, probablemente no les dejaran entrar en el restaurante. Eran las diez y cuarto de la mañana. Tenían cuarenta y cinco minutos. Se vistieron bastante rápido y pensaron que ya se ducharían después de desayunar.

El restaurante era precioso también, decorado con los mismos tonos que la recepción. La mayoría de las mesas estaban ocupadas y podía olerse la comida desde lejos. Al parecer, tenían dos opciones. Bien fuera pedir por carta o servirse ellos mismos en el buffet. Lo tuvieron claro.

Cogieron un poco de todo y lo dejaron sobre la redonda mesa de madera, colocado en medio para poder compartirlo. Mientras él iba a buscar los cafés, ella fue a por los zumos.

Al acabar, creyeron que iban a estar. Desde luego iban a salir de ese país con diez kilos de más.

Tenían pensado que ella se duchara antes que él, aunque Diana le propuso algo que Liam no podía dejar pasar. Bromeó diciendo que era por el medio ambiente y que gastarían agua a lo tonto si se duchaban por separado.

Liam le comentó que se vistiera con la ropa más cómoda que tuviera, que tenía una sorpresa preparada para ella y que cuanto antes salieran mejor. No sabía qué esperarse, pero le hizo caso. De hecho, se vistió bastante rápido. Quería que lo que fuera que tenía preparado, se lo enseñara ya. Volvió a ponerse lo que se había puesto para bajar a desayunar, él hizo lo mismo, aunque se cambió los zapatos, se puso unas zapatillas.

Volvieron a salir de la habitación poco después, aunque esta vez con los abrigos y Diana llevaba colgado de su hombro su bolso.



El camino en el coche era largo, pero no les pareció pesado para nada. El tiempo se les pasó volando entre bromas y canciones que se escuchaban en la radio. Aunque de vez en cuando la conexión fallaba y la música se escuchaba entrecortada o directamente no se escuchaba. Quizás fuera porque se estaban alejando de la ciudad y la autopista parecía estar rodeada por pequeñas montañas.

—¿Un parque de atracciones? —inquirió divertida— ¿Esta es la gran sorpresa?

Liam no sabía cómo pillarla, quizás debería haber optado por otra opción, quizás aquello era

demasiado infantil. Sus labios colisionando contra los suyos le sacaron del bucle mental en el que había entrado.

—¡Es genial! —sonrió ampliamente, estaba emocionada.

La cola que había para sacar las entradas era impresionante y larguísima, Diana sintió pereza y cansancio solo con verla. Liam tiró de ella con la mano, dirigiéndose a una de las máquinas. Sacó su móvil y lo acercó a un lector. Ya las había comprado por Internet.

Más adelante había otro control donde tenían que volver a enseñar las entradas que había imprimido la máquina ya. Estaba todo perfectamente adornado, era tan navideño. Desde arriba podía ver las máquinas que soltaban una especie de espuma para simular nieve. Había muchísimos muñecos de renos, Papá Noel... Y la música navideña era lo único que se escuchaba, además de algunos gritos de emoción o la gente hablando en un volumen bastante alto.

La mayoría de las atracciones estaban abiertas, menos las acuáticas. Bueno, de las cuatro, solo había una abierta. Entendieron que si estaba abierta, sería porque no acabarían mojados, o solo mínimamente. La pospusieron para después de comer.

Primero dieron una vuelta por todo el parque y luego se fueron montando en todas las atracciones siguiendo un orden. Fue sorprendente la poca gente que había, se esperaban colas de horas, pero como mucho esperaron quince o veinte minutos por atracción. Mientras ella estaba emocionada al montarse en la primera montaña rusa, él estaba algo asustado y nervioso. Diana lo notó en cuanto tomaron asiento en uno de los vagones y no dudó en intentar tranquilizarle.

Le causó mucha gracia que Liam comprara la mayoría de las fotos de las atracciones. En la gran mayoría ambos salían riéndose, gritando o haciendo alguna mueca graciosa. Ella las fue guardando en su bolso.

Se detuvieron a comer en un restaurante donde hacían hamburguesas y bocadillos. En la gran mayoría de los locales o puestos los vendían. La diferencia estaba en el lugar en general. Aquel tenía mesas y sillas que parecían cómodas, estaba bastante resguardado por un porche -por lo que no notarían tanto el frío-, y tampoco estaba abarrotado de gente como el resto. Se podían escuchar los constantes gritos de euforia y diversión, debido a la atracción que había a su derecha.

—Me esperaba que te acojonaras más —rió, refiriéndose a las montañas.

—Bueno —la miró divertido—, gracias por esperar que me fuera a mear encima o que me pusiera histérico. Lo valoro mucho.

Diana se carcajeó tras lo que había dicho, aunque se rió aún más cuando se imaginó aquella escena.

Descansaron un poco para reposar la comida, aunque no tardaron nada en volver a tirar de él hacia otra atracción. Era el turno de la de agua. Liam seguía sin estar completamente convencido, pero la veía con tantas ganas que no pudo decirle que no.

Compartieron la gran rueda con otras cuatro personas -que al parecer iban en un grupo más grande, pero los tuvieron que dividir porque no cabían todos en una.

Solo al ver los asientos Liam supo el gran error que habían cometido al montarse. Estaban empapados y la gran mayoría de personas llevaba chubasqueros. Aunque el gran error estuvo más que confirmado cuando la rueda comenzó a chocar contra las olas y las paredes, empapándolos a casi todos. Y encima, por si fuera poco, desde arriba había personas disparando agua también. Recordaba que cuando pasaron por delante se preguntaba para qué eran. Ya lo sabía y no podía haber encontrado peor manera de comprobarlo.

Volvieron a cruzar el arco que daba entrada a la atracción, con la diferencia de que ahora estaban saliendo y completamente empapados. Diana le miraba continuamente, a punto de reírse.

Estaban empapados y hacía frío. Montarse en aquel lugar era probablemente la peor decisión que podría haber tomado.

Por suerte había unas grandes máquinas en las que se pudieron secar. Aunque, cómo no, pagando.

—En estos sitios tienes que pagar hasta por respirar —se quejó Diana.

Liam rió divertido al ver la expresión de indignación en su rostro. Aunque no dudó en sacar su cartera para introducir las monedas. Diana se quitó el abrigo y él pudo verla tiritar hasta que la máquina se puso en marcha. Cerró los ojos al sentir el aire caliente contra su cuerpo. También puso el abrigo contra los ventiladores para secarlo aunque fuera un poco. Liam hizo lo mismo que ella, por suerte consiguieron secarse bastante, aunque tuvieron que estar bastante rato.

Tras aquello, se montaron en un par de atracciones más y fueron a un par de espectáculos.

Se quedaron hasta el cierre del parque, querían ver la cabalgata que tanto habían estado anunciando todo el tiempo que estuvieron allí. Tampoco fue para tanto. La música era repetitiva, parecía un disco rayado y era chirriante. Pero la cabalgata estaba bien, la gente bailaba y esperaba a que Papá Noel hiciera su gran aparición.

Una gran avalancha de gente se dirigió a la salida una vez la cabalgata finiquitó, y avisaron del cierre. Todo el mundo empujaba o se detenía en medio del camino, parecía que lo hacían a propósito.

Por fin consiguieron salir y dirigirse al coche. Tenían unas ganas tremendas de volver al hotel, darse un baño caliente y cenar, aunque todavía les quedaba un camino bastante largo.

Capítulo 37

Planificaron un poco mejor el viaje. Dividieron los días para hacer diferentes actividades. Un día se dedicarían a ir a museos, otros dos a ver monumentos y edificios importantes, dedicarían un día al zoo y otro al acuario, el penúltimo día pasearían por Las Ramblas -y lo que les quedara por ver por el centro- celebrarían año nuevo y el último día volverían al aeropuerto porque no les daba tiempo a nada más. No celebraron el día de Navidad como tal, no lo vieron extremadamente importante. Con el viaje era más que suficiente, y ambos creían haber obtenido el mejor de los regalos dos noches atrás.

El día en los museos resultó ser más agotador de lo que esperaban, iban de un lado a otro continuamente. Y se hacía bastante pesado. Fueron a dos museos de arte y a un museo de historia. Echaron la mañana y casi media tarde en aquellos lugares.

—¿Debería hacerte un retrato a ti? —dijo divertido, al leer que el pintor había dibujado a su enamorada desnuda.

—Arte abstracto —dijo, burlándose de lo mal que dibujaba él—, no es lo mío.

Aquel día no hicieron mucho más, tras dar vueltas por los museos, volvieron al hotel. Volvieron a acabar de la misma forma que dos días atrás y, con sinceridad, no les molestaba que el resto del viaje fuera de aquella forma. Más allá de lo que era hacerlo y el placer, era más por la intimidad que compartían y la unión que aquello significaba.



Los dos próximos días, apenas cogieron el coche, fueron a pie a todos los lados. Era la mejor manera de verlo todo a la perfección. Vieron la Casa Batlló, La Pedrera y la Sagrada Familia, pasaron por el Park Güell y por Montjuic. Acabaron el recorrido en un campo de fútbol. Diana le miró con una ceja alzada sin poder creerse que la hubiera llevado allí.

El interior era algo oscuro, quizás fuera para que las copas y los trofeos brillaran más bajo las luces de los focos. Había bastante gente dando vueltas, sobre todo niños, y la gran mayoría llevaban puesta la camiseta del equipo.

Cogió su móvil y le hizo una foto a Liam mientras miraba hacia los asientos de su derecha, aunque se aseguró de que también salieran todos los asientos del fondo y las grandes letras blancas, que no tenía ni idea de qué significaban. Vio cómo había quedado, perfecta. No podía ser que ese hombre fuera tan perfecto, incluso su perfil era bonito.

No se cercioró de la decoración navideña de la ciudad hasta que no cayó la noche. Las luces eran resplandecientes, con diferentes formas. Era precioso. Recordó lo mucho que le gustaba aquella época, especialmente por eso.

También pensó que por aquella época en Londres estaría en el Winter Wonderland o paseando por los diferentes mercadillos, aunque no cambiaba aquel momento por nada.



Los dos siguientes días fueron al zoo y al acuario. Fueron sobre las once de la mañana a cada

lugar, aunque en el zoo parecía que los animales seguían dormidos. Comieron allí también, les habría convenido más comer en cualquier otro sitio. Por dos hamburguesas, una cerveza y una gaseosa, casi les pedían un riñón.

Diana disfrutó más estando en el acuario y Liam pudo verlo. Se tomaba su tiempo en cada pecera, leyendo la información, intentando encontrar a todos y cada uno de los animales que supuestamente estaban allí. Se tomaron varias fotos juntos, al igual que habían hecho los días anteriores.

* * *

Desgraciadamente, acabó llegando el penúltimo día. Se vistieron con lo más sencillo que encontraron y volvieron a salir para dar una vuelta por las Ramblas. Diana vio a lo lejos a un pintor haciendo caricaturas, tiempo le faltó para tirar de Liam hasta el lugar. Tuvieron que estar bastante rato completamente quietos, ella sentada sobre su regazo. Les dolían las mejillas de sonreír.

Diana sacó su cartera y le dio lo que debía, adelantándose a Liam con rapidez. Se rieron al ver el resultado, era horrible, aunque era lo que querían.

—Expectativa —dijo Diana, señalándole la cara—, realidad —alzó la caricatura, colocándola al lado de su rostro.

—Me quedo con la caricatura, definitivamente —bromeó—. Mucho más guapa —Diana golpeó su pecho.

El resto del día fue bastante tranquilo. Comenzaron a ducharse y vestirse para bajar al comedor, donde iban a celebrar año nuevo. Mientras él hablaba por teléfono, tras haberse duchado, le tocó a ella.

Salió del baño ya peinada y con el vestido que Liam le compró el primer día. Él seguía concentrado en la conversación. No podía creerse que no le hubieran molestado durante todo el viaje y que justo el día de año nuevo le tuvieran más de una hora al teléfono, cuando su padre estaba allí y Steffan estaba al cargo mientras él estaba fuera.

Giró sobre sus pies, estaba estresado. Pero la vió. Toda esa frustración y estrés desaparecieron casi al instante cuando ella le sonrió. Colgó la llamada tras decirle que ya lo hablarían mejor al día siguiente, sin quitar la mirada de Diana.

La noche transcurrió bastante tranquila. El comedor no había cambiado mucho la decoración, como mucho las mesas -eran grandes y redondas, seguramente para seis u ocho personas-, compartieron mesa con una familia y una pareja. Entablaron cortas conversaciones con ellos, no les conocían de nada.

Diana se mordió el labio al ver a los niños de cinco y siete años, y cómo Liam jugaba y bromeaba con ellos. Se giró hacia ella al sentir su mirada sobre él, le dedicó una sonrisa ladeada antes de inclinarse para darle un pequeño beso sobre los labios.

Tras la cena, los camareros se dedicaron a repartir las bolsas del cotillón, copas, una botella de cava y unas bolsitas con uvas dentro. Diana las miró extrañada, ¿y aquello para qué era?

La señora frente a ella les explicó que se tomaban una uva por cada campanada, que había doce y que no tomárselas daba mala suerte durante todo el año.

—La buena suerte será que me pueda comer las doce en doce segundos sin ahogarme.

Liam soltó una pequeña risa al oírla. Aunque no iba mal desencaminada. Cuando se las tomaron, además de sentir varias arcadas, casi no podían ni respirar.

—Y encima eran enormes. Hijos de puta —murmuró Liam tras tragárselas, ayudándose de un trago de cava.

Hicieron una pequeña fiesta con música de todos los tipos, aunque al principio iba más dirigida a los niños. A medida que iba avanzando la noche, la música iba cambiando. Era más música electrónica y pop, fácil de bailar. Y ella no desperdició la oportunidad de sacar a Liam a bailar. Ambos iban con un par de copas de más, por lo que, aparte de no saberse las canciones, no había nada que les impidiera bailar haciendo el ridículo.

Bailaron un par de canciones lentas antes de decidirse por volver a la habitación. Al día siguiente debían tomar un avión de vuelta a la realidad. Diana seguía a Liam con dificultad, iba haciendo esos constantemente, ella había bebido un poco más que él. Al menos podría decirse que él seguía bastante consciente de todo. Se tropezó con la moqueta, cayendo casi de cara contra el suelo. Liam se giró al escuchar el ruido y la encontró en el suelo, riéndose.

—Vamos, borracha —la tomó en brazos.

La ayudó a quitarse los zapatos, el vestido y las medias, y le puso el pijama. Liam también se puso el pijama y se tumbó junto a ella. Diana le miraba con los ojos entrecerrados, estaba intentando verle con claridad, pero seguía viéndole borroso e incluso doble. Iba a decir algo, pero Liam la interrumpió con un pequeño beso en la frente.

—Duérmete. Mañana va a ser un largo día.

No había bebido tanto, pero ahí estaba, como una cuba, dándole la espalda y seguramente ya dormida. Sonrió para sí mismo y dio media vuelta para dormir él también.

Capítulo 38

Diana estaba resacosa, le molestaba cualquier rastro de luz y cualquier tipo de sonido, por muy pequeño que fuera, le dolía todo el cuerpo -en especial, las rodillas y el torso. Frunció el ceño y se destapó, encontrándose un pequeño moretón en la rodilla derecha. Liam salió del baño, con una toalla atada a su cadera mientras con otra más pequeña se secaba el pelo. La encontró con el ceño ligeramente fruncido.

—Te caíste antes de llegar a la habitación —comentó mientras se ponía los boxers—. Ibas bastante... —chistó, pensando la palabra adecuada— contenta.

—Me duele todo —se quejó, volviendo a echar su cuerpo atrás y cubriendo su rostro con la almohada.

Liam acabó de ponerse los vaqueros para posicionarse a su lado. Solo la había visto de mal humor un par de veces, y siempre era debido a la universidad y los profesores. Le resultaba divertido verla con resaca.

—Nos tenemos que ir. Tenemos que dejar la habitación, tengo que devolver el coche y nuestro vuelo sale a la una.

—¿Por qué coño escogiste esos horarios? —inquirió malhumorada, su voz sonaba amortiguada debido a la almohada.

—Costumbre —se encogió de hombros—. Comeremos antes de volar, o en el avión, si lo prefieres.

—Ese no es el problema —al fin le miró—. Como huela la comida, acabaré vomitando por todo. Y lo último que quiero es verme en Youtube como el “aspersor humano” a no sé cuántos pies de altura.

—No haber bebido —se volvió a levantar para ponerse una camiseta blanca de manga larga.

—No bebí tanto —alzó la voz, arrepintiéndose enseguida al sentir una punzada en su sien.

—Vete a dar una ducha. Quizás te sienta bien —la tomó de la mano, consiguiendo que se sentara—. Tenemos que bajar a desayunar.

Diana avanzó arrastrando los pies por el suelo. Sentía que su cuerpo pesaba más de lo normal, no tenía ganas de nada más que de dormir.

Liam la esperó fuera, ya estaba completamente vestido y listo, solo le faltaba ella. Comprobó varias veces que no se dejaran nada. Se había despertado algo antes para colocarlo todo y, una vez hubieran desayunado, hacer el *check-out* e irse. Le sorprendió que ella no se enterara de nada, había hecho algo de ruido. Como respuesta, solo había conseguido algún gruñido o bufido por parte de ella, lo cual le alivió bastante.

Cuando entraron en el comedor, Diana creyó que iba a vomitar. El olor inundó sus fosas nasales y ella en lo único en lo que pensaba era en taponar los agujeros de su nariz con servilletas para evitar que aquello pudiera tener una reacción nada agradable para los presentes, y mucho menos para ella. De todas formas, Liam la convenció de que se tomara un café, por lo menos. No quería que estuviera todo el día con el estómago vacío.

El recepcionista se despidió de ellos, acompañándose de la típica frase “Espero que hayan disfrutado la estancia y poder verles por aquí pronto, de nuevo”.

El camino hacia el aeropuerto fue en silencio. Diana estaba recostada en la ventana con los

ojos cerrados. Agradeció que aquel día fuera nublado, no creía poder aguantar la luz del sol directamente sobre su piel. Acabaría demasiado irritada.

* * *

Diana odió profundamente las dos horas y media que estuvieron en el aeropuerto. La gente a su alrededor no dejaba de hablar, o más bien de gritar. Liam la miraba de reojo, fulminaba con la mirada todo el mundo mientras se acariciaba la sien. Se había tomado un ibuprofeno, aunque sabía que aquello no se iba a pasar con solo tomarse un antiinflamatorio. Ella solo podía pensar en las ganas que tenía de que todas aquellas personas se quedaran sin voz, aunque ella tuviera que arrancarle las cuerdas vocales por sí misma. Solo quería silencio y tranquilidad.

—¿Vas a matar a alguien? —susurró Liam divertido.

—A todos y cada uno de ellos —respondió, sin apartar la mirada—. Me voy a ir de aquí a lo grande.

Él le dio un pequeño beso en la frente que pareció sacarla de aquel trance psicótico en el que había entrado. Ladeó el rostro hacia su novio, intentando sonreír. Liam comenzó a acariciar su cuello y su cabello, en especial detrás de su oreja. Como respuesta, ella pareció relajarse tras apoyar la cabeza sobre su hombro.

Por un tiempo dejó de oír a la gente de su alrededor, solo podía concentrarse en las caricias de Liam sobre su cabeza, acompañadas de los tranquilizantes latidos de su corazón y su respiración.

—No te duermas, ya en nada tenemos que embarcar —le recordó, obteniendo un gemido en forma de queja—. Duerme en el avión.

Diana volvió a incorporarse, pellizcándose el puente de la nariz.

Intentó dormir durante todo el vuelo, aunque le fue imposible. Aquella posición era incómoda, por muy comfortable que fuera el pecho o el hombro de Liam. A su lado, él simplemente se limitaba a mirar por la ventanilla. Estaba concentrado.

—Ahora que estamos juntos, supongo que no hace falta que me sigas pagando las cosas —murmuró, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Cómo? —se giró para mirarla.

—No me siento bien con eso —confesó—. No es lo mismo a que sea un contrato —esta última palabra la dijo en un tono de voz sumamente bajo por las personas que pudieran escucharles— a esto. Eres mi novio, no mi cajero automático.

—Novio —repitió, saboreando las palabras—. Qué bien suena —Diana le dio un pequeño golpe en el brazo—. A mí no me molesta hacerlo.

—Pero a mí sí —replicó—. Siento que me estoy aprovechando de ti.

—¿Y no te sentías así hace unas semanas? —alzó una ceja.

—Sí, desde el principio. Aunque no había lazos, solo quedábamos y luego nos acostábamos, pero sin ataduras, sin compromiso. Antes era como un trabajo, y cuando nos acostábamos era como estar acostándome con mi jefe.

—Bonita comparación.

—Ahora parezco la típica aprovechada y mantenida que le saca hasta las higadillas a su novio —bufó.

—Has puesto el ejemplo del jefe, ¿no? —se giró hacia ella, a lo cual asintió— Si empezaras a tener una relación amorosa con tu jefe, ¿dejarías el trabajo? —ella lo meditó durante unos segundos— Dejarías tu puesto de trabajo solo porque eres su novia.

—Es complicado —respondió con hastío—. Mi relación con mi jefe no tendría nada que ver con mi rendimiento en la empresa. Seguiría haciendo mi trabajo como siempre, mi relación no tendría que interferir en eso.

—Ahí lo tienes —golpeó juguetonamente su muslo—. Vas a seguir haciéndome compañía en las cenas y acompañándome a eventos, seguirás haciendo tu trabajo.

—Liam, no me jodas —clavó sus ojos en él, a lo que Liam suspiró.

—Mira, un acuerdo para que los dos salgamos ganando: yo me encargo de todas las facturas los meses que tú estudies y los meses de verano, te encargas tú, si tienes trabajo. ¿Trato? —extendió su mano para que ella la estrechara.

—Supongo —se encogió de hombros—. Trato —estrechó su mano.

Capítulo 39

Los primeros días tras el viaje no hizo nada fuera de lo habitual. Se limitó a estudiar para los exámenes que se aproximaban y a limpiar su casa bastante a fondo, ya que había estado más de una semana fuera sin hacer nada. Le sorprendió la cantidad de polvo que se había acumulado sólo en cuestión de días. El sonido del timbre interrumpió lo que estaba haciendo. Refunfuñando, se levantó del suelo y se dirigió a la puerta para abrirla. No esperaba a nadie, aunque quizás fuera Liam. No se habían visto mucho tras la vuelta, ya que había estado ocupado en reuniones y negociaciones.

Cuando abrió, se encontró a Lorena con una amplia sonrisa. Se abalanzó sobre sus brazos mientras repetía continuamente lo mucho que la había echado de menos. Diana le devolvió el abrazo y le dejó saber que el sentimiento era mutuo con una amplia sonrisa.

—¿Te has ido a la mina a picar? —Diana la miró extrañada, Lorena le señaló las mejillas y la nariz.

Diana se apartó de ella y se miró en el espejo que había colgado sobre la mesita de las llaves. Tenía manchas negras por casi toda la cara. Se miró las manos, encontrándolas igual. Puso los ojos en blanco y se limpió con la parte inferior de la camiseta.

Lorena pasó y tomó rápidamente asiento en el sofá.

—He estado haciendo limpieza —murmuró, intentando recordar dónde habría podido meter las manos para acabar de aquella forma.

También se fijó que el acento de su amiga era un poco más exagerado. Pronunciaba las palabras de forma distinta y con un tono de voz algo diferente. Enseguida recordó que ella también había estado en España, por lo que todo le cuadraba bastante.

—¿Qué tal volver a casa? —inquirió, sentándose a su lado.

—Genial —sonrió ampliamente—. No creía que los echara a todos tanto de menos, incluso a mi hermano, pero —se encogió de hombros, dejando la frase inacabada—. Aunque también te he echado muchísimo de menos a ti. Por cierto, ¿te gustó España? ¿Qué hicisteis?

—Estuvo bastante bien —reconoció—. Nos lo pasamos de maravilla. Fuimos a museos, paseamos por la ciudad, fuimos a un parque de atracciones...

—Eso no es todo —intuyó Lorena.

—No —negó con diversión—. Estamos juntos, de manera oficial.

Lorena la miró atenta. Por un segundo, Diana pensó que a su amiga no le gustaba la idea y que la iba a recriminar por aquello. Pero su contagiosa risa y un pequeño grito lo cambiaron todo.

—¡Lo sabía! Eres de lo peor, ¿cómo no me lo has contado antes?

—Estabas con tu familia —rió.

—Me alegro tanto por ti —la abrazó con fuerza, se alegraba genuinamente de ver a su amiga finalmente feliz.

Estuvieron un tiempo hablando de aquel asunto. Lorena quería saber cada detalle y Diana así lo hizo, se lo contó todo.

—¿Y qué tal con Josh? —cambió de tema la castaña.

—Bien, supongo —se encogió de hombros, su rostro cambió a serio—. No he hablado con él mucho, pero parece que las cosas se han calmado un poco.

—Eso es genial —le acarició el brazo.

* * *

Liam estaba sentado en el gran sillón de su despacho mientras su padre se movía hacia la ventana y volvía al escritorio. Estaba enfadado.

—¿Cómo se te ocurre desaparecer de esta manera? —le recriminó.

—Solo me he cogido una semana de vacaciones —se encogió de hombros—. Creo que me lo merezco. Llevo años trabajando sin parar, todo el día conectado al teléfono y encerrado entre estas cuatro paredes.

—¡Es tu obligación! —exclamó su padre, golpeando el escritorio con el puño cerrado— Casi perdemos uno de los tratos más importantes porque tú “necesitabas aire fresco” —repitió con burla lo que Liam le había dicho minutos atrás.

—Que Harry no tenga ni puta idea de hacer su trabajo no es mi problema —ahora él era el que estaba alzando la voz—. No le pagamos para que se tire el día sentado, ligando con Caroline.

—Y a ti no te pago para que te vayas, y encima sin avisar —replicó, mirándole fijamente a los ojos—. Liam, por el amor de Dios, yo no voy a estar siempre. Me voy a jubilar en unos años y tú te vas a quedar al cargo de todo esto. Tienes una responsabilidad.

—¿Habrías dejado que me fuera si te hubiera avisado? —se puso en pie, quedando a la misma altura que su padre.

—No, pero porque tienes que quedarte aquí.

El hombre mayor suspiró, mientras rascaba su barba. Había notado aquel cambio en su hijo desde hacía varios meses atrás, pero creyó que era algo pasajero y que volvería a la normalidad antes de poderse dar cuenta. Aunque tras las continuas quejas por parte de Kristen -tras los numerosos intentos por volver con él- y las diversas llamadas por parte de socios que no podían dar con Liam, supo que se equivocaba.

—Quiero conocerla —dijo finalmente.

La mirada de Liam había pasado de retarle a mostrar una preocupación más que obvia. Titubeó varios segundos, intentando pensar alguna manera de persuadirle, pero la voz de su padre volvió a interrumpirle.

—Quiero saber quién es la que hace que tengas la cabeza en las nubes. A ver si merece tanto la pena —dijo con rudeza.

Liam quería enfrentarse a él, decirle finalmente que eso era algo que él tenía que decidir y valorar, pero su padre salió del despacho antes de darle tiempo a incluso abrir la boca. Tampoco podía engañarse a sí mismo, por mucho que se hubiera quedado no habría sido capaz de decirle nada.

Se quedó varios segundos mirando a la nada antes de por fin decidirse a llamarla. Miró el teléfono confundido cuando escuchó una voz que no era la de ella, aunque le resultaba familiar.

—¡Diana, tu padre! —exclamó la chica con diversión.

Ella miró confundida a Lorena cuando la oyó decir aquello, aunque al ver su expresión pudo intuir quién era. Se había pasado toda la mañana bromeando con aquello. Liam pudo escuchar a ambas a hablar y reírse, desde la otra línea, para a continuación escuchar varios ruidos al pasarse el teléfono de una mano a otra, y al final escuchó su voz desde la otra línea.

—Perdónala, es imbécil —sonrió casi instantáneamente al escucharla.

—Tranquila —le restó importancia—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien —suspiró—. ¿Tienes planes para comer?

—Sí, Lorena y yo íbamos a comer fuera. Puedes venirte, si quieres. No creo que a ella le importe.

—¡Será un placer! —oyó la voz amortiguada de su amiga.

—No, es que tengo que hablar contigo a solas.

—¿Está todo bien? —preguntó un poco preocupada.

—Sí, no te preocupes.

—¿Quedamos esta tarde? —se quedó pensando unos segundos.

—Me paso por tu casa, ¿a las seis?

—Genial. Te esperaré aquí —sonrió.

—Vale —asintió y echó su cuerpo hacia atrás—. Hasta luego, preciosa.

—Hasta luego —se despidió con una amplia sonrisa en el rostro.

Capítulo 40

Seis menos cinco. Diana estaba recostada en el sofá esperando a que Liam llegara. Ella había estado fuera de casa hasta hacía bastante poco. Le encantaba pasar tiempo con Lorena y le relajaba volver a verla tan feliz, tan llena de vida... tan ella. Se mentiría a sí misma si dijera que no había estado preocupada por todo el asunto de Josh y que no había estado dándole vueltas continuamente para encontrarle una solución rápida, y en la que su mejor amiga pudiera salir lo mejor parada posible. Pero ya no hacía falta, y eso la tranquilizaba. Dejaba el espacio suficiente en su mente para pensar en los exámenes, en las numerosas ecuaciones que debía desarrollar, los problemas, en su sonrisa, sus ojos... Frunció el ceño cuando esos pensamientos comenzaron a cruzarse en su mente. Sonreía como una tonta al pensar en él.

El sonido del timbre interrumpió todo aquello. Miró el reloj, las seis y un minuto. Se puso en pie, dirigiéndose al telefonillo para abrirle la puerta. Ya sabía que era él. En menos de un minuto, Liam, quien no pudo evitar sonreír cuando la vio esperándole con la puerta abierta, apoyada en el marco, estaba caminando hacia su apartamento.

Se acercó a ella y no le dio tiempo ni a saludarle, la besó. Apresó sus labios con necesidad. Diana no se achantó, le siguió el ritmo del beso casi al instante, un ritmo que poco a poco fue disminuyendo. Se tornó a un beso delicado y dulce. Reposó su frente sobre la de ella cuando se separaron.

—He tenido ganas de hacer esto todo el día —susurró, aún con los ojos cerrados.

Diana sentía que se derretiría en cualquier momento con sus acciones, sus palabras, con todo lo que él era. Le acarició la nuca, intentando tranquilizarlo, no parecía haber tenido un buen día.

Se separó de él finalmente, Liam la miró con desgana. Aunque poco duró, ella le tomó de la mano y tiró de él hacia el interior del piso. Se quitó la americana y se aflojó el nudo de la corbata a medida que avanzaba por el lugar, hasta que llegó al sofá. Se dejó caer con pesadez. Cayó en la cuenta de que la mayoría de veces que se veían, era allí. Aunque no tardó mucho en llegar a la conclusión de que le gustaba estar allí porque era acogedor, todo en aquella casa gritaba Diana, desde las pocas fotos en el mueble al lado de la ventana hasta las pequeñas figuritas de animales que tenía en el mueble de la televisión.

Volvió con un vaso de agua que dejó sobre la mesita para sentarse a su lado. Estaba a la espera de que hablara, que le contara aquello que tenían que hablar a solas. Por el modo en que la había saludado, sabía que no era algo malo, pero por su tono de urgencia durante la llamada, sabía que era importante.

Liam sintió sus ojos verdes sobre él y, tras darle un sorbo al vaso de agua, volvió a mirarla.

—Mi padre quiere conocerte —dijo de golpe. Directo.

Vio cómo su ceño se fruncía ligeramente. Ella no entendía qué había de malo en aquello, era lo más normal del mundo. Si era una relación seria, iba a acabar sucediendo. Entonces recordó lo que él le había contado meses atrás y, al igual que él, también entró en pánico durante unos segundos. En su interior, estaba gritando de terror, mientras que por fuera seguía con el ceño ligeramente fruncido. Él esperaba una respuesta por parte de ella, estaba callada y sus facciones pasaron a una cara de poker que le desconcertaron un poco.

—No tienes que hacerlo si no quieres —volvió a hablar.

Ella se había quedado en blanco durante unos segundos. En su cabeza solo podía escuchar un chirriante sonido de alarma. Sus padres no iban a aceptarla, era demasiado joven y era una mindundi comparada con él. Estaba casi segura de que en el momento en que los conociera, aquella relación llegaría a su fin.

—¿Cuándo? —fue lo único que pudo decir.

—Supongo que este fin de semana —colocó su mano sobre su muslo—. No tenemos por qué hacerlo. Le soltaré alguna excusa y...

—No —le interrumpió—. Si quieren conocerme, lo harán. No podemos estar escondiéndonos eternamente —parecía que su cerebro volvía a funcionar—. Además, solo voy a conocer a mis suegros. Nada malo va a pasar —intentó convencerle, aunque más bien estaba intentando convencerse a sí misma.

Liam la miraba nervioso. Sabía que tenía razón, no podía estar huyendo toda su vida. Y tampoco quería esconderla. Era feliz con ella, se le hinchaba el pecho de orgullo al poder decir que Diana era su novia, su compañera y una pieza fundamental en su vida. No debía tener miedo por lo que sucediera en aquella comida. Pasara lo que pasara, Diana iba a estar ahí.

Estaba asustada, pero sabía que Liam lo estaba más. Él se jugaba el puesto y su futuro en la empresa. Y parecía estar dispuesto a todo aquello por ella. Tomó su mano, volviendo a sentir esa corriente que era tan típica cada vez que se rozaban y recostó su cabeza en su hombro. Cerró los ojos cuando besó su cabeza con dulzura. Había leído en muchísimas novelas cómo la protagonista se sentía pequeña ante su enamorado, a veces las tuercas cambiaban, y era viceversa. Esperaba sentirse de aquel modo en algún momento cuando llegara la persona adecuada, pero no era así. Se sentía equilibrada, completa, como si al fin hubiera encontrado ese algo que le faltaba. Sentía un cúmulo de sentimientos cada vez que la miraba a los ojos, cada vez que la besaba. Nunca se había sentido de aquella forma con nadie.

—Te quiero —las palabras salieron de su boca sin control.

Liam la miró sorprendido, aunque enseguida aquella mirada de sorpresa cambió. La miró con ternura y se echó para atrás en el sofá, sujetándola para seguir en aquella posición.

—Yo también te quiero —susurró con una amplia sonrisa.

Capítulo 41

Diana estaba tensa a su izquierda. Movía las piernas con inquietud y jugaba con sus dedos mientras miraba por la ventana. Él intentó tranquilizarla al tomar su mano, pero no sirvió de mucho. Sentía que el corazón le iba a salir por la boca y temía quedar como una imbécil delante de sus padres.

—El día que yo conozca a los tuyos... —negó con la cabeza y calló al percatarse de lo que acababa de decir.

Ella le miró inexpresiva, aunque agachó la mirada al recordar su situación. Ella no iba a vivir aquel momento, dudaba incluso que en algún futuro Liam llegara a conocerles por casualidad. Él se sentía mal y se llamó estúpido al darse cuenta de lo que acababa de decir. Estaba tan nervioso que ni siquiera procesaba lo que salía por su boca.

—Lo siento, yo.. —Diana negó con la cabeza, restándole importancia— Seguro que les gustas —cambió de tema e intentó reconfortarla.

¿A quién quería engañar? Sabía que aquello era prácticamente imposible, como mucho su madre la aceptaría -al menos lo intentaría. Miles de veces pensó en pegar un volantazo y dar media vuelta, rumbo a su casa de nuevo. Pero no lo hizo. Por una extraña razón quería la aprobación de su padre, quería que le dijera que se alegraba por él y que aceptaba su decisión. Que, por una vez en su vida, estuviera de acuerdo con una decisión que había tomado.

Comenzó a reducir la velocidad hasta detener el coche por completo frente a una casa blanca. Diana no se sorprendió por el barrio, lo esperaba.

—Cariño —la llamó.

Se giró hacia él con una pequeña sonrisa, más que fingida. Y eso él lo sabía muy bien. La había visto sonreír miles de veces de manera genuina, era imposible para él confundirlas con la sonrisa forzada que ella estaba mostrando. Le dio un beso en los nudillos y le sonrió de lado.

—Pase lo que pase, no va a cambiar nada —aseguró, a lo que ella asintió.

Apretó su mano con fuerza mientras se dirigían a la puerta de entrada. Se sorprendió al ver a su madre en lugar de a Katherine, la sirvienta. Le abrazó con fuerza, dándole dos besos. Se cercioró muy poco después de la presencia de Diana, quien se había ocultado tras la espalda de su novio. Ella ni siquiera se había dado cuenta de que él la estaba cubriendo por completo.

Su madre al principio la miró con confusión y lo primero que pensó fue: “¿Cuántos años debe tener esta chica?”. Pero la imponente y seria mirada de su hijo, la hizo reaccionar.

—Tú debes ser Diana —le sonrió ampliamente—, soy Melissa, su madre.

Soltó la mano de Liam para estrechar la de su madre. Les invitó a pasar a ambos, Diana entró primero, seguida por Liam. Respiró con pesadez mientras le echaba un vistazo a toda la casa. Perfectamente decorada y aseada, llena de cuadros y esculturas. Se quitaron los abrigos, los cuales Melissa tomó casi al instante para colgarlos en el perchero que había a su derecha.

Liam miró a su madre y sin necesidad de tener que hablar, ella le entendió.

—Está trabajando —informó—, para variar —rodeó sus ojos.

Se adentraron en la sala de estar y tomaron asiento. Liam y Diana se sentaron juntos en el sofá de dos plazas de piel marrón, mientras que Melissa tomó lugar en el sillón que había frente a ellos.

En lo que su padre terminaba, Melissa decidió iniciar una conversación, incluyendo a Diana en todo momento y volviéndola la protagonista del momento. Liam se vio sorprendido ante la velocidad mental de su novia cuando contestó las preguntas de su madre, iniciando con la forma en que se conocieron y siguiendo con la manera en que se conquistaron mutuamente. Melissa se sorprendió al oírla hablar, enseguida pudo ver lo agradable que era aquella joven y el aprecio con el que hablaba sobre su hijo. No le había preguntado por la edad, era bastante evidente la diferencia entre ambos y tampoco creyó que fuera algo sumamente importante. Le bastaba con ver la forma en que se miraban y en la que hablaban el uno del otro. Veía a Liam feliz por primera vez en mucho tiempo, realmente feliz.

Unos pasos interrumpieron su conversación y el dueño consiguió robar todas las miradas del lugar. Era un hombre bastante parecido a Liam, solo que era mayor y más bajo. Por lo demás, era una exacta copia de su novio. El hombre se acercó a ellos y consiguió que ambos se pusieran en pie para saludarle.

—Diana —se dirigió a ella tras haber saludado a su hijo—, ¿no? —alzó una de sus cejas, a lo que ella asintió rápidamente—. Un placer, soy Harry —estiró la mano, Diana la estrechó de la mejor manera que pudo.

—Un placer, señor Jones.

Su tono de voz había cambiado bastante, no tenía nada que ver con la forma de hablar tranquila y confiada. Estaba tensa y en alerta, aunque no era para menos. A pesar de querer sonar agradable, la mirada de Harry mostraba todo lo contrario. Era evidente que no la quería allí.

Avanzaron hacia el comedor, Liam se sentó a su lado, siempre intentando tranquilizarla, acariciando su mano o su muslo. Sabía que aquello no era fácil para ella. Parecía haber congeniado medianamente bien con su madre, pero su padre era mucho más difícil.

Le agradecía a su madre el esfuerzo que había hecho, ella misma había cocinado la comida - algo a lo que no estaba acostumbrado- y ella la sirvió sola, aunque Diana hubiera intentado echar una mano, su madre se negó rotundamente por ser la invitada. No podía decir lo mismo de su padre, la inspeccionaba con la mirada y la alternaba entre ella y él. Sin poderse creer que ella fuera la causa de todo.

—Pareces bastante joven, ¿qué edad tienes? —preguntó su padre, recibiendo una fulminante mirada por parte de Liam, aunque ni se inmutó.

—Diecinueve —tomó el plato que Melissa le ofreció—. Gracias —le dedicó una tímida sonrisa.

—Vaya —alzó las cejas sorprendido mientras cortaba la carne—, una gran diferencia de edad.

—Apenas es notable —contraatacó Liam.

—¿Seguro? Son dos generaciones distintas —le retó—. Y podría ser tu hija perfectamente, no te ofendas —se dirigió a ella.

—¡Harry! —le regañó su mujer, ya sentada a su lado.

—Descuide —respondió Diana, ya estaba preparada para aquel tipo de comentario.

Veía a Liam apretar la mandíbula mientras miraba a su padre fijamente. Sentía que en cualquier momento iban a comenzar a volar cuchillos. Apretó su mano bajo la mesa, necesitaba tranquilizarse.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó, alternando la mirada entre ambos.

—En la universidad —respondió ella con rapidez.

—Fui a hacer una charla, la vi, me gustó, la invité a un café y el resto es historia —prosiguió Liam, recordando lo que Diana había comentado antes en la sala de estar.

El resto de la comida avanzó con una tensión casi palpable. Ella no sabía ni cómo sentarse en su silla ni sabía si levantar la mirada o no. Ya lo había hecho un par de veces y se encontró de lleno con los ojos del hombre mayor. No sabía cómo describir su mirada, pero tenía claro que para él, ella no era una invitada deseada.

—Estaba todo delicioso, señora...

—Melissa, llámame Melissa —la interrumpió con una sonrisa—. Muchas gracias, me alegro de que te haya gustado.

No entendía la diferencia entre ambas actitudes. Ella intentaba que se sintiera cómoda en todo momento mientras que Harry quería perderla de vista cuanto antes.

Tras la comida, Liam y su padre se ausentaron y se dirigieron al despacho para hablar de negocios -al menos esa era la excusa que Harry había utilizado-, aunque Diana sabía que iban a hablar de ella. Melissa decidió enseñarle la casa y acabar la visita en el jardín trasero. Sabía que su marido iba a decirle muchas cosas a Liam con relación a su novia, y no quería que ella las escuchara. Suficiente había sido el mal rato que le había hecho pasar durante la comida.

—Rechazas a Kristen y le das la espalda a la empresa por una niña —murmuró atónito—. Cuando me dijeron que era joven, me esperaba a una mujer de treinta años, como mucho. Pero esto... Esto ya es el colmo.

Liam le miraba sentado en el sillón, inexpresivo. No tenía ninguna intención de entrarle al trapo. Esperaba que dijera todo lo que tuviera que decir para poder marcharse por fin.

—Y encima, por si fuera poco disgusto todo esto, te buscas a alguien que no tiene nada, que no es nadie —se deja caer en el sillón—. Si te hubieras casado con Kristen, no solo ayudarías a la empresa con una importante expansión, también estarías con alguien que te hace feliz de verdad.

—¿Y tú qué sabes sobre mi felicidad? —por fin habló— Para mí la vida no se limita a tu empresa de mierda —le espetó con decisión—. Joder, tengo casi cuarenta años y casi ninguna de las decisiones de mi vida las he tomado yo, sino tú. Y siempre mirando por la puta empresa de los cojones —dijo con rabia—. Estoy enamorado de esa chica, papá —se puso en pie, sin apartar la mirada—. Lo aceptes o no, es lo que hay —se encogió de hombros—. Y, si me disculpas, me marcho. No tengo nada más que decir ni que hacer aquí.

Tras decir aquello, caminó hacia la puerta. Buscó a su madre y a Diana por toda la casa hasta llegar al jardín trasero, donde las encontró hablando y riendo con tranquilidad. Se acercó a ambas por detrás.

—Nos vamos —avisó.

Ambas se giraron hacia él, encontrándole con el ceño fruncido y una expresión dura. Diana se puso en pie, entendiendo casi al momento lo que había sucedido.

Melissa les acompañó a la puerta y se disculpó mil veces por la actitud de Harry, a lo que la joven le restó importancia mientras Liam se quedaba en silencio. Le dio un abrazo a su madre, tomó sus abrigos y salieron de la casa.

No hablaron entre ellos, se montaron en el coche sin dirigirse siquiera una mirada. Diana solo le miró. Apretaba el volante con fuerza con la cabeza gacha. Le acarició la nuca, intentando reconfortarle de alguna manera. Se sorprendió cuando él se abalanzó entre sus brazos, hundiendo su rostro en su cuello.

Capítulo 42

Los días fueron pasando tras aquel incómodo momento. No hablaron mucho de aquello. Liam lo había evitado continuamente y Diana había aceptado que fuera de aquella forma. Tampoco quería pensar mucho en ese asunto. No quería distraer su mente con aquellos problemas cuando tenía algunos más grandes a los que enfrentarse. Se estaba jugando el primer semestre del curso y no podía distraerse.

Durante aquellas dos semanas no se habían visto mucho, y cuando se veían, ella estaba estudiando, siempre con la nariz metida en los libros. Y lejos de molestarle, a Liam le enorgullecía que así fuera. La veía luchar por aquello que quería, completamente concentrada, sin distracciones, ni siquiera él lo era -la mayoría de las veces, al menos. Recordó que una de las noches él había ido a su casa para pasar algo de tiempo con ella, aunque fuera durmiendo. Cenaron juntos e incluso se permitió a sí misma ver un rato la televisión junto a él, pero cuando Liam dijo de ir a dormir, ella decidió quedarse despierta una hora más para estudiar. Con desgana, él lo aceptó. No iba a hacerle daño quedarse despierta hasta las doce. Él se quedó dormido esperándola, aunque cuando se despertó a las cuatro de la mañana, la encontró durmiendo sobre los libros. No dudó ni un segundo en tomarla en brazos y llevarla a la cama. Aunque fuera poco, necesitaba descansar bien. Se había tomado muy en serio la promesa que se hizo a sí misma el día que se marchó de su casa.

No lo hacía por nadie ni por nada, lo hacía por ella, porque quería demostrarse a sí misma que podía. Y eso era lo que más le sorprendía.

Tras haber hecho todos los exámenes, la veía algo angustiada y nerviosa, pero no podía culparla. Aquellas semanas eran cruciales y los resultados eran muy importantes.

Un día, apareció de la nada en la empresa, corriendo por los pasillos y yendo directa hacia su despacho. Entró sin llamar, por suerte él estaba solo. Liam la miró con sorpresa y se levantó en cuanto la vio, caminando hacia ella. Por un segundo, se le cruzó por la mente que pudiera haber sucedido algo, pero su sonrisa de oreja a oreja hizo desaparecer aquella idea.

—¡Están todos aprobados! —gritó con emoción.

Corrió hacia él, lanzándose a sus brazos. Enredó sus piernas alrededor de su cuerpo y le besó en cuanto pudo. Con necesidad, con exigencia, con felicidad.

—Me alegro tanto, cielo —dijo con sinceridad.

Habían echado de menos besarse de aquella manera, aunque había merecido la pena. Estaba tan feliz, que no podía dejar de sonreír. Parecía que la vida al fin le estaba sonriendo: sus notas eran excelentes, tenía un novio y una mejor amiga increíbles con los que siempre podía contar, y su cuerpo rebotaba felicidad por todas partes. No recordaba haber tenido una época con tanta luz en su vida, ni siquiera en su niñez. Muy dentro de ella, todo aquello le causaba un miedo terrible. Tenía miedo de que todo aquello se acabara, que algo se torciera. Porque si había una ley que ella conocía muy bien era la ley de gravedad de Newton: Todo lo que subía, tenía que bajar. Y ella, en aquel instante, estaba clavando su bandera en la cima del monte Everest.

Los labios de Liam evadieron cualquier tipo de pensamiento, incluso los buenos. Solo podía pensar en aquel dulce beso y sus manos acariciando con ternura sus mejillas. Abrió los ojos cuando se separaron y él al fin la dejó sobre el suelo. Se encontró con esos impresionantes ojos

azules, los cuales irradiaban una luz impresionante.

—Te quiero tanto —susurró ella, sin pensarlo ni meditarlo, era lo que sentía y para los sentimientos no había ningún tipo de razón.

La miró durante unos segundos mientras sus narices se rozaban y sus alientos se mezclaban. Esa chica le hacía sentir un torbellino de emociones cada vez que aparecía, era verla e instantáneamente su día se alegraba, por muy malo que hubiera sido. Tal y como le había dicho a su padre, estaba enamorado de ella.

—No más que yo a ti —respondió al fin, depositando un beso en su frente—. ¿Te parece ir a celebrarlo? —su sonrisa se expandió todavía más, si era posible— Avisa a Lorena también, si quieres. Bueno, si ha...

—Sí —asintió—. Lo hemos celebrado en la universidad cuando hemos visto las notas, pero yo puedo celebrarlo dos veces sin problemas —rió.

—Así que no he sido el primero en saberlo —alzó una ceja, fingiendo indignación mientras se dirigía al sillón frente al gran ventanal.

—Lo siento —se encogió de hombros—, pero si te sirve de consuelo, he venido en cuanto hemos acabado de vitorear y gritar por todo el campus.

—Bueno —ladeó la cabeza—, te lo perdono porque ha sido Lorena la que me ha robado el sitio.

Diana rió y se sentó sobre su regazo. Lentamente fue echando el cuerpo hacia atrás, apoyando la espalda contra su pecho. Liam la abrazó, obteniendo una respuesta casi inmediata por parte de ella cuando colocó sus manos sobre su brazo, acariciándolo.

—Tengo una gala el sábado —le informó—. Y me gustaría que...

—Creo que eso ya está más que hecho, ¿no? —sonrió, ladeando la cabeza para mirarle—
¿Cómo no iba a acompañarte?

Capítulo 43

Tras una semana de celebración y tranquilidad, el fin de semana se fue acercando. Diana había tenido, por fin, unos días libres para poder pasarlos con Lorena y con Liam, lo agradeció bastante, ya que era algo que llevaba necesitando desde hacía semanas.

El miércoles Liam estaba encerrado en una reunión, por lo que los planes de acompañarla para que se comprara el vestido de la gala, tuvieron que cancelarse. Sin embargo, le dio dinero y el nombre de un par de tiendas para que ella fuera con Lorena. En cierto modo, aquella idea también le gustaba. No sabía qué se pondría hasta la noche del evento.

El sábado llegó sumamente rápido. Lorena se había quedado junto a su amiga para ayudarla a prepararse, como siempre. Cuando se miró en el espejo, se sorprendió a sí misma. Ni siquiera parecía ella. El vestido, de un color azul eléctrico, era pegado a su cuerpo y una caída ligera, el escote resaltaba sus pechos y su cuello, lo cual le encantaba. Diana temía que el recogido completo, en moño, le diera una apariencia demasiado viejuna, pero se equivocaba. Le encantaba lo que estaba viendo.

Lorena se despidió de su amiga y le deseó suerte mientras tomaba asiento en el sofá. Pensaba quedarse un rato, para acabar de ver el programa de talentos que habían empezado a ver horas antes, y después marcharse de vuelta a casa; algo con lo que Diana estaba de acuerdo, siempre y cuando no descolocara nada.

Liam le había mandado un mensaje minutos atrás, avisándole de que la estaba esperando abajo. Salió del ascensor con paso acelerado y apretó con fuerza su bolsito de noche antes de cruzar la puerta del portal y encontrarse con él. Sus ojos se perdieron en ella en cuanto la vio, parecía una princesa. Era su princesa.

Ella sonrió al verlo de aquella manera y se acercó a él para darle un pequeño beso en los labios. Liam lo respondió al instante. Se desabrochó la americana de su traje gris, mostrando una camisa blanca.

—Sé que no estoy a la altura pero, ¿me permite acompañarla? —Diana rió y asintió, montándose en el coche.

Tras ella, él se montó también. Arrancó su Jaguar, el motor del cual rugió, y se dispusieron a marcharse camino al hotel donde se celebraba la gala.

Debía reconocer que estaba nerviosa, apenas había comido y lo poco que había ingerido iba a vomitarlo en cualquier momento. Liam también estaba inquieto a su lado, aunque él lo disimulaba un poco mejor. Tras la comida con sus padres, no había vuelto a hablar con su padre, exceptuando de aquel mediodía. Le había comentado asuntos de la gala y el hecho de que prefería que fuera solo. Pero una vez que había comenzado a tomar decisiones por sí mismo, no podía parar. Quiso llevar a Diana para demostrar lo orgulloso que estaba de tener a una chica como ella a su lado y ella se merecía ir. Era su novia.

Se introdujeron en el edificio, acompañados de mucha más gente que iba igual, o mejor, vestida que ellos. Liam apretó su mano con fuerza hasta que llegaron al gran hall del hotel. A lo lejos, pudo ver a Kristen. Ella parecía no haberle visto, pero el simple hecho de saber que ella estaba allí le hizo tensarse en el momento. Diana no lo notó, ya que ella estaba incluso más tensa que él.

Liam había saludado a un par de personas, aunque de forma superficial y sin mostrarse efusivo.

Cuando por fin fueron invitados a pasar al comedor principal, Diana dio un brinco de alegría. Estaba nerviosa, pero estaba muerta de hambre. Él sonrió al verla, aunque sabía que aquella alegría desaparecería en cuanto viera la comida. Ya había estado allí años anteriores, y era la gala con peor comida con creces, no por calidad, sino por cantidad -tampoco podía medir muy bien la calidad con lo poco que les daban a probar.

La noche avanzó sin grandes sorpresas, tras la cena se dirigieron a una gran sala en la que todo el mundo se limitó a beber y socializar. No volvió a ver a Kristen y Diana parecía estar pasárselo bien. Por un segundo, Liam se ausentó y la dejó solo, uno de los clientes quería hablar con él a solas. Antes de marcharse, se aseguró de que ella estuviera de acuerdo.

Mientras él se encontraba atrapado en uno de los balcones con el cliente, Diana estaba sentada en la barra, esperando a que él llegara cuanto antes. No conocía a ninguno de los presentes, y eso le ponía algo nerviosa. Una mujer alta morena y de tez pálida se colocó a su lado, dirigiéndole varias miradas. Estaba a punto de decirle de malas maneras si quería algo, pero se le adelantó.

—¿Eres la novia de Liam? —dijo con una sonrisa. Diana confundida asintió— Qué bien, al fin te conozco.

—Igualmente... —la miró, esperando a que se presentara.

—Kristen.

* * *

Liam se despidió del cliente, quien salió del balcón antes que él, tras media hora de charla. Se sentía mal por haber dejado a Diana sola tanto tiempo, pero aquel trato le había costado meses de reuniones, y al fin lo tenía. Antes de poder volver a la fiesta, vio por la puerta a Kristen tirando del brazo de Diana hasta llegar donde estaba él. Casi sintió como su corazón se detenía en seco y la sangre caía a sus pies.

Kristen soltó el brazo de Diana bruscamente, haciéndola tambalear. Liam miró a la que fue su novia, retándola con la mirada.

—¿Se puede saber qué haces? —la miró enfadado y confundido.

—Has traído a una puta como acompañante —le encaró—. ¿Sabes la humillación por la que voy a pasar como alguien se entere? ¿Cómo te atreves a hacerme esto? Nos íbamos a casar —dijo alterada—. Qué asco me das.

—Tú y yo no nos íbamos a casar —respondió casi al instante—, ni siquiera estábamos juntos —dirigió sus ojos a una estática Diana—. Solo estabas tú, te lo prometo —se acercó a ella, pero ella dio un paso atrás—. Rompí con ella hace mucho.

Ni siquiera era capaz de mirarle a los ojos, no quería derrumbarse. Miró a Kristen antes de agachar la mirada y volver a pasar por todo el salón. Quería marcharse de allí cuanto antes. Liam se quedó paralizado durante unos segundos antes de tomar fuertemente a Kristen por el brazo.

—¿Qué es lo que le has dicho? —ejerció más fuerza, haciendo que ella gimiera de dolor.

—La verdad —se encogió de hombros—. Solo la has utilizado, todo este tiempo —sonrió.

Soltó su brazo antes de prácticamente correr por todo el lugar, preguntando a unas cuantas personas si la habían visto. Salió del edificio, encontrándola a punto de montarse a uno de los taxis que aguardaban en frente. La agarró del brazo, sin ejercer ninguna presión, solo quería que se detuviera.

—Diana, por favor, escúchame —pidió, acunando su rostro con sus manos una vez se había girado.

—No tengo nada que escuchar —apartó sus manos y le empujó—. Me hiciste sentir especial, me mentiste y encima he tenido que pasar la mayor vergüenza de mi vida por ti —negó con la cabeza—. ¿Para qué has hecho todo esto? ¿Para que fuera más creíble? Te ha salido de puta madre —hizo una breve pausa—. Yo... yo no necesito esto. Vuelve dentro, vuelve con tu gente, vuelve con tu prometida —señaló hacia la puerta—, vuelve a tus negocios y a las apariencias. No quiero volver a saber nada de ti —dijo con la voz temblorosa—. No quiero ni tu dinero, ni tus regalos, ni a ti.

Tras decir eso, y sin darle la oportunidad a responder, se montó en el taxi, el cual tras unos cuantos segundos, arrancó para dirigirse a la casa de Diana. Entonces, fue cuando se permitió a sí misma derrumbarse, no antes, no delante de él.

Capítulo 44

Liam se quedó quieto en el sitio, viendo cómo el taxi se alejaba, haciéndose cada vez más pequeño, perdiéndose entre el resto de coches, hasta desaparecer. Ella le había mirado a los ojos, y solo pudo ver decepción y dolor, un dolor horroroso del que solo él era el responsable. Todo aquello de lo que él quería protegerla, se lo había provocado.

Se sentó en el bordillo, ocultando su rostro entre sus manos. Se preguntaba por qué no se lo había contado antes, todo esto lo podría haber evitado. La había hecho sentirse utilizada -y en cierto modo eso era lo que quería hacer en un principio. La bola se agrandó con el tiempo y la mentira se agravó, acabando por destruirles a ambos.

No sabía cuánto tiempo estuvo allí sentado, pero parecía que los minutos no pasaban en aquel instante. Se volvió a poner en pie, con el corazón encogido en un puño y un nudo que estaba quemándole la garganta. Se dirigió al interior del edificio, aunque con la intención de recoger sus cosas y marcharse. Tenía que hablar con ella en persona, necesitaba arreglarlo todo. Necesitaba que ella le escuchara, al menos.

—Déjalo estar —advirtió la voz de su padre a sus espaldas—. Esta era la señal que necesitabas para darte cuenta de todo, esa chica no es para ti.

Sin siquiera girarse hacia él, siguió caminando hacia la salida. Se montó en el coche y lo arrancó, dispuesto a dirigirse a su casa. Durante el camino pensó qué le iba a decir y cómo lo iba a hacer. Lo tenía todo perfectamente planeado cuando aparcó el coche.

Tocó varias veces el telefonillo, sin respuesta por parte de ella. Se asomó hacia su ventana, encontrándose las luces apagadas, supuso que estaría en su habitación.

—Ella no está —dijo la voz de una mujer mayor—. Ahora vete y deja de dar por culo con el timbre —la voz provenía del telefonillo.

—¿Y sabe dónde está? —preguntó con la esperanza de que se lo dijera.

—¿Te crees que soy la portera o algo? —rió— No, no lo sé.

Se sentó en el escalón del portal, estaba dispuesto a esperar a que ella llegara. Lo que le hizo preguntarse mientras estuvo allí dónde podría estar y cómo era posible que ella todavía no hubiera llegado a casa. Un miedo le reconcomió, ¿y si le había pasado algo? Rápidamente negó con la cabeza. La llamó varias veces, aunque ella siempre colgaba. Al menos sabía que estaba bien. Tras casi media hora, pensó que quizás estaría en casa de Lorena. Era lo más lógico, Diana no era tonta y sabía que él iría a su casa para hablar, y lo último que ella quería era verle. Se rascó la nuca con frustración. Estaba dispuesto a esperarla allí.

* * *

Diana estaba destrozada, había llorado casi todo el camino de vuelta a casa. Le daba igual las continuas miradas que el taxista le dedicaba, simplemente no podía dejar de llorar. Era superior a ella y las lágrimas abrasaban sus ojos si las aguantaba. Su teléfono sonó, creyó que era Liam. Estaba dispuesta a colgar hasta que vio un número más largo de lo común. Extrañada, decidió contestar.

—¿Diana Davis? —preguntó una voz masculina del otro lado.

—Sí, soy yo.

—Soy el doctor Smith, llamo del Hospital Saint Thomas —Diana sintió como el corazón comenzaba a latirle con más fuerza—. Hemos visto que es usted la llamada de emergencia de la señorita Rodríguez...

—¿Está bien? ¿Qué le ha pasado?

—Ha tenido un accidente y...

—Enseguida voy para allá.

Colgó la llamada para indicarle al taxista el nuevo destino, pidiéndole que se diera toda la prisa posible. Estaba ansiosa y preocupada, quería llegar al hospital cuanto antes y asegurarse de que lo de Lorena sólo había sido un susto. Casi le lanzó los billetes al taxista cuando llegaron al lugar antes de bajarse de un salto del automóvil. Caminó con grandes zancadas, lo más rápido que le permitían sus pies adoloridos por los tacones.

Preguntó a una de las enfermeras. Al verla tan nerviosa y tan desesperada con el maquillaje corrido y el vestido completamente arrugado, no dudó en intentar ayudarla. Le informó de la habitación en la que se encontraba su amiga. Tras agradecerle de todo corazón su ayuda y colaboración, se encaminó a paso acelerado hacia el lugar que le había puntuado la enfermera.

Tocó un par de veces la puerta tras haber tomado varias bocanadas de aire, profundas y seguidas. Bajó el pomo con delicadeza para no hacer un ruido que pudiera despertar a quien fuera su compañero de habitación.

Entonces la vio. Sintió que el mundo se le caía a los pies cuando vio a su amiga tan magullada. Tenía varias raspaduras en el rostro y en las extremidades, completamente pálida, lo que hacía que las heridas destacaran más por todo su cuerpo. Se quitó los tacones antes de acercarse más, no quería molestarla ni despertarla. Rodeó la cama hasta colocarse a su izquierda y le tocó la mano. La garganta le quemaba por las inmensas ganas de llorar que tenía. La apretó entre sus dedos y tomó asiento en la pequeña butaca que había tras ella.

Desde luego, el destino se estaba cebando con ella aquella noche y parecía estar riéndose de sus desgracias y disfrutando ante la idea de que ella perdiera lo único que tenía, a la única familia que conocía.

Un hombre mayor irrumpió en sus pensamientos. Vestido con una bata blanca y sosteniendo una especie de carpeta de cuero negra entre sus manos, se acercó hasta la cama de su amiga.

—Dentro de lo que cabe, está bien —susurró—. No ha sufrido ningún daño severo, aparte de las magulladuras. Aunque eso se curará en un par de semanas y ni siquiera creo que le deje cicatriz —un ápice de luz se posó sobre ella—. Sin embargo —prosiguió, haciendo que aquella luz se apagara—, tiene una lesión en la columna.

—¿Es grave?

—No podemos saberlo todavía —se encogió de hombros—. Queremos esperar a que esté consciente para realizarle todas las pruebas necesarias —Diana asintió.

—¿Qué ha pasado? ¿Usted lo sabe?

—Un coche la atropelló —contestó tras haberlo pensado durante unos segundos—. Una pareja que estaba por la zona llamó enseguida.

—¿Se sabe quién fue?

—Me temo que no —volvió a negar—. Se dio a la fuga y la pareja no ha dado mucha información. La policía seguramente se pase mañana a primera hora para hacerle unas preguntas a su amiga, si está despierta —miró a su amiga y luego volvió a mirarla a ella—. Si necesitan algo, no duden en pulsar el botón para llamar a una de las enfermeras. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió con un hilo de voz.

Dio media vuelta y se marchó, volviendo a dejarla sola con su amiga. Le acarició la frente y volvió a agarrar su mano con fuerza entre sus dedos. Creía que de alguna manera su energía pasaría a su amiga y de ese modo todo iría mejor. “Qué ridícula” pensó.

Su móvil vibró sobre sus piernas. Dudó en sacarlo del pequeño bolso, pero finalmente lo hizo. Tenía varias llamadas perdidas de Liam y en aquel preciso momento él estaba llamándola de nuevo. Sin pensárselo dos veces colgó y puso el teléfono en silencio. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse, mucho más importantes que una relación que estaba destinada al fracaso desde su inicio.

Capítulo 45

Diana apenas durmió aquella noche, tampoco quería, esperaba que su amiga la viera junto a ella en cuanto despertara, no quería que se sintiera sola. Se había paseado por la habitación varias veces, había mantenido cortas conversaciones con las enfermeras que habían entrado para controlar a Lorena y su situación, e incluso se había limpiado la cara para eliminar cualquier tipo de rastro de lo sucedido la anterior noche. Aquel vestido era lo más incómodo que había, y eso combinado con el sillón donde tenía que dormir hacían imposible que conciliara el sueño.

Se despertó tras oír varios quejidos que fueron aumentando de volumen. Lorena estaba en estado de pánico, llorando como nunca la había visto. Se levantó lo más rápido que pudo, colocándose a su lado.

—Lorena, tranquila —le acarició la cabeza con una mano mientras la otra la estiraba para llegar al botón de emergencia.

—Me quiero ir —sollozó—. Y no siento los piernas, no puedo moverlas.

Diana se quedó paralizada, no sabía qué decir ni qué hacer tras oír eso. Tragó con fuerza, intentando hacer desaparecer el nudo que se había formado en su garganta y que le hacía de cada vez más difícil la tarea de respirar.

—Ahora vendrá el médico —la avisó, en un intento de que se relajara un poco.

¿Acaso ella se tranquilizaría en su situación? No, estaría igual que Lorena, o incluso peor. Pero no podía decir nada más, las pocas neuronas de su cerebro se vieron consumidas tras todo lo sucedido la noche anterior. Estaba paralizada, solo podía abrazarla mientras Lorena se movía continuamente. Finalmente acabó por aceptar el abrazo, sollozando sobre el hombro de su amiga.

—Ahora vendrá el médico —le colocó un mechón de cabello tras la oreja.

Lorena asintió, respirando hondo. Pero eso no era suficiente, no podía dejar de llorar. Estaba aterrorizada.

El doctor entró en la habitación, logrando que ambas miradas se posaran sobre él. Al ver la situación, se acercó a su paciente, intentado acomodarla hacia atrás para volver a tumbarla. En aquel instante, Diana se apartó y decidió verlo todo desde un poco más lejos. Lo último que quería era agobiar a Lorena o molestar al doctor.

El hombre fue franco con ambas, una vez Lorena ya estaba algo más tranquila. Les comentó todas las opciones posibles, a qué se enfrentaban y que todo estaría más claro y seguro cuando le hicieran las pruebas necesarias. Les comentó que la parálisis podía ser algo temporal -que durara semanas o meses- o que podía ser algo permanente. Les comentó que en ninguno de los dos casos debían perder la fe y que con un entrenamiento intensivo, se podía llegar a recuperar la movilidad. Diana alternaba la mirada entre ambos, el doctor y Lorena. Veía a su amiga seria y concentrada en lo que se le decía, pero también podía ver a kilómetros que estaba haciendo un gran esfuerzo por contener las lágrimas y las ganas de gritar.

—Hay dos policías fuera que quieren hablar con usted —Lorena volvió a alzar la mirada—. Quieren hablar sobre el accidente. Si prefiere descansar...

—No —negó—. Que pasen —se encogió de hombros.

El doctor asintió antes de salir de la habitación.

—Y tú vete a dar una ducha y a cambiarte. Estaré bien —le aseguró.

—Lorena, me quedo —contestó.

—Te vas —replicó con seguridad—. Cuando hayas acabado, vienes. Yo no me voy a mover de aquí.

Resignada, asintió. Recogió sus cosas y vio a los policías que estaban a punto de entrar. Tras saludarles, llamó a un taxi para que fuera a buscarla y la llevara a su casa.

* * *

Su cuerpo se paralizó cuando le vio, sentado en el escalón de su portal. Le dio pena verlo allí, aunque se obligó a sí misma a ser fuerte y pasar de largo. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse y su amiga la necesitaba dando todo de sí, no podía estar con sus idas y venidas.

Abrió la puerta, despertándolo casi al momento. Al ver el vestido largo atravesando la puerta, se levantó lo más rápido que pudo y entró tras Diana. Necesitaba aclarar las cosas, necesitaba hablar con ella. Entonces, finalmente se enfrentó a él de nuevo, dispuesta a poner fin a todo aquello. Se miraron durante unos segundos, ambos tenían un aspecto deplorable. Diana, a pesar de haberse lavado la cara, tenía los ojos hinchados y ojeras; y la cara de Liam no cambiaba mucho, tenía un aspecto cansado y, al igual que ella, seguía vestido con la ropa del día anterior.

—Diana —pronunció.

—Creo que ya te dije todo lo que tenía que decir, y era mi última palabra —dijo con dureza.

—¿Vas a acabarlo todo por lo que yo tenía pensado antes de conocerte?

—Liam, estoy cansada —susurró, queriendo decir al mismo tiempo que no tenía ganas de seguir hablando del tema—. Tengo muchísimos más problemas que esta mierda —dijo hastiada—. Ahora mismo esto es lo que menos me preocupa, que tú me hayas mentido y todo lo que sucedió ayer me da igual.

—A mí no —contestó firme.

—Pues es tu problema —suspiró—. Si me haces el favor, ahí tienes la puerta —se la señaló—. Y te pido que no me busques más, que no me pases más dinero.

—¿Y qué vas a hacer? —parecía realmente preocupado.

—Es mi puto problema, no el tuyo —dijo de mala gana—. Que te vaya muy bien —susurró antes de girarse hacia el ascensor.

Liam vio desaparecer su pequeño cuerpo al cerrarse las puertas, sintió su corazón estrujado en su pecho, le dolía y sentía que le faltaba el aire. Ella le había vuelto a mirar con aquella expresión de decepción y ni siquiera quería verle. Se insultó a sí mismo miles de veces, si tan solo hubiera sido sincero con ella desde el principio, el desenlace habría sido distinto, podrían haber tenido un final feliz. Pero, como de costumbre, él mismo y todo su alrededor se encargaron de hacerlo trizas.

Capítulo 46

Los días siguientes no cambiaron mucho. Diana había estado todo el tiempo en el hospital y, mientras hacía compañía a su amiga, enviaba su currículum y llamaba a distintas empresas con la esperanza de que, al menos, le cedieran una entrevista. En ningún caso sucedió. Todos decían que ya habían encontrado a alguien, y eso si le respondían -que en la mayoría de casos era lo que pasaba, la ignoraban por completo. Lorena seguía bastante deprimida al verse atada a una silla de ruedas desde aquel día. Intentaba que se le notara lo menos posible y bromeaba varias veces con la idea de comenzar a manejar su silla, pero Diana veía en sus ojos que no estaba bien.

Tras darle el alta, Diana se ofreció a vivir con ella una temporada. Lorena había insistido varias veces que no era necesario, no quería ver a su amiga atada a ella también. Pero la terquedad de Diana no iba a consentir que se alejara de su mejor amiga, era algo imposible. Lorena siempre había sido independiente, pero estaba claro que en aquel momento necesitaba ayuda, al menos de manera temporal hasta que supiera manejarse bien con todo.

Se instaló en su apartamento casi el mismo día que le dieron en alta. Solo la dejó sola media hora, que fue lo que tardó en recoger la ropa y los libros que necesitara. Todo estaba bien planeado, dentro de lo que cabía, para lo espontáneo que había sido. Creyó que sería buena idea que se mudara ella y no su amiga, ya que debería familiarizarse con el hecho de ir en silla de ruedas por su propio edificio y su casa, también debía añadir que el hecho de que el ascensor de su viejo edificio se rompiera continuamente no iba a ser fácil para Lorena -otro punto a favor para que fuera Diana quien se mudara.

Dormía en el sofá-cama de la sala de estar mientras Lorena lo hacía en su habitación de siempre y decidió recolocar la sala de estar de manera que fuera más fácil para ella poder moverse por allí sin problema. La suerte con la que se había encontrado también era que su baño era lo suficientemente grande como para que se pudieran mover con facilidad, y la ducha permitía que ambas cupieran, además de un pequeño taburete. Aunque aquello solo fue algo temporal, con el paso de las semanas Lorena dejó de necesitar la ayuda de su amiga.

La acompañaba a todos lados, algo que Lorena agradecía continuamente, y era un apoyo constante en rehabilitación. Estaba empeñada en conseguir recuperar la movilidad de alguna manera, y Diana desde luego apoyaba el esfuerzo de su amiga.

Lorena parecía acostumbrarse a aquello, aunque le doliera, y estaba dispuesta a luchar por superarlo. Aunque tanto positivismo, comenzó a desaparecer cuando su sugar daddy se enteró de lo que le ocurría. Josh no tuvo otra respuesta que romper el contrato, ya que ella no le servía para nada. Hizo que se volviera a sentir inútil e innecesaria, aunque las preocupaciones de Diana eran otras. Aparte de ver a su amiga ir marcha atrás cuando había avanzado considerablemente, se había quedado sin “trabajo”. Su amiga se había quedado sin la única fuente de ingresos que tenía y dudaba que sobreviviera mucho con los ahorros que tenía, y que ella misma le había aconsejado que guardara.

Aquel día, Diana se pasó la noche en vela buscando alguna solución. Ella también se había quedado sin ingresos, y por mucho que sus ahorros fueran superiores a los de su amiga, no iban a durar eternamente. Seguramente habían ayudas para las personas discapacitadas, y Diana quería zanjar el tema monetario lo antes posible. Debía hacer varias visitas el día siguiente.

Lorena comenzó a mostrarse más serena los días posteriores y parecía que la versión luchadora de su amiga había vuelto a la carga. Aquello la tranquilizaba, porque no creía poder con todo: si ya la cuestión del dinero era un quebradero de cabeza, el ver a su amiga deprimida no ayudaba en absoluto. El problema de Lorena era que no sabían si su minusvalía era permanente o si con las sesiones de rehabilitación, se podría acabar recuperando. Eso sumaba otro dolor de cabeza más, ya que para obtener las ayudas se necesitaba que la duración de la minusvalía fuera superior a x meses.

Por primera vez en su vida, el hecho de que Lorena se hubiera acostado con un chico, les había sido sumamente beneficioso. Ya que esto ayudó a que todo aquel proceso se agilizará. El funcionario pasó por alto algunos de los controles en cuanto a la situación de su amiga, lo que permitió que se le abonara mensualmente una pequeña cantidad de dinero que le permitía poder seguir pagando su casa. Sabía que si alguien se enteraba, estarían metidas en un buen lío, pero era necesario.

Y, aunque durante aquellas dos semanas su vida había girado alrededor de la de su amiga, seguía teniendo la preocupación de no encontrar trabajo, por lo cual en unos meses no tendría con qué pagar su piso. Tenía dinero suficiente como para vivir bien durante al menos cuatro meses, pero aún así, eso no conseguía que conciliara el sueño.

Se sorprendió al encontrar la tarjeta de visita de uno de los socios de Liam. Recordó que se la dio durante una de las cenas a las que ella había asistido. No estaba segura de que fuera buena idea llamar, pero acabó haciéndolo. Iba a necesitar el dinero tarde o temprano.

No esperaba en absoluto que Jeff aceptara su solicitud tan rápido y casi sin preguntarle nada, no vio ningún inconveniente a que ella lo compaginara con sus estudios y que solo pudiera aparecer en la empresa por las tardes. Le parecía extraño, pero no iba a negar que también se sintió aliviada cuando le pidió que fuera el día siguiente para firmar el contrato. No entendía por qué Liam le había tratado de aquella manera tan extraña. Y no entendía por qué se recordaba a sí misma todo lo que había vivido junto a él. Durante aquellas dos semanas, apenas había pensado en él por todos los problemas a los que se había tenido que enfrentar, pero una vez con su cabeza despejada, fue incapaz de evadir aquel dolor de su pecho sin acabar llorando.

* * *

Volviendo a Liam, su vida no había cambiado mucho desde aquella noche. Se pasaba casi todo el día encerrado en su despacho, malhumorado y con su cabeza enterrada entre los papeles y el ordenador. Se levantaba por las mañanas, se encerraba entre esas cuatro paredes, salía a las diez, pasaba por delante de la casa de Diana -con la esperanza de verla, algo que no sucedió-, y volvía a casa igual de malhumorado.

Todo el mundo a su alrededor lo había notado. Había pasado de ser agradable y amistoso, una persona con la que se podía hablar de todo, a ser una persona cerrada y que ante cualquier problemática, se volvía más severo. Los trabajadores pasaron de saludarle con una sonrisa amistosa a agachar la mirada y saludar con tímidos e inseguros “Buenos días” o “Buenas tardes”.

La relación con sus padres no había variado. Iba a comer a su casa de vez en cuando, aunque solo se limitaban a hablar de trabajo. Evitaron el tema de Diana siempre, para su padre no fue nada difícil, era un estorbo y, sin él hacer nada, había desaparecido. Pero su madre le veía decaído y triste tras aquella fachada que Liam había creado desde la gala. Aunque bien sabía que el nombre de aquella chica se había vuelto impronunciable, le bastó con una fulminante mirada de

su hijo tras preguntar por ella.

Solo, en su casa, era completamente distinto. No podía evitar preguntarse a sí mismo si había algo que todavía pudiera hacer o si ella también se sentía de la misma manera. Solo habían pasado dos semanas, y estaba sumido en una oscuridad continua y opaca.

Capítulo 47

Las semanas fueron pasando más rápido de lo que a ella le habría gustado. Durante aquel tiempo admiró la fuerza de su amiga, quien, con esfuerzo, había hecho grandes avances en rehabilitación y por fin se había hecho con la idea de vivir con aquel pequeño problema. Ella le había insistido para que volviera a su casa y retomara su vida, casi dos semanas después del accidente. De todos modos, quedaron en que Diana pasaría a buscarla para irse juntas a la universidad en cuanto empezaran las clases de nuevo.

Recordó aquel primer día a la perfección. Todos los ojos se posaron en ellas casi instintivamente y se quedaban mirándolas, como si de dos bichos raros se tratara. Lorena nunca se achantaba ante nada y aquella gente no iban a ser la excepción. Si ellos la miraban de manera extraña, ella les devolvía una mirada peor. No le importaba, pero le sorprendía bastante la manera de actuar de aquella gente, como si ir a la universidad y ser paralítica fueran dos palabras que no pudieran ir juntas en la misma oración.

Diana había conseguido mantener su mente ocupada. Ayudar a su mejor amiga y el trabajo la mantenían lo suficientemente distraída como para que no pudiera pensar en el desastre en el que se había convertido su vida de la noche a la mañana, ni siquiera cuando se quedaba sola pensaba en otra cosa que no fuera aquello. Aunque, de cada vez, Lorena iba siendo más independiente y entendía perfectamente que su amiga necesitara más espacio -se estaba acostumbrando a la idea de tener que vivir de aquella manera durante toda su vida-, pero aquello iba dejando un hueco que iba agrandándose a medida que pasaban los días. Y aquel hueco oscuro, se fue llenando con los buenos momentos que había vivido meses atrás: las escapadas con Lorena, los tiempos muertos en la universidad con Lisa y Lewis -a quienes no había visto todavía en lo que llevaban del segundo semestre-, los besos de Liam... Todo aquello provocaba que acabara llorando, sola y desconsolada, desahogándose para el día siguiente poder brindarle la mejor cara posible a su mejor amiga. Se sentía sola y deshecha. Había vuelto al principio. No, era muchísimo peor que al principio.



Mientras estaba en la empresa, Jeff siempre la tenía moviéndose de un lado a otro, pasando de un cubículo al despacho, del despacho a recepción, y vuelta otra vez. Aunque no podía quejarse, por hacer fotocopias y hablar con algunos clientes, le pagaba bastante bien. Demasiado bien, con sinceridad.

Su jefe no parecía mala persona, pero sí era bastante exigente y algo tocón. Siempre le acariciaba el brazo o la espalda, y alguna vez le había rozado el trasero, aunque creyó que quizás fue sin querer, o incluso imaginaciones suyas. No quería pensar mal de alguien que se había estado portando tan bien con ella.

Uno de aquellos días, haciendo el desfile diario al que estaba acostumbrada, le vio. Se quedó durante unos segundos inmóvil, aunque enseguida volvió en sí, girándose para darle la espalda y ocultando su rostro con su cabello. Seguía tan guapo como de costumbre, incluso aquella barba le quedaba bien. Aunque su expresión era diferente. Los pocos segundos que le había visto, solo

había sido capaz de distinguir una diferencia, aparte de la barba. Parecía tenso y enfadado.

Hizo malabares por todo el lugar, dando vueltas para evitar que él la viera. Obtuvo varias miradas sospechosas por parte de sus compañeros, pero aquello era lo que menos le importaba. Tocó y entró en el despacho de Jeff de tal manera que incluso él se sorprendió.

—Dije que esos papeles eran urgentes, pero no para que te estresaras tanto —bromeó.

—Lo siento, señor Edwards —le dedicó una tímida sonrisa y se acercó al escritorio de madera—. Aquí tiene —dijo, al mismo tiempo que depositaba el montón de papeles al lado del teclado del ordenador—. También quería avisarle de que el señor Coleman estará en Londres la semana que viene.

—Perfecto —asintió mientras ojeaba el informe—. Tómame un descanso.

Diana asintió y dio media vuelta, encaminándose hacia la puerta. Aunque parecía que aquel día el destino no estaba de su parte, se encontró casi de frente con él. Enseguida, agachó la mirada y pasó por su lado armándose de valor. Mientras que Liam se quedó paralizado por completo. Lucía exactamente igual a como recordaba, quizás un poco más arreglada y con un aspecto un tanto más cansado, pero estaba igual de preciosa. Por un segundo pensó en ir tras ella, pero prefirió encargarse de la pequeña reunión primero.

Diana decidió recoger todas sus cosas y salir al menos cinco minutos a tomar el aire. Verle de nuevo, y que él la viera a ella, era algo que le había pillado por sorpresa y con la guardia baja, estaba segura de que si Liam le hubiera dedicado dos palabras, ella habría caído. Porque todavía le quería y le necesitaba tanto como antes, por mucho que hubiera tratado de autoconvencerse de que no era así.

Volvió a quitarse el abrigo en cuanto volvió a montarse en el ascensor para dirigirse a su puesto de trabajo, aunque antes decidió hacer una parada en el lavabo. Suspiró y se permitió a sí misma sentirse débil por un segundo de nuevo al asegurarse de que estaba sola. Con los ojos cerrados y perdida en sus pensamientos, oyó la puerta abrirse y cerrarse casi enseguida.

—Diana.

Rápidamente abrió los ojos y se giró hacia aquella familiar y aterciopelada voz. Por segunda vez aquel día, se encontró con aquellos ojos azules que en aquel momento solo mostraban tristeza y arrepentimiento. Se colocó la camisa y la falda, y se irguió, enfrentándose a él completamente recta.

—Señor Jones —quiso sonar dura, pero el pequeño temble en su voz al pronunciar su apellido, la delataron.

Su expresión había cambiado. Cualquier rastro de seguridad y profesionalidad se había esfumado, Liam se estaba mostrando vulnerable, solo frente a ella. Y no era capaz de ocultar lo mucho que le dolía que ella se mostrara ante él de aquella manera, construyendo un muro entre ambos. Por un instante, Diana se arrepintió de haberse referido a él de manera tan distante, pero era lo mejor.

—Si me disculpa, tengo que volver al trabajo —seguía sin ser capaz de mantener un tono firme.

—¿Aquí? ¿En serio? —ella le miró extrañada— Sé de qué calaña es Jeff y no quiero...

—¿Tú vas a tener los huevos de hablar de la calaña de nadie? —estaba molesta— ¿Precisamente tú? —rió con ironía— ¿Él mismo que sigue necesitando el permiso de papá para salir con alguien, que hace gilipolleces de niños de quince años porque su novia le deja?

Entonces, tras aquellas palabras, la postura de Liam había vuelto a cambiar, estaba recto, con la mandíbula apretada y una expresión que Diana solo había visto un par de veces, y nunca hacia ella.

—Jeff es mi jefe —continuó—, un muy buen jefe —ambos se retaron con las miradas—. Lo que haga fuera del trabajo, me importa una mierda —masticó las palabras con rabia—. No me influye en nada. Más o menos, lo mismo que tú pensabas de mí —las palabras salieron de su boca casi sin ser consciente.

Lo único que quería era abrazarla y olvidar todo lo que había ocurrido. Sabía lo mucho que le había dolido escuchar todo lo que Kristen le dijo, y tenía bastante claro que lo que más le había dolido era que se enterara de sus iniciales intenciones de aquella manera. Aunque ella seguía sin escuchar, sin querer entender que eso fue antes de conocerla; por algún extraño motivo prefería creer que todo había sido una farsa, que nada de lo que él le había dicho era real. Ahora él también estaba enfadado.

—Si dejara de actuar como una cría y se dignara a escuchar, todo sería mucho más fácil, señorita Davis.

Le quería saltar encima, quería pegarle. Sentía la vena de su cuello latir y por un segundo creyó que le iba a reventar. Siguió retándole con la mirada, no estaba dispuesta a seguir discutiendo con él, no después de aquello.

—Que tenga un buen día, señor Jones —se despidió ella, empujándole como pudo para abrirse paso hacia la puerta.

—No, Diana, espera...

Pero ya era tarde, ella ya había salido y no tenía ganas de armar un numerito delante de todo el mundo. Prefería ahorrarse esa clase de vergüenza.

Cuando por fin salió del lavabo, la buscó con la mirada, aunque parecía haberse esfumado de la nada. Resignado, siguió con su camino, dispuesto a abandonar aquel lugar antes de volverse completamente loco.

Capítulo 48

Las semanas posteriores a aquello se le habían hecho eternas y la rutina era más pesada que nunca. Lorena había avanzado considerablemente en cuanto a la rehabilitación, uno de los días pudo incluso mover un poco la pierna, aunque no duró mucho. El doctor les dijo que no se hicieran demasiadas ilusiones porque eso no quería decir nada, pero en realidad ayudó bastante a que su amiga siguiera luchando y se esforzara el doble. Seguía valorando el gran poder y fuerza que tenía su amiga para seguir adelante pese a todo. Su amiga volvía a ser la misma que utilizaba cualquier excusa para hacer una broma o que sabía cuánto le gustaba un chico tras mirarle el culo.

Aunque estaba en la situación en la que estaba, ella no dejó de vivir y sorprendió a Diana teniendo un par de citas con un chico.

—¿El doctor? —preguntó sorprendida, mirándole de reojo.

—Sí, es un encanto —sonrió ampliamente mientras realizaba los ejercicios—. Hemos quedado mañana para ir a cenar.

Y aquello sí que era extraño, era la primera vez en su vida que escuchaba a Lorena hablar así de algún hombre. Siempre había formado parte del grupo de las que no se ataban a nada. A la única persona a la que era fiel, era a su ginecólogo.

—¿Cuándo le vas a contar a tu familia esto? —preguntó por fin, cambiando de tema.

Ya hacía más de un mes desde el accidente y sentía que su familia debía ser conocedora de toda la situación. Había conocido a sus padres, y sabía que pese a que eran un tanto egoístas con su dinero, a su hija la querían con su vida y, por tanto, la apoyarían tanto como pudiesen.

—Necesito esperar un poco más —suspiró—. Quiero que vean que todo está bajo control y que no necesito nada de nadie —se encogió de hombros—. Si les digo que estoy así, lo primero que harán será venir a Londres para llevarme a rastras de vuelta a España. Y yo no quiero eso.

Diana asintió, no iba a ser ella quien faltara a la decisión de su amiga, y mucho menos sobre un tema que no le incumbía del todo.

—Bueno, por ahora tienes la buena compañía del Doctor Bombón —bromeó.

—Pues claro —rió—. ¿Y tú? —Diana le miró sin entender— ¿Qué hay de Liam?

Desde la última vez, no se habían dirigido la palabra. Él iba con más asiduidad a la empresa de Jeff. Llegaba, barría con la mirada todo el lugar mientras avanzaba hacia la sala de reuniones y se encerraba allí con Jeff y un grupo de personas hasta la hora de comer. Ella estuvo presente en una de aquellas reuniones, a petición de Jeff, aunque apenas estuvo pendiente de lo que ocurría, estaba demasiado pendiente de Liam y su forma de hablar; incluso uno de los presentes llegó a llamarle la atención por no servirle agua cuando se la estaba pidiendo.

—Nada —negó con la cabeza.

—¿Crees lo que esa tía te dijo?

—Al principio no, no del todo —se corrigió—, pero él me lo confirmó y me lo sigue confirmando. Me utilizó. Fui la típica mujer trofeo que enseñas para joder a alguien y de la que luego te olvidas en cuanto lo consigues.

—No parece haberte olvidado, al menos eso no era lo que parecía el otro día —se encogió de hombros, Diana la miró confundida—. Hablamos por Facebook, de vez en cuando. Siempre de ti.

No podía creerse que incluso su mejor amiga estuviera jugando en el bando contrario. Bufó

fastidiada, no podía enfadarse con Lorena y no estaba dolida, mucho menos sentirse traicionada, pero no le gustaba. Después de todo lo que le había contado...

—Está tan mal como tú —prosiguió—. Solo quiere arreglar las cosas, Diana —consiguió que su mejor amiga la mirara—. Al menos habla con él como personas adultas. Por el amor de Dios, te presentó a su familia y ha compartido muchísimas cosas de su vida contigo —la regañó—, si solo te hubiera utilizado, ¿creerías que habría actuado así? —suspiró con cansancio— Te he intentado dejar a tu aire para ver si tú dabas el empujón y hablabas con él, pero le rehúyes y luego le pones a parir en cuanto puedes. Déjale hablar y darte su versión de las cosas.

* * *

Aquel día estaba agotada. La noche anterior apenas había podido dormir porque había tenido que estudiar -examen que no le había ido exactamente bien. Su cansancio unido a su mal humor, hicieron que fuera prácticamente imposible acercarse a Liam para hablar, además de que él estuvo en la empresa apenas quince minutos y ella estaba de trabajo hasta las cejas. Justo aquel día, Jeff decidió que ella debía quedarse algo más de tiempo, ya que quería que le ayudara a preparar una presentación para un cliente importante.

Apenas prestaba atención a nada, él hablaba y hablaba, pero ella realmente no estaba escuchando nada. Ni siquiera estaba prestando atención a las numerosas diapositivas, solo pensaba en irse a casa a dormir.

—Es por Liam, ¿verdad? —le oyó decir, entonces sí presto completa atención— No me estás prestando atención.

—Es que estoy... —él se sentó sobre la mesa, a pocos centímetros de ella— cansada. Aunque parezca mentira, mi vida no se acaba porque haya roto con un tío —quiso sonar lo más educada posible, al fin y al cabo, Jeff seguía siendo su jefe.

—Toda la oficina sabe sobre la discusión en el baño —Diana frunció el ceño—. Liam viene varias veces a la semana cuando antes era una vez cada x meses —sonríe—, y no hay que ser muy listo para saber por qué —dijo, mirándola—. Aunque le comprendo —colocó uno de sus mechones tras su oreja.

—Yo... —incómoda, Diana se puso en pie— Debería marcharme ya a casa.

No supo en qué momento exacto todo se oscureció. Jeff la agarró del brazo y la apretó contra él. Todo el resto de respeto y educación se esfumó, solo sentía asco y miedo. Como pudo, le dio un rodillazo en la entrepierna, provocando que se encogiera de dolor y aflojara el agarre. Enseguida, ella se apartó e intentó salir de la sala, pero él fue más rápido. Se recompuso lo suficientemente rápido como para detenerla y volverla a agarrar fuertemente de los brazos, colocándola contra la mesa de frente, sujetando su cabeza contra la mesa. Diana cerró los ojos, completamente inmóvil, solo le quedaba pedir que no hiciera nada, que no le hiciera daño. Completamente temblorosa y horrorizada, no dejaba de moverse y gritar. Sabía que era inútil. No había nadie en la oficina.

Aunque parecía que aquellas energías místicas habían escuchado sus plegarias. La puerta se abrió de golpe, causando que al instante Jeff se apartara. y se girara hacia el intruso. Diana se giró lentamente, encontrándose con quien menos creía encontrar en aquel momento. Estaba horrorizado y enfadado. Apartó sus ojos de los de ella antes de abalanzarse hacia Jeff.

Diana no supo en qué momento había comenzado a caminar. Como cobarde que creía ser, huyó. Tropezaba con sus propios pies y perdía el equilibrio, se había quedado temporalmente sorda, el

miedo del momento estaba causando estragos en ella.

Se abrazó a sí misma en cuanto sintió el aire frío contra ella, ni siquiera había recogido sus cosas. Se lo había dejado todo allí. Aunque prefería dormir en la calle antes de tener que volver para recuperar sus pertenencias.

De la nada, sintió un peso sobre sus hombros y se sintió abrigada. Miró bajo sus pestañas, encontrándose a un Liam alterado. Jadeaba y murmuraba varias cosas mientras caminaba a su lado.

—Vamos —la invitó a subir a su coche.

Aún paralizada por el momento, se montó en el coche. A pesar de estar enfadada con él, le agradecía que hubiera aparecido en el momento oportuno. Cinco minutos más, y habría sido demasiado tarde.

Durante el camino, no pudo evitar fijarse en él. Estaba alterado, se mordía el dedo mientras repetía cosas sin sentido. Jugaba con su pelo y volvía a apretar el volante con dos manos. Sus manos tenían varias marcas rojas, al igual que su traje, y estaban algo magulladas. Él no le había devuelto la mirada en todo el trayecto, lo que le afectó más de lo que esperaba. Necesitaba por algún motivo su calor y su apoyo.

Se bajó del coche y la ayudó a bajar a ella, esquivando su mirada continuamente. Eso realmente la hacía sentir repudiada, como si todo aquello hubiera sido realmente culpa suya.

En su casa, el asunto no cambió mucho. Él desapareció en la cocina mientras le ofrecía su baño para darse una ducha. Bajo el agua no pudo evitar derrumbarse y llorar desconsoladamente al recordar lo que había estado a punto de suceder. Se abrazó a sí misma e intentó lavarse, aunque seguía sintiendo sus manos por todo su cuerpo y su aliento tras su nuca.

Todo aquello la estaba martirizando y la indiferencia de Liam era lo que más la estaba matando por dentro. Vestida con el albornoz y todavía completamente mojada, se dirigió hacia él.

—No ha sido culpa mía —susurró con un hilo de voz.

Quería que Liam la mirara, aunque al mismo tiempo necesitaba escucharse a sí misma decir que nada de lo que había sucedido era su culpa y que ella no había dado pie a nada. Aunque por dentro, sentía que sí era así. Que cualquier gesto, cualquier expresión podría haber dado pie a eso.

Liam se giró hacia ella. La vio temblorosa y encogida, lo que le partió el alma. Se acercó a ella y rodeando sus hombros con su brazo, la acompañó al baño para ayudarla a secarse más, sino acabaría resfriándose.

—No ha sido culpa mía, yo no lo he buscado —repitió con la voz temblorosa.

—Lo sé —asintió mientras secaba su cabello con una toalla pequeña.

—Entonces, ¿por qué me esquivas la mirada?

—Porque cada vez que te miro, me acuerdo de lo que ha estado a punto de pasar —reconoció—. Y estoy a una mirada tuya de volver y matarle.

Diana se quedó en blanco, en silencio. Y Liam hizo lo mismo, siguió secándola con cuidado mientras ella se dejaba hacer, perdida en sus pensamientos.

—Yo no quería que sucediera —repitió, autoconvenciéndose—. Lo sentía por todas partes y ahora...

Liam la abrazó, rodeando su cuerpo con delicadeza mientras acariciaba su ahora húmedo cabello. La oía sollozar y moquear bajo él, y estaba seguro de que aquel era el peor sonido que jamás había escuchado antes.

Capítulo 49

Tras aquella noche, Diana salió huyendo de su apartamento. Intentó hacer el mínimo ruido posible mientras recogía sus cosas -Liam le explicó que las había cogido de su cubículo antes de marcharse. Él estaba dormido en el sofá mientras a ella le cedió la cama. Quería que se sintiera cómoda tras ese acontecimiento tan turbio, aunque tampoco sirvió de mucho porque apenas pudo pegar ojo. Por aquel motivo, allí estaba ella, huyendo a las seis de la mañana de su casa.

Le echó una mirada a toda la casa antes de finalmente salir y marcharse. Algo dentro de ella le decía que debía ir a clase e intentar olvidarse de todo, pero era incapaz. Se dirigió a casa, la cual no quedaba exactamente cerca, andando.

Cuando Liam se despertó, se quedó pensando un largo rato sentado en el sofá, sobre todo lo ocurrido la noche anterior. Se agradeció a sí mismo haber vuelto a la oficina para zanjar un tema que había quedado pendiente.

* * *

Caminaba con decisión por los largos y oscuros pasillos, sumido en sus pensamientos hasta que un pequeño grito le sacó del trance. Aceleró el paso con el corazón en un puño, estaba seguro de que algo no iba bien. Entonces escuchó su voz, pidiendo que alguien la ayudara y pidiéndole a quien fuera que parara. Corrió, dispuesto a atravesar la puerta si hacía falta. Y cuando abrió la puerta y vio aquella imagen, un extraña corriente recorrió toda su columna.

Jeff se apartó de ella e intentó explicarle que nada era lo que parecía, pero su puño actuó por sí solo. No le dio tiempo a explicarle nada, le pegó. Intentó volver a hablar, y le volvió a pegar, haciendo que cayera al suelo. No podía parar. Todo lo que sentía en aquel momento, era inexplicable.

Volvió a pensar con claridad y le vio, bajo su cuerpo casi inconsciente, con la cara destrozada y llena de sangre, al igual que sus manos.

—No quiero volver a verte en mi empresa —espetó con rabia y la voz ronca—, ni cerca de ella —le agarró del cuello de la camisa al decir esto último.

Le miró con desprecio unos cuantos segundos antes de volver a soltarlo con asco.

* * *

Buscó a Diana, pero no había ni rastro de ella. Se volvió a tirar en el sofá y creyó que la mejor opción era dejarla sola, al menos unas horas. Ella lo necesitaba, y él en el fondo también.

A las once de la mañana, y completamente cansado, se levantó para abrir a quien estaba aporreando la puerta. Su padre entró sin ser invitado y sin casi dejarle abrir la puerta.

—¿En qué coño estás pensando? —exclamó enfadado.

Estaba listo para escuchar lo que tenía que decir y sobre el arranque de rabia que tuvo la noche anterior, y también estaba listo para responderle de la manera más acertada.

—Me acaba de llamar la asistente de Jeff y me ha dicho que se acabó la sociedad —pone sus brazos en jarra—, que tú y él así lo acordasteis ayer.

Jeff había sido astuto y había omitido el por qué, sabía que el hablar más de la cuenta solo le metería en problemas que acabarían arruinando su empresa.

—Cuando me llamaste, me dijiste que ibais a firmar un contrato que uniera aún más ambas empresas —Liam rodeó los ojos y se dirigió a la cocina.

—Las cosas se han dado así, papá —volvió con un vaso de agua.

—Es por esa chica, ¿verdad? —inquirió con acusación—. Ahora está trabajando con él. ¿Sabes? Hay algo que se llama profesionalidad y...

—No me cuentes más historias sobre eso, ¿quieres? —estaba cansado— El sermón puedes reservártelo, ni me interesa ni tengo ganas.

—Solo te digo que esa chica nos va a llevar a la miseria —se dirigió hacia la puerta— y será por tu culpa.

Se marchó, dando un gran portazo y dejando a su hijo solo y pensativo. Ni siquiera se había fijado en sus nudillos hinchados y aún con marcas, ni siquiera se había interesado en por qué había finiquitado la sociedad, solo le importaba el hecho de que fuera así y de que la decisión la había tomado él. Siempre sabía que su padre había sido un egoísta, se lo había demostrado varias veces a lo largo de su vida, y sabía que su empresa era el único hijo al que había querido. Lo cual era bastante triste, para Liam.

Se pasó el resto del día pensando si debía ir o no a casa de Diana y hablar con ella, asegurarse de que estaba bien. Siempre se decía a sí mismo que no, que todavía era pronto y no debía presionarla, que necesitaba estar sola.

Se regañó a sí mismo cuando se vio sentado en el coche, conduciendo por aquel camino que tanto conocía.



Diana estaba tumbada en el sofá, pasando de un canal a otro, sin dejar nada fijo. No tenía ganas de nada, así se había pasado la mañana entera tras haberse duchado dos o tres veces más. Suspiró en cuanto oyó el timbre, suponiendo que se trataría de Lorena. Ya estaba comenzando a plantearse varias excusas, no quería preocupar a su amiga con todo lo ocurrido. Cuando la llamó por la mañana para avisarle de que no iría a la universidad, Lorena le aseguró que no había problema, que Patrick, el doctor, la acompañaría. El contraste entre ambas personalidades era obvio y ante la probabilidad de que Lorena le preguntara, le dijo simplemente que se encontraba mal, que estaba algo enferma. Sin protestar mucho, su amiga decidió que lo mejor era dejarla tranquila, sabía el mal humor que tenía Diana cuando estaba enferma y lo poco que le gustaba que estuvieran pendientes de ella.

Cuando levantó el telefonillo, preparándose para escuchar la voz preocupada de Lorena, se vio equivocada.

—Soy Liam —dijo algo agitado.

Suspiró y le abrió la puerta. En menos de un minuto, él ya estaba caminando hacia ella, entrando en su casa, como tantas veces lo había hecho.

—¿Cómo estás? —intentó que sonara casual, pero su voz gritaba preocupación.

—Bien, supongo —se encogió de hombros—, ¿y tú?

—Bien.

Los segundos que estuvieron en silencio, se hicieron eternos y extrañamente incómodos.

—Supongo que te despedirá —susurró él.

—He mandado mi dimisión —cortó.

Lo último de lo que quería hablar era de aquel asunto tan sucio y horrible. Solo escribió dos líneas para informar a la empresa de que había decidido dimitir y no regresar. Era un e-mail pobre, pero tampoco le importaba dar una buena impresión.

—Necesitarás algo para ganarte la vida —murmuró.

—Me las apañaré —se encogió de hombros.

—Puedo ayudarte, de verdad.

—Ese tema quedó zanjado, no quiero tu dinero —volvió a negar—. No quiero volver a eso, Liam.

—Trabaja para mí —le pidió.

Le miró, estaba sorprendida. Volvió a negar, meneando la cabeza mientras tomaba asiento en su sofá, el sitio todavía seguía caliente.

—Estoy buscando secretaria —informó—. Janette se jubiló hace dos semanas y no he encontrado a nadie que me guste para el puesto.

—Qué oportuno —murmuró con ironía.

—Sabes que soy muy quisquilloso con mis cosas —alzó una ceja—, y esa señora ha trabajado conmigo desde el principio. Necesito a alguien de confianza —tomó asiento a su lado—. Y no te voy a pagar yo, lo hará mi padre. Así que tu petición sería cumplida —bromeó.

Ella no pudo evitar sonreír débilmente. Le miró a esos profundos ojos azules, él de verdad quería ayudarla, más allá de todos sus sentimientos. Estaba expectante de una respuesta.

—Podrás quedarte el tiempo que quieras —aseguró—. En cuanto te salga otro trabajo, te marchas, si es lo que quieres.

Se llenó de valor para alargar su mano hasta la suya y apretarla, sintiendo una electricidad recorrerle toda la piel y hacerle cosquillas.

—Está bien —asintió.

—Mañana pásate para firmar el contrato.

Estuvieron hablando un rato más, centrándose en el trabajo y nunca de ellos, ni siquiera rozaron el tema de su relación. Quizás era demasiado pronto para hablar de aquello cuando aquel gran problema había sucedido.

Diana también le aclaró que no iba a denunciarle. No quería meterse en más líos y era la palabra de un reconocido empresario en contra de la palabra de una Sugar Baby, ella tenía las de perder.

El momento de despedida, fue de lo más extraño. Ambos querían lanzarse, dejar que sus labios hicieran todo el trabajo, pero todo acabó con un pequeño beso en la mejilla por parte de Diana y un leve “Gracias”.

Capítulo 50

Lorena siguió con los tratamientos y la rehabilitación, ya no solo se motivaba por el deseo de volver a caminar, sino por el hecho de volver a ver a Patrick, el doctor con el que había estado viéndose el último mes. Había veces que le costaba seguir y pedía parar, pero tanto Diana como su novio, la convencían de proseguir. Acabó recuperando algo de movilidad, lo cual le dio cierta esperanza en volver a su antigua vida, tal y como la conocía. Con ayuda de un andador, podía moverse por casa y por el hospital, aunque por la calle era preferible que siguiera usando la silla.

Diana había recibido unos cuantos mensajes por parte de su madre, preguntándole por cómo se encontraba. Nunca llegó a responder, siempre abría los mensajes, pero nunca los leía. Tras lo ocurrido la última vez que se vieron, era incapaz de actuar como si nada, como si su padre ya no existiera.

Compaginar los estudios con el nuevo trabajo no le había costado mucho, pero sí que le robaba demasiadas horas de sueño y socialización. Iba a la universidad por las mañanas, comía de malas maneras para poder irse directa al trabajo, donde Liam la esperaba con demasiadas tareas por hacer, y por la noche estudiaba en caso de tener algún examen. Mentalmente estaba agotada, tenía tantas cosas en la cabeza que no entendía cómo no le estallaba.

Las primeras semanas en la empresa fueron bastante difíciles, todos la conocían por ser la novia de Liam y no podían evitar mirarla de manera distinta que al resto. La veían como la protegida del jefe, aunque intentaran negarlo cada vez que ella introducía el tema. Él, sin embargo, la trataba de manera muy distinta. Era duro y estricto, quizás más que con el resto. Quería que las habladoras se detuvieran, pero solo consiguió empeorarlas.

—No entiendo para qué la contrata si no puede ni verla —oyó comentar a una mujer mientras estaba en el baño.

—Le puso los cuernos, se ve que la ha contratado para putearla —Diana rodeó los ojos ante tal comentario.

Cuando la vieron salir, ambas palidieron. Aunque Diana había aprendido a ser lo suficientemente profesional como para no entrar al trapo. Tras lavarse las manos y despedirse de ellas, se marchó. Se encaminó a su escritorio, el cual estaba situado frente al despacho de Liam. Estaba deseando ocultarse tras la pantalla del ordenador y olvidar que todo el mundo a su alrededor no existía, pero parecía que él no estaba por la labor.

La llamó a su despacho con seriedad y seguridad, volviendo a entrar sin ni siquiera asegurarse de que ella le hubiera escuchado o que le siguiera. Sintió muchas miradas sobre ella cuando se puso en pie. “Otra bronquita para la princesita” oyó murmurar a una voz femenina. Estaba prácticamente segura de que todos aquellos comentarios y desdén eran debidos a la envidia. Envidia porque ella había conseguido algo con lo que la mayoría solo soñaba. Y lejos de conseguir que se sintiera mal, acababa sintiendo pena por ellas. Porque el desear a un hombre las llevaba a odiar a cualquiera, que no fueran ellas mismas, capaz de meterse en sus pantalones. Era triste.

Cerró la puerta tras ella y se giró hacia él. Estaba sentado en su escritorio, jugando con un bolígrafo mientras tenía la mirada clavada en el ordenador. Le hizo un gesto para que se acercara. En respuesta, Diana tomó asiento en una de las sillas de cuero, esperando su discurso.

—Siento haber llegado tarde hoy, es que el profesor se ha alargado con la explicación —comenzó, prácticamente segura de que aquel motivo era el por qué la había llamado—. Ni siquiera me ha dado tiempo a comer algo —se quejó para sí misma, aunque él lo oyó perfectamente.

Inquieta, levantó la mirada y se encontró de frente con sus ojos. Esa mirada tenaz y distante había pasado a ser tierna y dulce. Sus labios se curvaron ligeramente, casi formando una sonrisa.

—En ese caso, te contaré lo que quería decir mientras cenamos —ella le miró sorprendida—. Es laboral, tranquila.

Diana asintió y esperó a que él siguiera hablando, si debía añadir algo.

—¿Qué tal lo llevas? ¿Estás cómoda? —asintió— Si alguien te dice algo...

—Es normal, no me importa —se encogió de hombros—. Hago mi trabajo como puedo, siempre esforzándome al máximo.

Liam asintió, echándose hacia atrás en su sillón sin dejar de mirarla. Estaba deseando rodear el escritorio y devorar sus labios, pero no iba a hacerlo. Al menos dentro de la empresa, debía ser severamente estricto consigo mismo y controlar sus impulsos.

—¿Algo más, señor Jones?

Ella siempre le había tratado de usted, nunca había cruzado aquella línea. Prefería marcarse a sí misma unos límites y verle como lo que era, su jefe. Ya no era su sugar daddy ni su novio, trabajaba para él, y nunca debía olvidarlo.

—No, nada más —negó ligeramente.

Tras asentir con la cabeza, Diana se puso en pie, dispuesta a volver a su lugar de trabajo. Pero su voz la detuvo a mitad de camino.

—Cuando termine, no se marche. La cena —le recordó al ver aquella expresión de confusión en su rostro—. Y pique algo ahora. No puede estar con el estómago vacío.

No podía negar que durante toda la tarde había estado pensando en él y la idea de cenar a solas. Mentiría si dijera que se moría de ganas, y no solo por el hambre que tenía. No sabía si iban a tener tiempo para hablar de ellos y todos los asuntos pendientes entre ambos, y en realidad no estaba segura sobre si quería volver a abrir ese tema. Habían estado evitándolo todo este tiempo.

* * *

Nueve y media de la noche. Todo el mundo se había marchado y quien quedara solo se estaba dedicando a recoger sus cosas para marcharse. Liam se aseguró de salir una vez que todo el personal de la oficina se había marchado, quería evitar a toda costa la posibilidad de comentarios al día siguiente. Sabía lo mucho que le molestaba a Diana.

Cruzó la puerta y allí estaba ella. Sentada tras escritorio de madera blanco, escribiendo algo en su cuaderno con la lengua asomada ligeramente entre sus labios. Estaba muy concentrada. Aunque aquello acabó en cuanto fue consciente de su mirada. Lo recogió todo tan rápido como pudo y salió junto a él. Ninguno dijo nada. En realidad, cualquier tipo de palabra sobraba.

Volvieron a montarse en su Jaguar negro. Diana a su izquierda mientras Liam conducía hacia algún lugar que ella en el momento desconocía. Poco duró aquello, ya que rápidamente pudo reconocer el camino y cualquier tipo de sospecha se desvaneció cuando detuvo el coche frente aquel restaurante. Recordó lo nerviosa que estaba el primer día que la llevó y lo mucho que le había costado decidir qué ponerse, y cómo tras aquello ambos se besaron. ¿Acaso que él la

llevara allí debía significar algo? Claro que sí, pero no quería verlo.

Liam veía cómo jugaba con sus manos y se movía sobre el asiento. Creyó que llevarla al restaurante donde tuvieron la primera cita, facilitaría poder acercarse un poco más a ella. Qué equivocado estaba.

No hablaron mucho durante la comida. La conversación se basaba en hablar sobre lo que les apetecía y lo que creían que tendría buena pinta. Diana lo agradeció. Estaba hambrienta y quería disfrutar de la comida.

Liam no pidió la cuenta una vez acabaron con los postres, pidió uno de los cocktails de la carta. Un *Gin-Tonic*.

—¿Y bien? —obtuvo su atención, la cual había pertenecido a la pajita de su vaso hasta el momento— Teníamos que hablar de algo, me lo ha dicho en su despacho, ¿recuerda?

—Necesito que vaya a Irlanda conmigo la semana que viene —le respondió de la misma manera—. Es estrictamente laboral, señorita Davis.

—Tengo clases —primera negativa.

—Por una semana no pasará nada —replicó—. Le firmaré un justificante si es necesario.

—Lorena me necesita —segunda negativa.

Estaba usando a su mejor amiga de excusa. Era lo más ruín que había hecho hasta el momento.

—Lorena estará perfectamente, además la compañía no le falta —rió.

Se le había olvidado por completo que ambos hablaban a menudo, incluso sabía sobre Patrick. ¿Es que se habían vuelto amigos?

—Le compensaré económicamente, desde luego —asintió y le dio un sorbo a su bebida—. Aunque si no quiere venir, no le insistiré más. Estoy seguro de que la señorita Donovan aceptará.

Intentó ocultar lo mucho que le molestaba que hubiera tenido aquella idea. Marcharse con Lillian tanto tiempo, solos. Ella iba detrás de él -como la mayoría de las mujeres solteras, y no tan solteras, de la empresa-, y había algo en ella que no le gustaba para nada. Tenía claro que si tenía una oportunidad a solas con él, Lillian lo aprovecharía sin pensárselo dos veces.

Respiró con pesadez, tan solo el imaginarse aquella situación hacía que le hirviera la sangre, aunque ella ya no fuera nadie para interponerse.

Liam la miraba divertido, haciéndose una idea de todo lo que debía estar pasando por su mente tras la idea de que Donovan le acompañara en su lugar. Estaba tratando de ocultarlo, pero estaba celosa, sin lugar a dudas.

—¿Cuánto tiempo sería? —quiso preguntar de manera descuidada.

—Cuatro días —clavó sus ojos en los de ella—. Cien libras al día, habitaciones separadas. Solo tendrá que verme durante las reuniones, si así lo desea.

Finalmente, aceptó la propuesta.

Capítulo 51

Enseguida se arrepintió de haber aceptado la propuesta, debió haber dejado que Lillian le acompañara. Le dolían los pies y la cabeza una barbaridad, y todavía no había comenzado la parte difícil del día; no habían salido del aeropuerto. Apenas se había maquillado y estaba segura de que la coleta se le había despeinado al apoyarse en el respaldo del asiento.

Caminaba con dificultad tras su jefe, quien mantenía un ritmo algo ajetreado e hiperactivo desde que habían aterrizado.

Diana bufó una y otra vez, ni siquiera la imagen de su amplia espalda y su perfecto trasero, marcado bajo los pantalones azul marino, la motivaba.

Liam se había girado varias veces hacia ella cuando por fin era consciente de que no caminaba a su lado. Le causaba algo de risa verla en aquella situación, no podía engañarse. Cualquiera otra persona habría llevado unas manolequinas y habría guardado los tacones para la reunión, pero ella no. O bien no había pensado en ello, o se le habían olvidado. Lo más probable era que ni siquiera lo hubiera meditado.

Se montaron en un taxi que puso rumbo a la empresa en la que debían reunirse. Diana soltó un suspiro de alivio y estiró, todo lo que el coche le permitía, las piernas. Jugueteeó con sus stiletos beige mientras movía sus pies, metiendo y sacando el talón del zapato.

—Si estás así ahora... —murmuró divertido.

—Seguro que me he hecho una herida —se lamentó.

—Piensa que no vas a moverte mucho en las próximas tres horas, por lo menos.

Aquello la aliviaba y la fatigaba al mismo tiempo. Por un lado, si ya le dolían los pies y apenas había caminado, no quería ni imaginarse la situación en caso de tener que andar. Y por otro, el estar encerrada tanto tiempo entre las mismas cuatro paredes la agotaba y la aburría a más no poder.



Desde el minuto uno, Diana no pudo evitar sentirse incómoda e ignorada. La mandamás del lugar, Olivia Lawrence, la había obviado por completo, le estaba prestando demasiada atención al imponente hombre que tenía al lado. No la culpaba, ella se sentía de la misma manera, pero existía algo llamado “educación” y que ellos debían conocer más que nadie. Aunque no solo se había sentido ignorada por la gran mayoría de los jefazos, sino también por Liam. Le había dedicado una o dos miradas antes y durante la reunión, pero sus ojos enseguida se vieron atrapados en otros, y no eran los verdosos que echaban llamaradas por la rabia, no.

Pudo percibir cierto coqueteo entre Olivia y Liam. Se lanzaban varias miradas cómplices y algunos comentarios que, al menos para ella, tenían doble sentido. Estaban ligando en sus narices mientras ella solo se dedicaba a tomar notas de algunas cosas y asentir como una imbécil, a la espera de nuevas órdenes.

Estuvo incluso a punto de patearle la cara a Liam cuando le entregó los papeles del hotel y le indicó que el restaurante era bastante pasable. Habían hablado de ir a comer tras la reunión, pero creía que ella también estaba invitada. No era así. Iban a estar ellos dos solos.

Liam pudo percibir cierto disgusto e inconformidad por su parte pero, ¿qué iba a hacerle? Era una comida entre dos socios, y no podía dejar a Olivia y todos los asuntos pendientes de lado por ella. Además de que le parecía divertido verla celosa. Al fin y al cabo, aquello significaba que esos sentimientos que tanto ignoraba no se habían esfumado, simplemente estaban ocultos.

—Ya nos veremos —se despidió de ella y cerró la puerta, alejándose del automóvil y acercándose a Olivia.

Diana intentó respirar hondo y retomar la tranquilidad mientras el taxi avanzaba por la carretera. No quería pensar mucho en ello, pero su cerebro siempre iba por libre e ignorando lo que ella quería o necesitaba.

No entendía por qué la había invitado a Dublín si iba a ignorarla y restregarle por la cara que había encontrado a alguien, de su edad, para pasar página. Olivia debía rondar los treinta y cinco años, era alta, rubia, con un cuerpo espectacular y un acento y voz sensuales de narices. Quizás era aquello lo que le preocupaba. Por fin había encontrado todo lo que había estado buscando con alguien que le daba mil patadas, con alguien que se parecía a él y que encajaba a la perfección en su vida. Harry, su padre, desde luego estaría encantado.

* * *

Al llegar a la habitación lo primero que hizo fue dejar las maletas -la suya y la de Liam- en el pasillo, el sobre -que contenía las tarjetas de ambas habitaciones- en el pequeño mueble del televisor y lanzar los tacones lo más lejos posible, sintiendo las plantas de sus pies extrañas al tocar el suelo. Ponerse unos zapatos nuevos tan altos había sido una horrible idea, y aún más sabiendo a lo que iba. Se desabotonó la camisa y bajó la cremallera de su falda antes de lanzarse sobre la cama.

Sus dedos jugueteaban sobre sus labios cuando sintió cómo su mentón temblaba y como se comenzaba a formar un nudo en la garganta. Respirando hondo, se sentó y se dispuso a cambiarse de ropa.

* * *

Estaba enfadada con Lorena y se lo había dejado bastante claro tras aquella llamada, pero se alegraba por volverla a oír su voz tan risueña y feliz, tan pilla como había sido siempre. Quería enfadarse, pero no podía. Aunque tenía claro que se la devolvería, eso desde luego.

Dio varias vueltas en la cama y volvió a mirar el móvil. Eran las once y cuarto, y Liam no había dado señales de vida. Le había mandado un mensaje, informándole de que ella tenía tanto su llave como su equipaje, cuatro horas atrás; pero ni siquiera había respondido a eso. Rodó sobre la cama, dándole la espalda a la mesita de noche en la que descansaba el aparato y cerró los ojos.

Volvió a abrirlos y rodó sobre el colchón. Se puso en pie, resguardando sus pies con las zapatillas y se dispuso a salir. Vestida con una fina camiseta de manga larga y un pantalón de pijama, caminó hacia el ascensor. Quizás en recepción sabían algo, quizás él había avisado de que le había sucedido algo.

Aunque parecía que el destino no quería verla haciendo el ridículo frente a tanta gente. Cuando las puertas del ascensor se abrieron de nuevo, ahí estaba él. Estaba despeinado, tenía un par de botones desabrochados y el nudo de la corbata aflojado. Su corazón latía a mil por hora al imaginarse lo que había podido ocurrir.

—A buenas horas —murmuró fastidiada.

Liam se colocó al lado de ella y esperó a que Diana apretara el botón de su planta. Podía escuchar su respiración agitada y podía sentir su mirada sobre él.

—Sí que se ha alargado la comida... —se cruzó de brazos.

—Teníamos muchos asuntos pendientes —respondió con despreocupación.

—Desde luego —torció el gesto, apoyando su espalda en el ascensor—. Apesta a esos asuntos pendientes —resopló cuando el perfume de mujer llegó hasta sus fosas nasales—. ¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó molesta al verlo sonreír.

—Que estés celosa —se encogió de hombros.

—No lo estoy. Puedes hacer lo que te dé la gana.

—Ya lo veo —rió—. ¿Te molesta que llegue tarde o que no haya sido contigo con quien he estado? —alzó una ceja mientras la miraba.

Un cortocircuito arrasó en su cerebro cuando sus ojos se clavaron en los suyos con burla. Balbuceó varias veces sin saber qué decir y acabó resoplando con hastío. Salió del ascensor en cuanto este llegó a su planta y avanzó con rapidez hacia su habitación, intentando huir del problema en el que se había metido ella sola.

Una mano la agarró del brazo, deteniéndola y apoyándola contra la pared. Diana le miró por debajo de las pestañas. Estaba tan cerca. Aunque Liam seguía acercándose hasta el punto en el que ambos alientos se mezclaban y chocaban contra los labios del otro. La tomó de las mejillas y la besó. Con pasión y necesidad. Devoraba su boca con anhelo, moviendo sus labios sobre los suyos de una manera salvaje. Que Diana no se separara y, aún mejor, le siguiera el beso, le encantaba. Ella deseaba aquel momento tanto como él.

Tiró de su labio inferior con los dientes antes de cortar el beso.

—Solo estás tú —susurró con la voz ronca—, y siempre vas a ser tú.

Diana seguía con los ojos cerrados, sintiéndose incapaz de enfrentarse a aquella situación. Su corazón latía desbocado contra su pecho mientras que su boca quería más.

—Y te esperaré —afirmó—. Cuando te decidas a hablar como las personas adultas —se separó de ella—, me avisas.

Abrió los ojos de golpe al oír aquello. No dijo nada. Se apartó de él como pudo y abrió la puerta de su habitación para entregarle tanto su equipaje como la tarjeta.

—Buenas noches, señor Jones.

Dicho aquello, cerró la puerta de un portazo y se intentó olvidar de él, de momento.

Capítulo 52

Cuando se despertó y se dirigió a la habitación del que ahora era su jefe, esperaba encontrarlo completamente arreglado y listo para la próxima reunión. Qué equivocada estaba. Tocó varias veces e incluso apoyó su oreja en la puerta para intentar oír algo desde el otro lado, pero se encontró con completo silencio.

Estirando de su blusa hacia abajo para colocarla, se separó de la puerta y decidió buscarle abajo. Fue en vano, ya que en recepción no había ni rastro de él. Rodeó los ojos y se decidió por preguntar por Liam.

—Se marchó con una mujer hace más de una hora —informó el recepcionista.

Diana sentía cómo los nervios comenzaban a acumularse en su nuca y cómo la temperatura de su sangre iba en *crescendo*. Le dedicó la sonrisa más forzada que había sido capaz de formar para mostrar su agradecimiento y poder marcharse hacia su habitación.

—También dejó esto para usted —el joven se agachó y volvió a aparecer con una caja entre sus manos—. Esperábamos a que fuera una hora decente para subírselo.

—Está bien —Diana tomó la caja blanca entre sus manos—. Muchas gracias.

Estaba enfadada. Mucho. Ni siquiera tenía interés en ver lo que había en el interior de la caja, lo único que quería era estrellarla contra su perfecta cara y romperle sus rectos y blancos dientes.

Lanzó descuidadamente la caja sobre la cama y comenzó a desvestirse. Deshizo su coleta, que le había llevado tanto tiempo que quedara bien. Se miró en el espejo y decidió comenzar a vestirse con la poca ropa casual que había decidido llevar consigo, por si acaso. Desde luego no iba a esperarle sentada, sin hacer nada. Había ido a Dublín para acompañarle en las reuniones, si él decidía prescindir de ella por decisión propia, entonces tenía todo el derecho del mundo de tomarse el día libre.



No había hecho mucho, simplemente pasear, sin poder quitarse la imagen de Liam con Olivia de la cabeza. También había hablado con Lorena, quien le contaba entusiasmada los avances en su relación con el doctor y lo bien que estaba funcionando la rehabilitación.

Se había detenido en uno de esos restaurantes de comida rápida para almorzar cualquier cosa y, mientras devoraba su hamburguesa, recibió un mensaje. Sin soltar el manjar de su mano izquierda, sacó su móvil con la derecha para ver de qué se trataba. Rodeó los ojos al ver su nombre y estaba a punto de volver a guardar el dispositivo, pero otro mensaje llegó.

¿Te ha gustado el regalo?

Dejó la hamburguesa en la pequeña caja de cartón y limpio sus manos para responderle.

*Ni lo he abierto,
aunque no creo que sea de mi gusto*

Siguió comiendo al ver que no recibía respuesta por su parte. A punto de finiquitar con su comida, se vio interrumpida por su móvil de nuevo. “Yo creo que te quedará muy bien. Es en lo único que he pensado toda la mañana” Diana rodeó los ojos ante aquel mensaje. Sí, claro.

Decidió no responderle, no merecía la pena empezar aquel juego. Acabó de comer y decidió

volver al hotel.

* * *

A las siete menos cuarto, oyó la puerta de la habitación de al lado abriéndose y cerrándose en cuestión de segundos. Liam había vuelto, quizás antes de lo que Diana esperaba. Se moría de ganas por hablar y estar con él, pero se lo impedía a sí misma. Recordó lo que Lorena le había pedido durante la anterior llamada: que tratara de hablar con Liam, al menos, porque era más que obvio que estaba enamorada de él. Y su mejor amiga no se equivocaba. Aquellos meses que habían estado distanciados le habían servido para darse cuenta de lo mucho que le echaba de menos, incluso le costaba dormirse sin él o sin escuchar sus buenas noches antes.

Volvió a negar con la cabeza, no podía.

La parte racional de su cerebro estaba discutiendo con la parte emocional, peleándose por la que creían que era la mejor decisión. Pero mientras sus pensamientos se contradecían continuamente, su cuerpo ya se había puesto en marcha y sus nudillos ya habían chocado contra la madera dos veces.

—Ahora voy —escuchó su voz del otro lado.

—Joder —susurró, pensando si debía dar media vuelta o quedarse allí plantada.

Antes de que pudiera tomar una decisión, la puerta se abrió ante ella. Liam todavía llevaba puesto un traje azul marino, aunque parecía que Diana había interrumpido en su deseo de deshacerse de aquellos trapos y ponerse ropa más cómoda. Verlo con el pelo algo despeinado, el nudo de la corbata casi deshecho y con algunos botones de su camisa desabrochados, le hacían pensar si realmente era buena idea hablar con él en aquel momento. No creía que su cerebro fuese a funcionar correctamente.

—Quería hablar contigo, pero parece que estás ocupado —dijo rápidamente—, así que mejor me voy.

—Me iba a cambiar —sonrió—. Si te has tomado la molestia de llamar a mi puerta, debe ser importante.

Le dejó un espacio, invitándola a pasar. A pesar de estar muy nerviosa, no agachó la mirada. Debía mostrarse segura.

—Tú dirás —cerró la puerta tras él.

—Quiero hablar de Kristen, de todo ese asunto —Liam asintió—. Debería escuchar tu versión.

Liam, sin saber a qué venía aquello, la invitó a ponerse cómoda. Era muy repentino que ella apareciera de la nada y decidiera hablar de un asunto que habían dejado a medias durante meses. Sin embargo, se alegraba de que por fin ella estuviera dispuesta a escuchar.

Diana se sentó en el borde de la cama y esperó que él también lo hiciera, pero no. Se quedó de pie, recargando su espalda en el mueble de la televisión sin apartar sus ojos de ella.

—Era mi prometida —comenzó—. Rompió conmigo porque se estaba viendo con otro. Al principio sí quería a una sugar baby para que me acompañara a eventos y ponerla celosa, creía que estaba enamorado de Kristen y quería recuperarla.

—Y es ahí cuando entro yo —susurró.

—Sí. Cuando te vi, estaba seguro de que eras tú a la que quería como acompañante temporal —Diana asintió—. Quería que fueras como las demás, de pasada y ya está. Pero tú eras distinta, había algo en ti. Solo quería pasar tiempo contigo, me olvidé por completo de Kristen. Ella me llamó varias veces e intentó solucionar las cosas, pero yo no quería estar con ella. Quería estar

contigo, solo me importabas tú —se encogió de hombros—. Nunca fingí sentir nada hacia ti porque todo era real. Es real.

—¿Por qué me mentiste? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Al principio no lo vi necesario —se encogió de hombros—. Ibas a ser una sugar baby. En primer lugar, no era de tu incumbencia. Y en segundo lugar, al no decírtelo iba a ser más natural —tomó asiento a su lado—. Luego fui conociéndote, las cosas comenzaron a complicarse, nosotros teníamos una conexión. Temí que al contártelo te alejaras, no solo por lo de Kristen, sino por habértelo ocultado tanto tiempo. Aunque es justo lo que ha pasado.

Un profundo silencio se hizo presente. Diana intentaba asimilar todo lo que Liam le había contado, mientras que él estaba sentado a su lado, esperando una respuesta por su parte. La miraba con atención, ella tenía el ceño ligeramente fruncido y sus labios formaban una línea recta.

—¿No estabas enamorado de Kristen?

—No. Ni ella estaba enamorada de mí, pero nuestros padres tuvieron bastante influencia con lo que creíamos que sentíamos —suspiró—. Con ella no he sentido que se me acelerara el corazón cuando me miraba, ni me hacía perder el aliento con su sonrisa, ni sufría insomnio por no tenerla a mi lado por las noches... Pero contigo —hizo una leve pausa—, estos dos meses me has estado haciendo la vida imposible.

—Bueno, me alegro de no ser la única que se siente así —bromeó—. Tú también me lo has puesto bastante difícil.

Apoyó su cabeza sobre su hombro, cerrando los ojos para disfrutar más del momento. Lo había añorado tanto.

—¿Estás enamorada? —inquirió con un hilo de voz mientras acariciaba su hombro sobre el jersey.

—Hasta las trancas —confesó.

Liam sonrió orgulloso y feliz. Se alegraba de escuchar que ella sentía exactamente lo mismo que él, aunque no estaba seguro de que aquello supusiera que todo volviera a ser como antes.

Diana volvió a levantar la mirada, encontrándose con esos ojos azules que la volvían loca. Le dedicó una pequeña sonrisa, sin mostrarle los dientes. Acarició su mejilla con el dorso de sus dedos, ambos disfrutando del contacto de sus pieles.

—¿Y Olivia? —se arrepintió de nombrarla en el mismo momento en que su nombre salió de sus labios.

—Es una vieja amiga —la miró divertido—. Y nunca ha habido nada entre nosotros —puntualizó.

—Pues a ella le encantaría —murmuró.

—Lo sé —admitió despreocupado—, pero a mí no. Aunque sé que te ha sacado de quicio pensar que sí.

Diana negó varias veces con la cabeza. Volvió a mirarle, inspeccionando su rostro con detenimiento mientras su mano volvía a acariciarle, en aquel momento la barbilla. Él acarició su mejilla al mismo tiempo que se acercaba a sus labios.

Como un imán al metal, sus labios se unieron en un dulce beso que, poco a poco, por la emoción del momento o por las mismas ganas, fue volviéndose más apasionado y demandante.

Capítulo 53

Diana jadeó cuando sus lenguas se rozaron y aquel sonido fue como un interruptor para Liam. Sus grandes manos pasaron de su mejilla a su cintura, intentando atraerla aún más hacia él. Ella colocó sus piernas sobre las suyas, en un intento por conseguir pegar sus cuerpos todo lo posible, pero necesitaba más. Las manos de Liam acariciaron sus muslos por encima de los vaqueros, subiendo lentamente, consiguiendo abrasar cada milímetro por el que pasaba, hasta llegar a su trasero.

En un ágil movimiento, se colocó a horcajadas sobre él, enredando los brazos alrededor de su cuello y comenzando los tortuosos movimientos de sus caderas. A pesar de las ganas, ambos querían saborear el momento, su momento.

Durante el tiempo que rompieron el beso para respirar, Diana pasó su dedo índice por su rostro, delineando cada centímetro desde su frente hasta su barbilla, sin apartar la mirada de sus ojos, los cuales tenían un tono más oscuro de lo normal. Depositó un suave beso sobre la yema cuando su dedo acarició sus labios, primero el superior y luego el inferior. Sonrió levemente ante ese gesto, no había cambiado ni una pizca. Siguió bajando hasta llegar al nudo casi deshecho de su corbata. Con ambas cejas alzadas, esperó a que siguiera. Tiró de la tela para volver a apresar sus labios con hambre.

En cuestión de segundos, se deshizo de su americana, su corbata y su camisa. Sus grandes manos volvieron a cubrir sus nalgas, empujando sus caderas un poco más abajo para ejercer más presión. Se zafó de su boca para dirigirla a su cuello, mordiendo y chupando al mismo tiempo que miles de descargas atravesaban su cuerpo de arriba a abajo. Un pequeño jadeo se escapó de sus labios cuando Liam se coló en el interior de sus pantalones, acariciando su humedad por encima de la ropa interior.

Se deshizo de su camiseta y el sujetador con rapidez, quedando en la misma condición que él. Diana sintió cómo su vientre se contrajo cuando una de sus manos cubrió su pecho.

—Te he necesitado tanto, cariño —admitió Liam con la voz ronca.

Le desabrochó los pantalones sin apartar sus ojos de los suyos, tenía miedo de que ella en cualquier momento se arrepintiera. Diana se puso en pie, deshaciéndose de sus zapatos y de sus calcetines primero. Estaba a punto de deshacerse de sus pantalones, pero él la detuvo.

—¿Estás segura de esto?

Necesitaba escuchar de sus propios labios que ella quería aquello tanto como él.

Diana se inclinó, apoyándose en sus hombros para depositar un beso en sus labios. Volvió a incorporarse, bajando la cremallera de sus pantalones mientras Liam se dedicaba a repartir besos por su vientre.

—Estoy muy segura —respondió, mientras acariciaba su cabello.

Liam se deshizo de los vaqueros y de las bragas rosas con su ayuda; ambos moviéndose al compás, formando el mejor equipo. Volviendo a depositar besos sobre su vientre y su pubis, sus dedos comenzaron a acariciar y jugar con su sexo. Los numerosos jadeos y gemidos que se escapaban de sus labios iban directos a su entrepierna, tensándola aún más.

Diana le agarró de la muñeca y se inclinó para apoyar su frente contra la suya, sin apartar sus miradas. Sin necesidad de hablar, él ya sabía qué quería.

Apartó sus manos y se puso en pie frente a ella. Volvió a besarla con ternura, dejando a un lado por unos segundos toda la pasión y excitación. Acarició su espalda lentamente, bajando por ella hasta llegar a sus pantalones. Los desabrochó con rapidez y los bajó, acompañados de sus calzoncillos.

Liam se dejó caer sobre la cama y, poco después, Diana se unió a él, gateando hasta quedar a horcajadas sobre su cuerpo. Después de tanto tiempo, se iban a volver a tener como llevaban deseando desde hacía dos meses atrás.

* * *

Jadeando y exhaustos, el cuerpo de Diana yacía sobre el de Liam, ambos abrazados y en silencio, únicamente escuchando el sonido de sus respiraciones. Acariciaba su espalda de arriba a abajo mientras ella examinaba su rostro, como si no lo hubiera visto en meses. Y, en cierto modo, sentía que era así.

—Te he echado tanto de menos —reconoció Diana, pasando su dedo por su clavícula y su bien definida mandíbula.

—Yo también, cariño —dio un beso sobre su frente—. Aunque te viera y hablara contigo cada día, no es lo mismo.

—Lo sé —asintió—. Me siento igual. Era una mierda tener que verte cada día, sobre todo antes del incidente —recordó lo sucedido en la empresa de Jeff.

—Bueno, antes digamos que iba tanto solo para verte —sonrió—. Las faldas de tubo y esos pantalones de ejecutiva te quedaban muy bien —bromeó, obteniendo una risa por su parte.

No sabía lo mucho que había añorado aquel sonido hasta que volvió a escucharlo. La había recordado continuamente, al igual que cada rincón de su cuerpo, y, por fin, volvía a tenerla.

—¿Crees que todo vaya a volver a ser como antes?

—No —respondió tajante.

Diana le miró confundida y algo preocupada. Se estaba esperando lo peor. Liam bajó la mirada hacia ella, con una pequeña y divertida sonrisa dibujada en su rostro.

—Va a ser mejor —aseguró Liam—. Muchísimo mejor.

—En el trabajo...

—Todo va a ser igual —ella se irguió—. Mismo trato y mismas condiciones —acarició sus caderas—. Sé lo mucho que te gusta mantener las cosas al margen y ser profesional. Y bastante te está costando ya con todos los comentarios.

—Gracias —volvió a inclinarse para besarle.

Tras aquello, se tumbó a su lado en la cama. Y casi al instante, fue rodeada por sus brazos, atrayéndola hacia él.

—Qué bien voy a dormir hoy —suspiró Diana, recordando las malas noches que había pasado.

Capítulo 54

Los días y las semanas posteriores a aquella noche, la situación no cambió. Ambos seguían enamorados y celebrando continuamente el volver a estar juntos. Tal y como habían acordado, su relación no iba a interferir en el trabajo, ambos consiguieron ser completamente estrictos en cuanto a aquella situación, aunque en más de una ocasión les habían encontrado juntos, ya fuera paseando, agarrados de las manos, o comiendo juntos sin poder evitar devorarse la boca el uno al otro. Diana había sido la comidilla de la oficina y la causa de la envidia de muchas de sus compañeras. Siempre había sido capaz de hacer oídos sordos, menos una de las tardes en que Lillian la atacó con varias indirectas.

* * *

—¿Tienes algún problema? —inquirió tras el décimo comentario fuera de lugar de aquel día.

—Nada en absoluto —negó Lillian, volviendo la mirada hacia su ordenador.

—Lo digo porque si te pasa algo, puedes decírmelo directamente —se encogió de hombros con simpleza—. Aunque claro, decir que estás desesperada por meterte en los pantalones de Liam y que estás jodida porque esté conmigo, al igual que todas, suena un poco mal, ¿me equivoco? —tanto Lillian como sus otras dos compañeras, y amigas, la miraron boquiabiertas.

—Yo...

—No necesito que me digas nada. Estoy trabajando en las mismas condiciones que tú y, si no te parece mal, me gustaría que dejarais de hablar mierda sobre mí o mi vida privada —pidió con tranquilidad—. Y necesito los papeles que te he pedido hace media hora.

* * *

Aún la tensaba recordar aquella situación y cómo no había podido contener su lengua, pero no podía remediarlo. Había estado meses en aquella situación de miradas disimuladas, susurros y murmullos, y acusaciones. Bastante había aguantado.

Por suerte tenía a dos personas en su vida con las que podía desquitarse y hablar de lo que le hiciera falta. Para aquello, Lorena siempre estaba dispuesta, sobre todo porque le encantaba enterarse de los problemas y líos en la oficina. Muchas veces era ella la que le preguntaba solo para tener algo que comentar y de lo que reírse.

Lorena volvía a ser la misma cada vez más. Incluso podía decirse que había mejorado en comparación con su anterior versión. La veía más feliz, más luchadora, un poco más madura. Ese accidente le había cambiado la vida y la había hecho despertar, no solo se había encontrado con una cara de ella misma que no conocía -esa misma versión que había conseguido que dejara de lado la silla de ruedas para ser capaz de volver a andar, con ayuda de muletas-, sino que gracias a aquello también había encontrado el amor, eso que tanto le había costado durante años y de lo que tanto rehuía. Y por fin había dado un paso hacia delante y le había contado a su familia todo lo que había ocurrido los últimos meses. Ellos enseguida le recriminaron por no contarles nada, pero no

podían evitar sentirse orgullosos del gran esfuerzo de su hija. Y no era para menos.

* * *

Ante la cancelación de la cita doble que tenía preparada con Lorena y su novio, Liam y Diana decidieron hacer otros planes. Optaron por ir a cenar los dos solos y luego ir a jugar a los bolos, como hicieron en su primera cita. Tomaron los gofres que ella misma le había ofrecido y, tras la partida, decidieron volver a la casa de Liam.

—Tengo una sorpresa —le susurró al oído.

Ella no quería marcharse tan pronto, pero el hecho de que hubiera una sorpresa esperándola en algún lugar, le hacía tener ganas de estar en casa en aquel mismo instante. Se preguntaba qué debía tener preparado.

Una vez de vuelta en el apartamento, Liam se mostró incluso más misterioso que antes, sonriendo y jugando continuamente. La dejó sola en la sala de estar para dirigirse hacia su habitación, mientras tanto, ella tomó asiento en el sofá y se quedó observando el paisaje, completamente anonadada. No había algo que le gustara más de aquel apartamento que las vistas perfectas de Londres, especialmente por la noche con la ciudad iluminada por las luces.

—Cierra los ojos —pidió Liam cuando volvió a salir de la habitación.

Desconfiada, hizo lo que le pidió. Suspiró y dejó que sus ojos se cerraran mientras ella se echaba hacia atrás con pesadez. A su derecha, oyó los pasos acelerados de Liam, los cuales se detuvieron frente a ella. Sintió su mano acariciando su rodilla, subiendo un poco la tela de su vestido floral.

Sin poder esperar más, abrió los ojos, encontrándose a su novio de rodillas frente a ella con una pequeña caja de terciopelo negra. Titubeó varias veces, ¿acaso iba a pedirle que...?

—Ábrelo, cariño —le ofreció la caja.

Emocionada y nerviosa, abrió la caja con dedos temblorosos e indecisos. Cuando vio el interior, volvió a mirar a su novio sorprendida. Había una llave plateada sobre una esponjita roja.

—Vente a vivir conmigo —sonrió sin mostrarle los dientes tras hacerle aquella petición.

Diana le miró a los ojos, a aquellos ojos de un azul claro que en aquel momento la miraban con atención y en profundidad, intentando analizar sus gestos para hacerse una idea sobre lo que ella pensaba.

Prácticamente, ambos vivían juntos, ya fuera en su casa o en la de él, siempre dormían en la misma cama y pasaban juntos gran parte del día, cuando no estaban trabajando, en una casa u otra.

—Ya te he hecho espacio en mi vestidor y en el baño —comunicó sonriente—, y le podrás dar tu toque a la casa.

Sabía que iba a seguir hablando si no le callaba, intentando convencerla, pero no le hacía falta. Le amaba y aquella era la mejor sorpresa que podía haberle dado en aquel momento. Se inclinó, agarrando su rostro con ambas manos para plantar un beso sobre sus labios. Lo quería todo de él y él quería todo de ella. No necesitaba nada más.

—Creía que ibas a pedirme otra cosa —rió.

—¿Era lo que querías? —volvió a acariciar su pierna.

—Me gustaría en un futuro, pero creo que ahora es demasiado pronto.

Liam asintió y volvió a besarla.

—Voy a preparar un baño, ¿te apetece? —Diana asintió rápidamente.

Liam desapareció tras la puerta del baño mientras que Diana se decidió por incluir aquella

llave en su llavero. Tenía muchos planes formándose en su cabeza, debía comenzar la mudanza, qué llevarse y qué no, y vender su casa, o alquilarla.

Estaba emocionada, con unas ganas inmensas de llevar a cabo aquel proyecto de vida juntos. Al fin, tras la tormenta, las nubes les dejaban ver los rayos de sol, pero la vida nunca es tan sencilla. Y mucho menos para ella.

Mientras estaba sumida en sus pensamientos, su teléfono comenzó a sonar. Miró la pantalla extrañada al ver un número tan largo que no reconocía. Quizás fuera publicidad o novedades sobre Lorena.

—¿Diana Davis? —preguntó una voz masculina desde el otro lado.

—Sí, soy yo.

—Soy el inspector Oldman —se presentó.

Capítulo 55

Aquella llamada y los acontecimientos que siguieron de esta, fueron la peor pesadilla hecha realidad para Diana.

Sentía la palabra culpable escrita en la frente, marcándose con hierro caliente, desde que colgó el teléfono y se dispuso a marcharse a su pueblo natal. Y la herida parecía hacerse cada vez más profunda con cada paso que daba hacia la sala dónde supuestamente estaba su madre, muerta.

Se repetía a sí misma el supuestamente, intentando autoconvencerse de que había sido un error y que, a pesar de vivir aquella mala vida, todavía seguía ni sana ni salva, pero viva, con su padre.

El policía alternaba la mirada continuamente entre ella y su novio, como si la diferencia de edad entre ambos fuera lo más importante en aquel momento. Soltó un leve suspiro antes de alzar la tela y tirar de ella. Diana no quería mirar, no creía estar lista para aquello. Y no se equivocaba. Ver el rostro pálido y sin vida de su madre, con la cara completamente destrozada por los golpes, la destruyó. Soltó un fuerte gemido, cubriendo su boca con su mano para acallar los siguientes.

Quería abrazar a su madre, besarla y repetirle cuánto la quería, quería que ella la escuchara.

—Lo siento —repitió una y otra vez, inclinándose hacia delante, apoyando su cabeza sobre su pecho—. Lo siento mucho.

Liam apoyó su mano sobre su espalda y acarició su cabello. Sentía su corazón estrujarse en su pecho al escuchar sus disculpas y su llanto, no podía verla así. La tomó suavemente del brazo, rodeándola con su cuerpo, en un fallido intento por hacerle sentir segura y en paz.

—Hay otro cadáver —murmuró el policía.

Diana se separó un poco para poder dirigir su mirada al agente, aunque su mirada borrosa a causa de las lágrimas seguían impidiendo que pudiera verle con claridad.

—Él dejó una nota antes de suicidarse —dirigió su mirada hacia la camilla que había tras ellos.

* * *

Los días posteriores habían sido peores. Tanto ella como Liam decidieron quedarse unos días en el pueblo. A Diana todavía querían tomarle declaración y debían llevar a cabo el funeral.

Había pasado casi toda la mañana en comisaría, describiendo qué relación tenía con sus padres y si había presenciado algún maltrato por parte de su padre. No dudó en contarlo todo, aunque se sorprendió a sí misma al mostrarse tan tranquila y serena mientras lo narraba. El inspector entonces le contó que lo que probablemente había causado aquella pelea fue que su madre quería abandonarle. Al parecer, ella tenía hechas las maletas y había comenzado a escribir una carta despidiéndose de él. Diana no estaba segura de si aquello la hacía sentirse orgullosa porque al fin fuera capaz de dar aquel paso, o destrozada porque aquella decisión fue la que acabó con su vida.

* * *

Liam podía sentir a su novia sollozar y removerse a su lado, tirando de la manta y encogiéndose de cada vez más. La noche anterior apenas había podido pegar ojo, ni siquiera había

llegado a dormirse del todo.

—Es mi culpa —susurró, dándole la espalda—. No tendría que haberla dejado sola —agachó la cabeza—. Me marché e intenté olvidarme de todo aquello, fui egoísta —intentó encontrar sus ojos, inclinándose un poco hacia delante—. No debería haberme ido nunca. Yo también la he matado.

La estrechó con fuerza entre sus brazos, intentando consolarla de alguna manera. Odiaba con fuerzas ver cómo se martirizaba y se culpabilizaba por algo de lo que ella no tenía ninguna culpa y que ella no habría podido solucionar de ninguna de las maneras. Volvió a escuchar su llanto.

—Hiciste todo lo que pudiste, y más —le aseguró—. Tu madre estaba cegada, enamorada, y no quería ver lo que realmente estaba ocurriendo. No habrías conseguido nada por mucho que te hubieras quedado.

Diana se encogió aún más entre sus brazos, apretando con fuerza su antebrazo entre sus manos mientras ocultaba su rostro en su bíceps izquierdo.

—¿Sabes qué fue lo último que le dije? Le mandé un mensaje, diciéndole que me llamara cuando le dejara o cuando él se muriera. Si no me hubiera hecho caso, quizás seguiría viva.

Entonces Liam entendió por qué se había pasado tanto tiempo mirando el mismo mensaje en el móvil. Para Diana, todo había sido culpa suya y seguramente creía que la mejor opción hubiera sido que su madre no le hubiera hecho caso en cuanto abandonar a su padre y que ella misma no se hubiera ido de casa en primer lugar.

—Lo que más me duele es que no me pude despedir de ella —susurró con la voz quebrada—. Y ahora nunca le voy a poder decir que nunca me marché por su culpa, que me habría encantado tener una relación normal con ella.



En lugar de enterrarla en aquel lugar en el que no tenía a nadie, decidió incinerarla. Muchos conocidos le habían preguntado dónde estaba su familia y lo cierto era que, aparte de ser de una familia pequeña -solo sus padres y su hermana mayor-, todos se habían distanciado gracias a su padre. Habría intentado ponerse en contacto con ellos, pero sus abuelos habían muerto años atrás y su tía murió poco después. Solo la tenía a ella y la había dejado sola por puro egoísmo.

Lanzó las cenizas, acompañada de Liam y su mejor amiga, en un lago donde su madre la había llevado varias veces de excursión. Recordaba lo feliz que era al aire libre, sobre todo en aquel lugar, la sonrisa de oreja a oreja y el brillo en su mirada. Y ya no estaba, ya no iba a poder volver a verla de aquella manera.

En cuanto a su padre, Diana no se esforzó en hacer nada por él. Él seguía teniendo a su familia, tan repulsiva y violenta como él. A pesar de que todo el mundo merecía cierto respeto tras su muerte, Diana se sentía incapaz de mostrar el más mínimo respeto hacia su padre. Y tenía bastante claro que si iba al funeral, no era para rendirle un homenaje. Le había arrebatado a su madre porque era incapaz de encajar que ya no quería estar con él. Un hombre incapaz de aceptar que su madre era una mujer libre para decidir y marcharse de donde quisiera, especialmente si aquel lugar que consideraba hogar era la casa de los horrores.

Siempre había tenido claro que en esa historia había dos finales posibles, y se había hecho realidad el más trágico de ambos. A pesar de haber intentado hacerse a la idea, de acostumbrarse a las continuas pesadillas relacionadas con aquel tema, sentía que una parte de ella se había muerto junto a su madre y se estaba hundiendo en lo más profundo de aquel lago.

Capítulo 56

Los meses pasaron lentamente, como si la vida no quisiera que aquel mal momento pasara nunca, como si quisiera que Diana no pasara página. El apoyo por parte de Lorena y Liam había sido clave en aquel momento, si no hubiera sido por ellos, no habría sido capaz de sacar fuerzas de ningún lado, no estaba segura de cómo habría acabado todo.

El primer mes había sido el peor de todos, prácticamente no se levantaba de la cama -a veces ni siquiera para comer-, y es que el peso de la culpa sobre sus espaldas hacía que todo le costara el doble, incluso la cosa más simple.

Y parecía que todo aquello se iba a alargar más tiempo, hasta que un día, de la nada, se dio cuenta de que no podía seguir actuando de aquella forma. Fue uno de esos días en que parece que una luz cae sobre ti para iluminarte el camino, y algo dentro de Diana le hizo estar segura de que aquella luz era su madre. Sabía que a su madre no le habría gustado que dejara pasar su vida por delante de sus ojos sin vivirla, ni que pasara por alto todas las personas que sí estaban.

Liam se vio sorprendido ante su repentino cambio. A pesar de tener la idea de salir y respirar aire puro, seguía sin sonreír, sin mostrar ningún tipo de sentimiento. Ambos sabían que era algo que les llevaría tiempo y él estaba dispuesto a esperar. No solo se enfrentaba a la muerte de su madre, más que aquello, era la forma en que había muerto, las circunstancias en las que había vivido anteriormente y como ella no había podido hacer nada para impedirlo.

Diana sabía que para él tampoco había sido fácil. Como siempre, parecía que las tragedias se ponían de acuerdo para machacarlos. La empresa de su padre tampoco estaba pasando por el mejor de los momentos y, aparte de eso, estaba ella. Tenía claro que el verla en aquella situación, de aquella forma, no era nada sencillo para Liam; sabía que le costaba sacar el suficiente ánimo y fuerza para ambos, pero lo intentaba. Y era en aquellos momentos en los que se daba cuenta de que esos eran los detalles que marcaban la diferencia, lo que hacía que todo fuera muchísimo más especial, algo que, desde que lo conoció, lo convirtió en su familia.

Entonces lo entendió todo, sentada en un banco de Hyde Park, mientras miraban a la nada en silencio. Ladeó su cabeza para mirarle. Tenía un aspecto cansado y algo más demacrado que meses atrás, las horas sin dormir, el estrés y la preocupación comenzaban a hacer eco en su físico, no era capaz de entender cómo no se había dado cuenta antes. Liam había sacado fuerzas de donde no tenía por ella, porque aquello era lo que hacía la familia. Había pasado tanto tiempo culpabilizándose que se había olvidado completamente de todos y se había perdido tantas cosas.

Al notar su mirada, Liam se giró y le dedicó una sonrisa, en el fondo rota. Había intentado tantas veces que aquella sonrisa fuera respondida, que había perdido cualquier tipo de esperanza, pero seguía intentándolo. Normalmente ella apartaba la mirada o agachaba la cabeza y se rompía a llorar, pero aquel día hizo algo que le sacó completamente de lugar. Diana le había respondido con una pequeña sonrisa sin mostrarle los dientes y apoyó su cabeza sobre su hombro tras entrelazar sus brazos.

—Lo siento —susurró con voz temblorosa—. Estaba tan centrada en aquello que...

—No —la interrumpió—, eso no importa —agachó la mirada para poder mirarla directamente—. Lo más importante, ahora y siempre, es que estés bien.

—Lo estoy —asintió, volviendo a sonreír—, por fin lo estoy.

Había perdido mucho tiempo con su madre, por culpa de lo demás, tiró a la basura todas las cosas que podría haber vivido con ella y lo último que quería era volver a repetir la historia y tener que arrepentirse de nuevo. Aún tenía mucho tiempo, seguían teniendo toda la vida.

—¿Crees que Lorena quiera volver a verme?

A pesar de haber sido como hermanas, su mejor amiga también tenía una vida aparte de la de ella; tenía sus estudios, su novio, un trabajo y una casa que mantener. De cada vez la visitaba menos hasta que un día decidió dejar de ir.

—¿Bromeas? Debe estar deseándolo —aseguró.

* * *

Volver al edificio de Lorena tras todo lo ocurrido le costaba, pero necesitaba hacerlo, necesitaba recuperar su vida donde la había dejado. Había decidido ir sola, aparte de que Liam necesitaba tomarse un descanso al fin, quería disfrutar de la compañía de Lorena.

Ella al principio no podía creerse que Diana al fin hubiera cogido fuerzas para levantarse de la cama y, mucho menos, para salir de su casa.

—Lo siento —se encogió de hombros, haciendo un gran esfuerzo por no derrumbarse.

Su mejor amiga negó con la cabeza, abrazándola con fuerza mientras repetía continuamente que no tenía por qué disculparse y lo mucho que la había echado de menos.

Intentaron ponerse al día de todo y por fin tras tanto tiempo volvían a tener una noche de chicas como las que solían hacer meses atrás, al fin todo parecía volver lentamente a su sitio, su vida parecía volver a equilibrarse lentamente.

Epílogo

El cambio de vida no solo afectó a Diana, Liam también tomó la decisión de dar un paso al frente y poner encima de la mesa sus prioridades. Pesara lo que le pesara a su padre, aunque aquello significara tener que dejar atrás todo lo que había conocido hasta el momento. Dejó la empresa, su sueldo, los cargos y todas las responsabilidades para concentrarse en sí mismo y en su nueva vida. Por suerte, tenía el tiempo y el dinero para pensar durante un tiempo a qué se dedicaría. Y Diana siempre estuvo allí para ayudarle y apoyarle. Siempre trabajando como un equipo.

Más o menos, Patrick y Lorena estaban en las mismas. Con la positiva recuperación de ella y el fin de curso aproximándose, ambos decidieron realizar ese viaje del que tanto habían estado hablando durante la rehabilitación. Si iban a oficializar su relación, ¿qué mejor manera que aquella?

Diana veía como todo a su alrededor se había vuelto más positivo. Libre de deudas, de pasados, con una mejor amiga feliz de la vida y un novio que la compaginaba a la perfección, no había mucho más que pudiera pedirle a la vida. Solo que nada nunca cambiara.

¿Quién le iba a decir que ser una Sugar Baby le iba a aportar muchísimo más que dinero y que le iba a agradecer a su mejor amiga que le diera esa disparatada idea?